MACA FERREIRA

¡ALTO! o te enamoro...



MACA FERREIRA

¡ALTO! o te enamoro...

¡Alto! O te enamoro
Serie *Costa Serena 7*
Marzo 2026
Sello: *Independently published*
© Maca Ferreira, 2026
Diseño de portada: Marien Fernández (ADYMA Design)
Corrección: Raquel Antúnez (Magia en forma de letras)
Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Índice

¡Bienvenida a Costa Serena!
¡¡REGALO!!
Prefacio
1 – La hija del entrenador
2 – Bajar la guardia
3 – Cambio de planes
4 – La novata
5 – Conclusiones
6 – No te confíes
7 – Un puente
8 – Una familia de locos
9 – Gracias
10 – Pérdida de orientación
11 – Interés
12 – Loco
13 – Brilla como un arcoíris
14 – ALTO
15 – El desafío
16 – Helado
17 – Cuerpo a cuerpo
18 – Demonios
19 – Regalo
20 – Nirvana
21 – El aviso
22 – Fundido a negro
23 – A vida o muerte
24 – Señor
25 – Y volar…

Epílogo I
Epílogo II
Agradecimientos
Biografía

Mis novelas aún no han terminado de hablar...

Sígueme en Amazon y no te perderás lo próximo que tengo preparado para ti.

SEGUIR AQUÍ

A Violeta Lago.
Amiga, escritora —aunque sus dedos estén de vacaciones indefinidas— y mujer que conoce bien la cara más real de un uniforme policial.
Gracias por llegar con mi primera novela hace casi once años y quedarte para todas las demás. Por tu sinceridad sin adornos y, sobre todo, por estar al pie del cañón en esta historia, ayudándome cuando las partes más técnicas me hacían dudar.
Me hace muy feliz que este libro también lleve un poco de tu bonita luz.

¡Bienvenida a Costa Serena!

Estimada visitante (lectora, curiosa o romántica empedernida):

¡Felicidades! Ha llegado usted a **Costa Serena**, ese rincón del sur donde las olas no solo traen salitre y arena, sino también secretos familiares, enredos de los buenos y amores que llegan cuando una menos se lo espera.

Desde la muy seria y rigurosamente informal **Oficina de Turismo Emocional** queremos darle la más cordial bienvenida a nuestro pintoresco pueblo, hogar de playas doradas, rincones de ensueño y una familia, los Remo Delgado, que no sabrían pasar desapercibidos, aunque lo intentaran (y, créame, no lo hacen).

Aquí encontrará:

- Médicos guapos, cuñados aún más guapos y exparejas inesperadas.
- Barbacoas llenas de comida, risas y discusiones en estéreo.
- Hermanas que lo mismo te curan una herida que te organizan un fiestón.
- Lugares donde todo el mundo se cruza… quiera o no.
- Hombres que parecen salidos de sus fantasías literarias (porque lo son).

Se recomienda:

- No juzgar por las apariencias. En especial si se encuentra con un chico que acaba de volver al pueblo o con una rubia de armas tomar.
- No subestimar el poder de un reencuentro, una sesión de cine en casa o una mudanza desastrosa.
- Y tener a mano un abanico, un clínex y algo de chocolate. Confíe en nosotras.

Prepárese para enamorarse de una familia imperfecta, real y encantadoramente caótica.

Aquí el humor es obligatorio, los sentimientos se complican y **el amor no entiende de planes…,** aunque siempre encuentra la forma de quedarse.

Le damos las gracias por venir. Y ahora sí, pase, lea, ría, sienta… **Bienvenida a Costa Serena.**

Atentamente,

La Oficina de Turismo Emocional y Líos Inolvidables de Costa Serena
(donde cada página es una bienvenida y cada final, una excusa para volver).

¡¡REGALO!!

La precuela de *Costa Serena*

AL OTRO LADO DEL CAMINO

¡GRATIS!

Solo puedes conseguirla aquí, pues este título no saldrá a la venta.

Escanea el código QR y descárgala en tu formato favorito.

Una mirada diferente al interior de la familia Remo Delgado, la más querida por las lectoras de novela romántica…


MACA FERREIRA
al otro lado del camino
UNA MIRADA AL INTERIOR DE LA FAMILIA MÁS QUERIDA
BIENVENIDOS A
costa serena

Prefacio

Dicen que el patito feo no sabía lo que era.

Que no se miraba al espejo por temor ni soñaba con tener alas más grandes o un cuello más elegante.

Solo sabía que no encajaba del todo.

Creció escuchando risas dirigidas hacia él, palabras que pesaban más de lo que parecía y burlas por su timidez. Aprendió pronto a hacerse pequeñito, a no molestar. A pasar desapercibido.

Porque, cuando el mundo te señala demasiado, lo más fácil es esconderte.

Pero no estuvo solo.

Hubo quienes lo protegieron del frío y le dijeron que era valiente incluso cuando él no se sentía así. Voces que no siempre lograban callar las burlas, pero sí le recordaban que no estaba roto y que había algo en él que merecía la pena cuidar.

Nadie le explicó del todo por qué se sentía distinto, tampoco que estaba lidiando con unas emociones que no sabía manejar. Solo le insistieron en que no había nada malo en él. Que no era torpe ni lento. Ni raro.

El patito feo sobrevivió creyéndose feo a ratos.

No brilló, resistió.

No destacó, aprendió a mantenerse en pie.

Y se prometió una cosa en silencio: algún día sería lo bastante fuerte como para que nadie más tuviera que sentirse indefenso.

Dicen que el patito feo no sabía lo que era, hasta que se atrevió a dejar de huir del reflejo del agua.

No fue un instante mágico ni un cambio repentino. No hubo aplausos ni revelaciones grandilocuentes. Solo una decisión valiente, tomada a pesar del miedo.

Y descubrió muchas cosas:

Que uno puede ser fuerte incluso sintiéndose débil.

Que ocupar espacio no es molestar.

Y que alzar la voz, a veces, es la forma más honesta de sanar.

Convertirse en cisne no fue dejar atrás lo que era, sino entenderlo. Aceptar que aquella fragilidad también formaba parte de su fuerza. Y que, gracias a no rendirse, había aprendido a volar…

Y a proteger a los demás.

1 – La hija del entrenador

Reglamento 1.1.: En un entorno hostil, la serenidad es una máscara reglamentaria

FABIOLA

La puerta chirrió una décima de segundo antes de abrirse, y el sonido crispó un poco más mis nervios. Si ese era el recibimiento, no quería imaginar lo que vendría después.

Respiré hondo. Había soñado con ese instante desde que era una cría, solo que en mi imaginación no olía a café requemado, al salitre que se colaba por las rendijas y a goma de suela desgastada.

Me ajusté la trenza, me coloqué el casco de la moto en el brazo y avancé con decisión.

Solo tenía que caminar en línea recta unos cuantos pasos. Algo sencillo, en teoría. En la práctica, debía concentrarme en el eco de mis botas sobre el suelo para no perder el foco.

Miré a mi alrededor, no con los ojos de la chiquilla asustadiza y retraída a la que su padre había llevado allí en incontables ocasiones, sino con los de la mujer en la que me había convertido.

Una mujer que sabía que, en un entorno como aquel —donde un buen porcentaje de los hombres tenía serios problemas con su testosterona—, cualquier signo de debilidad sería su perdición.

El edificio era moderno, aunque conservaba un aire a oficina vieja, quizá por las paredes empapeladas con normativas y los tablones de corcho llenos de notas manuscritas y descoloridas.

—Buenos días —saludé al llegar al mostrador de recepción.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarla?

La atención minuciosa que me dedicó me hizo consciente de mí misma y el picor en la mano izquierda se intensificó. Me concentré en silenciar el eco de los teclados, el zumbido del fluorescente e incluso un teléfono que sonó en la lejanía, y me centré en aquel hombre sin cambiar el gesto.

—Soy la agente Remo. Hoy me uno al grupo operativo.

El tipo alzó las cejas y me dedicó una sonrisa de protocolo.

—Qué bien. Yo soy el agente Ruiz y estoy deseando jubilarme.

Su respuesta me pilló desprevenida. Carraspeé y alcé el mentón.

—¿Podría comunicarle al sargento Salcedo que estoy aquí, por favor?

—Claro, ¿cómo no? —El agente cogió el teléfono de la mesa y tecleó con parsimonia—. Sargento, la hija del entrenador está aquí. —Me miró de arriba abajo—. Sí. No. De acuerdo, señor.

Colgó, me dedicó una media sonrisa y, utilizando el mismo tono condescendiente de toda nuestra conversación, me dijo:

—La espera en su despacho. Primera planta, al fondo a la derecha.

—Gracias.

Estaba empezando a girarme cuando lo escuché murmurar:

—Esperemos que llegues viva al mediodía…

Fruncí el ceño y volví la cabeza en su dirección.

—Gracias. ¿Suele ser tan amable con todo el mundo o es que hoy tiene el día generoso? —le pregunté sin alterarme.

El cambio en su expresión me dejó claro que lo había sorprendido.

—Depende. —Se encogió de hombros, divertido—. Algunas veces hasta ofrezco café, pero solo si quiero que acaben encerrados en el baño un buen rato.

Se me escapó una sonrisa.

—Encantada, Ruiz. Ha sido un placer.

—A mandar.

Apreté el casco contra el costado y avancé hacia las escaleras. Traté de ignorar la sensación de que varios pares de ojos se me clavaban en la espalda conforme caminaba.

La parte de mí que llevaba años preparándose para aquello quería ponerse a gritar y a aplaudir. La otra, la que sabía que llegaba como «la hija del entrenador» sin importar las horas de sudor, lágrimas y sangre derramadas, respiró hondo y se mentalizó para no ponerse a analizar cada susurro.

Porque los había.

Por el centro de entrenamiento de mi padre había pasado medio cuerpo policial de Costa Serena. No todos, claro, pero sí los suficientes como para que mi apellido pesara más de lo que me gustaría. Y también había hablado con Salcedo sobre mí, lo que garantizaba un estudio exhaustivo de mis capacidades para estar allí.

Doblé una esquina y me topé con un agente que salía del armero. Al verme, me sonrió y avanzó hasta ponerse frente a mí.

—¿Eres la nueva? —Asentí, y él me tendió una mano—. Soy Alberto.

—Remo —me presenté estrechándole la mano a aquel tipo alto de sonrisa fácil y patillas pulidas—. Fabiola Remo.

—Otra vez te has olvidado la defensa, López —masculló alguien tras él.

El aludido puso los ojos en blanco, alargó la mano y agarró la porra para, acto seguido, metérsela en el cinturón. Se me acercó con complicidad.

—Se cree que es mi padre, a pesar de que me saca solo dos años. —Me tensé cuando me pasó un brazo por el hombro y se colocó a mi lado para encarar al recién llegado—. Papi, mira, es una nueva amiguita con la que jugar.

El otro tipo, que llevaba dos cargadores de repuesto apoyados en el antebrazo, tiró de él con un bufido, lo que provocó que López me soltase —cosa que agradecí—. Acto seguido, me miró directamente a los ojos. Su mirada no me recorrió, me radiografió.

Lo primero en lo que me había fijado de él fue en sus manos, grandes y de nudillos marcados. Lo segundo, su voz autoritaria y un poco déspota. Y, por encima de todo, sus ojos, que me dejaron trastocada.

Jamás, en mis veintiocho años de vida, me había topado con unos iris tan oscuros, densos y a la vez intimidantes.

—Santos —se presentó, sin ningún formalismo o calidez.

—Remo —dije con el mismo tono.

No sonrió, se limitó a observarme, como quien evalúa el hielo antes de pisotearlo; no por miedo a caer, sino por evitar mojarse las botas.

—Dicen que has hecho las prácticas en El Romeral y que vienes con no sé cuántos títulos y posgrados —comentó López con su tono despreocupado.

—Sí. Soy criminóloga, tengo formación en emergencias, un posgrado en Psicología Criminal y una certificación en Intervención con Menores y Familias en Riesgo.

López silbó.

—Una empollona en el equipo, ¡genial! —exageró—. Que sepas que el jefe nos ha hablado muy bien de ti.

Santos bufó y negó con la cabeza. Y yo supe lo que pensaba de mí sin necesidad de que lo dijese en voz alta.

Nada bueno.

Aquella certeza despertó algo antiguo en mí, una incomodidad que creía superada y que me tensó de la cabeza a los pies.

El golpe de una puerta a mitad del pasillo me hizo reaccionar y ponerme en guardia.

—¡Santos! ¿Por qué no estáis aún…?

José Salcedo —o lo que era lo mismo: el mejor amigo de mi padre y sargento de mi turno— se detuvo al verme.

—Jefe, la nueva. —López me señaló.

—Gracias, no sé qué haría sin ti —le dijo con evidente ironía—. Quizá te reubique para que seas mi secretario.

—¿Y desaprovechar estos músculos? Qué tragedia…

—Fabiola, bienvenida —me saludó ignorando al otro—. Pasa a mi despacho. Y vosotros, perdeos de mi vista un rato.

—Sí, señor —respondió López.

Santos se limitó a girarse y continuar su camino.

Me quedé un segundo mirándole la espalda antes de que mi nuevo jefe me invitase a seguirlo.

La oficina de Salcedo era pequeña y oscura pese a tener la ventana abierta. El ventilador, un poco desvencijado, se movía de un lado al otro haciendo ruido y una planta agonizante pedía auxilio en silencio en una esquina. En la pared había enmarcadas varias fotografías y diplomas.

—Siéntate, por favor —me ofreció la silla frente a su escritorio—. Espero que los trogloditas de mis hombres no te hayan molestado

mucho.

Inspiré lentamente por la nariz y forcé una sonrisa.

—No importa.

—Bien. —Asintió—. Te tendrás que ganar el respeto del grupo con lo que hagas en la calle.

—Me parece justo, señor.

Él me observó con satisfacción.

—Aprecio tu entrega, Fabiola. Y no te creas que no me va a costar tratarte como a una más.

—Soy una más.

Mi jefe movió la cabeza de lado a lado, sopesando mis palabras.

—Vamos a ahorrarnos discursos. Ya sabes que no soy partidario de los privilegios ni de las penitencias, aunque también eres consciente de que seguramente no estarías aquí de no ser porque te conozco desde que eras un bebé y sé cuánto necesita tu padre tener a sus polluelos cerca.

—Agradezco que haya ayudado a que forme parte de esta comisaría y de su equipo, señor.

—Pero que te quede claro desde el minuto uno que no le he hecho ningún favor a nadie —añadió sentándose en su sillón. Su cara, ligeramente arrugada, se suavizó al sonreír—. A Fede lo aprecio, sí, pero, si no tuviera claro que vales para esto, no te habría traído ni para repartir cafés.

—Lo tengo claro, señor. —Mantuve la espalda recta, aunque la calidez de sus palabras aflojó un poco la tensión que sentía en los hombros—. No es a mí a quien tiene que convencer.

—Sé lo que puede pesar tu apellido, pero solo tienes que trabajar bien y dejar que el resto siga su curso. Estoy seguro de que la mitad del cuerpo acabará buscándote para patrullar.

Contuve mi respuesta, pues dudaba mucho que algo así fuera a suceder.

—Haré lo que esté en mi mano.

Él se recostó en la silla y me dirigió una mirada casi paternal.

—Esa es la actitud, Remo. —Levantó una carpeta del montón que había sobre su mesa y me la tendió—. Y vamos a aprovecharnos de tu currículo para asignarte al programa de Agente Tutor. Pereira será

tu referente. Lo conocerás en un momento, cuando hagamos el pase de lista, pero no tiene pérdida: bigote de mosquetero, pelo blanco y alma de perro guardián. Él te pondrá al día de todo, ya está avisado, aunque no está de más que eches un ojo a los protocolos.

Apreté la carpeta entre las manos y asentí. El peso de aquel trozo de cartón no era nada en comparación con la carga de lo que contenía.

«Agente Tutor».

Sabía exactamente lo que implicaba ese programa: trabajar con menores en riesgo, adolescentes con más rabia que rumbo, visitas a centros escolares para prevenir y detectar casos de *bullying*…

Me había formado para ello y estaba preparada; más de lo que indicaba mi expediente. Una corazonada me dijo que no era una decisión que Salcedo hubiera tomado solo por mi currículo, sino porque era consciente del verdadero motivo por el que siempre quise ser policía.

Lo que sí tuve claro era que, de algún modo, aquella sería mi forma de reconciliarme con esa pequeña que una vez creyó que hacerse invisible era la única forma de pasar desapercibida.

—Gracias, señor. No se va a arrepentir.

—Empápate de Pereira, Fabiola.

—Lo haré.

—Cuando ya estés más integrada irás rotando en patrulla para conocer el terreno y los estilos de los compañeros —me explicó mientras me entregaba otra hoja—. No hay prisa, de momento quiero que observes, preguntes y te pongas al día de la dinámica.

—Entendido.

—Y otra cosa —añadió, se inclinó hacia delante y bajó un poco más la voz—. No te lo diré como mando, sino como amigo de tu padre. Si algún imbécil te falta el respeto o te hace sentir incómoda, me lo traes aquí y te prometo que no volverá a ponerse el uniforme en un tiempo.

Me entraron unas absurdas ganas de llorar que, por supuesto, reprimí.

—No hace falta que me proteja, señor.

Salcedo me estudió unos segundos en los que le sostuve la mirada. Después, asintió con algo parecido a orgullo en los ojos.

—Directa, con aplomo y encantadora. —Se levantó para estrecharme la mano—. Me alegra tenerte en mi equipo, Fabiola.

—Muchas gracias.

—No me las des todavía —replicó con un brillo travieso—. Espera a que te presente a la *troupe* y ya lo valoras. Creo que ya has conocido a uno de los huesos duros de roer, ¿no?

—¿Santos? —Intenté que sonara neutral, pero hasta a mí me pareció despectivo.

—Tiene buen fondo, aunque tarde siglos en dejarlo ver.

Qué esperanzador…

No contesté. Me puse en pie con la carpeta sujeta al pecho y el corazón acelerado por lo que vendría a continuación: el pase de lista y mi presentación oficial.

El plan estaba claro, tenía que ganármelos con hechos, no con mi apellido.

Y, si de paso conseguía que el tal Santos dejara de mirarme como si fuera un mosquito empeñado en mancharle su pulcro uniforme, ya sería un logro.

2 – Bajar la guardia

Código del veterano 1.2.: Cuanto más tranquilo llega un novato, más ruido hace después.

RODRIGO

Llevaba un rato observando de reojo cómo la nueva se colocaba cada elemento del equipo como si aquello fuera una cirugía a corazón abierto y no una tarea repetitiva previa a un turno. Y lo peor no era que se me fueran los ojos, sino que el simple hecho de mirarla me estaba restando reflejos a mí.

—¿Piensas acabar hoy, novata? —pregunté seco mientras montaba mi arma.

Ella continuó enganchando el tahalí sin pestañear.

—Ya le expliqué que solemos dejar el cinturón montado en la taquilla para ganar tiempo y que aquí solo guardamos las armas. Lo que pasa es que Fabi es una mujer muy meticulosa y no le gusta saltarse el protocolo, ¿verdad? —comentó López, que parecía conocerla más de lo normal para llevar solo una semana cruzándose con ella en los turnos.

Elevé una ceja en dirección a mi compañero.

¿«Fabi»?

La aludida asintió con un sonido de garganta y continuó a lo suyo, sin desviar la vista de su tarea.

Eso también me irritaba: su tranquilidad y que no se inmutaba ante nada ni nadie.

—La teoría está bien, pero en la práctica hay que ser más avispado.

Mi frase no provocó nada y con su falta de respuesta confirmé que no era de fiar.

El jefe la había presentado el lunes con una sonrisa de padre orgulloso: «Señores, les presento a Fabiola Remo, nueva incorporación al grupo operativo. Viene con una amplia formación en criminología, emergencias…».

Ahí desconecté.

Traducido a mi idioma quería decir demasiada teoría y cero calle. Solo había que verla para intuirlo. Desde entonces, la observaba moverse por allí como si pisara terreno sagrado. Educada, puntual, correcta, sin levantar la voz…

Y justo por eso no me la creía. O quizá me molestaba que no lograra sacarla de ese estado imperturbable.

Lo que estaba claro era lo que la experiencia me había enseñado, y es que nadie es así todo el tiempo si no oculta alguna cosa. Tanta calma solía ser la antesala de un error caro, y yo ya había pagado unos cuantos en mis años de carrera.

—¡Santos! ¿Tú y López no tenéis que estar en quince minutos en el control de salida? —me gritó un compañero desde fuera cuando López abrió la puerta.

—Cómo os gusta dar por culo —mascullé terminando de armar la pistola.

—Voy revisando el coche —dijo mi compañero, que me sonrió al darse cuenta del lugar exacto donde tenía posados los ojos: en la novata. Me hizo un movimiento con la boca muy esclarecedor que ignoré—. ¿Piensas acabar hoy, Santos?

Estuve tentado a lanzarle la pistola a la cabeza por el tonito de sabelotodo que había utilizado. Por suerte para él, la puerta se cerró antes de poder hacerlo y me limité a acercarme al cajón de arena para realizar las comprobaciones del cargador y la corredera.

Satisfecho, la guardé en su funda y, cuando me giré, me dio la extraña sensación de que alguien le había robado unos cuantos metros a aquel cuchitril en el que estábamos encerrados.

Tenía que largarme.

Comencé a caminar, sin embargo, un impulso absurdo me hizo detenerme frente a ella. Si se dio cuenta, no lo demostró —para sorpresa de nadie—; siguió colocándose los grilletes en el cinturón,

con esos dedos largos y delicados. Dudaba que pudieran aguantar más de unos minutos apretando el gatillo sin empezar a temblar.

La sala se llenó con el sonido del cierre y luego con el roce metálico del cargador al entrar en su arma.

Por fin, una vez hubo acabado, levantó la vista y me miró directamente a los ojos.

—¿Todo bien, Santos? —soltó con tranquilidad.

Vaya, recordaba mi apellido.

Casi me hizo reír imaginarla mientras memorizaba nuestras fichas. También me cabreó que esa misma idea me hiciera perder la compostura.

—Todo perfecto —respondí más seco que de costumbre—. ¿Tú?

Su media sonrisa y esa ceja alzada me molestaron por igual.

—De maravilla —contestó con la barbilla elevada—. Y suerte en el control de salida; aunque tú no la necesitas, se te ve muy «avispado».

En cualquier otro momento le habría devuelto la pulla y el golpe —la fama de gruñón no me venía de mis habilidades sociales, precisamente—. En cambio, hice lo más sensato y menos propio de mí que se me ocurrió: salir de allí cagando leches.

López estaba hablando con una de las limpiadoras apoyado en el capó del coche. En cuanto me vio, me dirigió la misma sonrisa tocacojones de siempre.

—¿Tu palanca o la mía, moreno? —Abrí de un tirón la puerta del conductor, y él levantó ambas manos—. Está bien, te dejaré ser el dominante hoy, pero solo porque te quiero y sé que lo disfrutaré.

La chica se despidió con una sonrisa, yo gruñí conforme me montaba en el coche, y él —gracias a una intervención divina— mantuvo la boca cerrada mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

Mejor, porque no tenía humor para aguantar sus tonterías.

Aunque la suerte me duró lo que tardó el coche patrulla en salir de las dependencias.

—Creo que me he enamorado.

—Ya empezamos.

—Hablo en serio, tío. Es perfecta, y sabes que yo no soy de fijarme en cosas tan superficiales…

Giré el cuello y solté una risa irónica.

—¿En serio, Alberto? ¿Con quién te crees que estás hablando? He compartido más horas contigo que con Nora en los últimos cuatro años, y no te has acostado con la misma tía dos veces en todo ese tiempo.

—Ni tú.

—Y por eso mismo sé que la que se ha enamorado ha sido tu polla, no tú.

López suspiró teatralmente.

—Puede ser. Pero es que no entiendo cómo le puede sentar tan de puta madre el uniforme.

Alcé una ceja en su dirección. La chica no estaba mal con ropa de calle, pero aquel pantalón blanco ancho no le hacía justicia.

—Tampoco es para tanto.

Su risita me puso los pelos de punta.

—¿Y por eso estabas tan embobado mirándole antes el culo?

Fruncí el ceño.

—¿De qué coño hablas?

—Pues precisamente del único coño que tenemos en turno. Estoy loco por hacer alguna patrulla con ella.

Mierda. Hablaba de la novata.

—¿Desde cuándo te interesan las morenas?

—Desde el lunes —soltó con una sonrisa—. Creo que le voy a decir que se pase por el bar esta noche.

—Ni se te ocurra, Alberto —le advertí—. Te lo digo muy en serio. No me jodas la noche.

No insistió, aunque tampoco se retractó. Por supuesto, no volví a abrir la boca.

Conduje por la zona de casas bajas en la que nos encontrábamos y, pocos minutos después, nos topamos con el mar en pleno amanecer.

Costa Serena podía parecer un lugar idílico, siempre que no te tocase trabajar allí los domingos de operación salida. Bastaba con seguir la carretera principal para descubrir su otra cara: la de los

coches atascados, las ventanillas bajadas y los turistas buscando la foto perfecta del paisaje.

Por eso, aunque llevaba años destinado en la zona, nunca me había mudado. Prefería recorrer los cuarenta kilómetros diarios a compartir mis días libres con las hordas de domingueros que venían a «desconectar».

No tardamos en llegar a uno de los puntos más conflictivos: una garganta de roca que se estrechaba hasta casi rozar los retrovisores, tallada en la montaña como un túnel improvisado. El lugar tenía encanto, sí, pero también era un maldito dolor de cabeza. Cuando el sol caía de lleno sobre la piedra, el aire se volvía fuego, y cualquier atasco convertía aquel paso en un horno crematorio.

En fines de semana como aquel, con media provincia intentando llegar a la costa, bastaba un coche mal colocado para colapsar la carretera entera.

Y a nosotros nos tocó regular el tráfico bajo aquel arco de roca, con el sol en la nuca y el olor a gasoil pegado en la garganta.

Un domingo estupendo.

López se pasó la mañana lanzándome chistes malos y ocurrencias que solo a él le hacían gracia. Aunque, por ilógico que pareciera, acabó funcionando; entre sus tonterías y el ruido de los motores, se me fue aflojando el cabreo que cierta novata me había provocado.

Así que llegué a casa con mucho mejor ánimo. Y no solo por eso, sino porque acababa de empezar oficialmente mi semana entera de descanso.

Me encantaban mis turnos.

—¡Ya estoy aquí! —anuncié cerrando la puerta tras de mí.

Mi padre, sentado en el sofá, me miró por encima de las gafas y me dedicó una inclinación de cabeza antes de volver a su periódico. Crucé el pasillo hasta llegar a la cocina, donde Nora y mi madre recogían los restos del almuerzo.

—Hola, hijo. Siéntate a comer —me dijo mi madre, a la que haberme parido hacía treinta y cuatro años no le impedía seguir tratándome como a un niño.

—Sí, señora. —Le ofrecí la mejilla, y ella me la besó. Después, me acerqué a mi chica preferida, que fregaba los platos de espaldas

a mí. Me incliné hacia su pelo, aspiré su olor dulce y cerré los ojos cuando sentí que, por fin, estaba en casa—. Hola, preciosa.

—Hola. ¿Cómo ha ido el trabajo?

—Bien. —Me vino a la mente el momento del armero—. Sin incidentes.

Bueno, técnicamente no era mentira. Lo que había pasado con la novata fue antes de empezar el turno.

Aproveché que el grifo del fregadero estaba abierto para lavarme las manos.

—¡Papá! —protestó Nora cuando le salpiqué la cara—. Para. Me vas a estropear el alisado.

—A veces no sé quién es el adolescente de los dos —comentó mi madre, divertida—. Venga, Rodrigo, siéntate, que se enfría el puchero. ¿Quieres pan?

Asentí.

—Uhm, justo con lo que soñaba —le murmuré cómplice a mi hija —. Un plato calentito después de haber pasado todo el día al sol.

—Un plato revitalizante para recuperar fuerzas —me corrigió la cocinera—. Esto revive a un muerto.

Sonreí y me senté a comer mientras Nora me contaba que había salido esa mañana con unos amigos a la plaza del pueblo.

Con catorce años empezaba a querer más libertad, y a veces me pesaba no vivir en el mismo lugar donde trabajaba. De hacerlo, podría patrullar cerca de donde ella estuviese y quedarme más tranquilo. Pero debía confiar en su buen juicio; Nora era una niña responsable, madura y obediente, así que no tenía por qué preocuparme.

«De momento. Espera que se eche novio y verás», me dijo una vocecita interna que decidí ignorar por pura supervivencia mental.

Con el estómago lleno, fue inevitable que me quedase dormido en el sofá. Cuando me desperté, una hora y media después, la televisión emitía uno de esos concursos de preguntas que mis padres no se perdían jamás.

—¿Y Nora? —pregunté, con el cuello dolorido.

—Arriba, estudiando.

Tenía una hija que no me merecía, sobre todo porque —por suerte— no se parecía en nada a mí cuando tenía su edad. Ella sacaba buenas notas, mientras que yo había sido un desastre en los estudios y, además, les había dado a mis padres más de un disgusto antes de verme obligado a madurar e ingresar en el cuerpo.

Subí y llamé con los nudillos a la puerta de su dormitorio.

—Hola, preciosa. —Levantó la cabeza de los libros y me miró con una sonrisa cansada—. ¿Quieres que hagamos alguna cosa juntos?

—Tengo examen mañana.

—¿Necesitas ayuda?

Me dedicó una expresión escéptica bien merecida.

—¿Sabes algo sobre Los Austrias y sus políticas? —Negué—. ¿La herencia de Carlos V? —Repetí el gesto—. Doy por hecho que tampoco sobre la política exterior de Felipe II.

—Menudo tostón.

Mi hija se echó a reír.

—Gracias por el apoyo, papá.

—Seguro que te sale fantástico. —Su respuesta fue un encogimiento de hombros—. ¿Te parece bien que esta noche vaya a tomar unas copas con unos compañeros? Uno de ellos va a ser padre y quiere celebrarlo.

—Claro. Pero ten cuidado, por favor.

Sonreí y me acerqué a darle un beso.

—Soy poli, siempre lo tengo.

—Te quiero, papá. —Agarró de nuevo el bolígrafo—. Cierra al salir, por favor.

—Te quiero, cariño.

Cerré la puerta con cuidado y me quedé un momento en el pasillo, escuchando el sonido de su voz repasando la lección al otro lado.

Sonreí con un nudo en la garganta. Cada día que pasaba mi niña era un poco menos niña, y yo seguía sin tener ni idea de cómo se hacía bien eso de ser padre. Lo único que podía jurar era que, mientras dependiera de mí, el mundo no la tocaría.

3 – Cambio de planes

Reglamento 2.3.: Dos agentes deben coordinarse para garantizar la eficacia del servicio.

FABIOLA

—Te noto el hombro derecho un poco más alto que el izquierdo.

—¿Y?

—Es un claro síntoma de ansiedad laboral.

Solté una carcajada y dejé el vaso sobre la pequeña mesa que estábamos utilizando para cenar en la terraza de Tomy.

—Eso te lo acabas de inventar.

—Sí, pero suena creíble, ¿verdad?

Mi amigo movió las cejas con la elegancia de un niño de cinco años, y yo negué divertida. Cogí una aceituna y subí una de las piernas a la silla.

—Mucho —le seguí el juego—. Tal y como se espera de un buen profesional de la salud.

—¿Tienes ganas de volver mañana a la jungla?

—Sí, la verdad.

—Pues yo pagaría por perder de vista a mis compañeros del centro de salud una semana entera, como tú a los tuyos.

—He tenido suerte de empezar con Pereira. El hombre es un sol, me deja hacer y, si me equivoco, me pregunta cómo lo podría haber hecho mejor. —Tomy se sirvió un nuevo trozo de *pizza* y asintió, animándome a seguir—. La semana pasada estuve muy cómoda a su lado, es fácil trabajar con él.

—¿Y el resto del rebaño? —insistió—. ¿Qué tal con ellos?

Bufé, y él sonrió satisfecho; le encantaban los cotilleos y era consciente de que, por lo poco que habíamos podido hablar los días anteriores debido a sus turnos, no todo iba sobre ruedas.

—Ruiz, el de recepción, tiene un humor peculiar. Cuenca me cae bien, no se mete en nada y las pocas veces que hemos hablado ha sido amable; es uno de los veteranos. José es un buen jefe y mantiene las formas delante del grupo. Después está López, que es… —Busqué una palabra amable, y mi amigo se alimentó de mi vacilación—. Intenso.

—Amplía eso —me pidió con la boca llena.

Titubeé al intentar armar mi opinión sobre él.

—Graciosillo, le gusta coquetear, está encantado de conocerse…

—¿De los que presume de lo que le mide la placa mientras te mira las tetas?

La risa me salió sola.

—Algo así.

—¿Y…?

—¿Y qué?

—¿Que quién es el que te tiene descompensado el hombro derecho?

Puse los ojos en blanco. No iba a parar hasta hacerme hablar, Tomy era experto en unir las piezas que no me atrevía a poner sobre la mesa.

—Eres un pesado.

—Soy tu mejor amigo, y ser insistente, que no pesado, es especialidad de la casa.

Le lancé mi servilleta, que él atrapó sin mirar. La dejó junto al vaso y elevó ambas cejas para que empezase a hablar.

—No es… —empecé y me callé. Me recogí el pelo en una coleta alta porque la humedad repentina en el ambiente me lo estaba pegando a la nuca—. Solo es que a algunos les divierte asustar a los novatos.

—Y ¿lo han conseguido? —me preguntó, intranquilo de repente —. ¿Te han asustado, Fabs?

—No.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

Desvió la vista a mis manos, y dejé de rascarme la parte interna de la muñeca. Observé la piel enrojecida y solté el aire de forma sonora.

—Nada que no se pueda gestionar.

—Estás así por el Ogro, ¿verdad? —Levanté la cabeza de golpe—. ¿Qué? No me mires así, lo dijiste tú. Bueno, tú no, tus subtítulos.

—¿Qué?

—Después de la segunda nota de voz que me mandaste ya me hice un retrato robot de ese tal Santos.

—No te dije nada.

—¡Exacto! —Colocó el codo en el reposabrazos de su silla y apoyó la barbilla en la mano—. Y, justo cuando no dices nada, es cuando más lo haces.

—Eso no tiene sentido.

—¿Qué te ha hecho?, ¿te ha olido como si tuvieras la peste?, ¿se ha dado cuenta de que tu pistola brilla más que la suya y se ha encabronado?

Moví el cuello para aflojar la tensión en los hombros.

—No tengo nada contra él, aunque tampoco nada a favor. Es pronto.

—Lo cual, traducido del *fabiolés*, significa que es un capullo y te gustaría darle con el reglamento en la frente.

Se me escapó una carcajada, muy a mi pesar.

—Eres insoportable.

—Yo también te quiero. —Empujó el plato hacia mí—. Anda, come. Recarga glucosa para mañana, tengo la corazonada de que te va a hacer falta.

Para no perder la costumbre, Tomy no se equivocó.



El lunes empezó de maravilla. Me había pasado la mañana en el gimnasio de mi padre, donde nadie me molestó para utilizar las

máquinas. El agua de la ducha salió a la temperatura perfecta y, cuando llegué a la comisaría a mediodía, encontré un aparcamiento para la moto en la zona más cercana y que solía estar abarrotada.

Sin embargo, mi racha de buena suerte comenzó a torcerse cuando, al entrar, Ruiz levantó la vista del teclado, agarró su taza y me dedicó una ancha sonrisa.

—Buenas tardes, Remo. ¿Lista para domar a las fieras?

—Siempre —le seguí el juego mientras continuaba caminando.

—Mejor. —Señaló con la barbilla el techo—. El sargento está de mal humor.

Hice un mohín con los labios y me detuve.

—¿Le has dado café de la máquina?

El hombre soltó una risotada.

—No, no tengo ganas de morir. —Sonreí—. Si te sirve mi consejo, evita cruzarte con él. Tengo la llave del cuarto de la limpieza, por si necesitas esconderte.

—Gracias, Ruiz. Lo tendré en cuenta.

Subí las escaleras pensando en qué podría haberle ocurrido a mi jefe, cuando hacía dos días había estado en casa con mi padre y todo parecía ir bien. No me dio tiempo a llegar a ninguna conclusión antes de que él mismo me interceptara en el pasillo.

—Remo, por fin estás aquí. —Se giró—. Busca a Santos, y venid los dos a mi despacho.

—Sí, señor. Buenas tardes.

—No sé para quién —masculló, y yo elevé ambas cejas.

Miré el reloj de mi teléfono y comprobé la hora: las tres menos cuarto. No, no llegaba tarde, así que no entendía esa prisa.

Me puse en movimiento y me topé con López, que salía del vestuario con el polo del uniforme a medio abrochar.

—Fabi. —Me dedicó una caída de ojos—. Te he echado de menos. ¿Has descansado bien esta semana?

—Sí, gracias. ¿Has visto a Santos?

Mi pregunta lo pilló desprevenido y dudó un segundo antes de responder.

—Debe de estar en la sala de descanso.

Le di las gracias y me marché antes de que pudiese añadir nada más.

Cuando llegué a la habitación había dos compañeros, Cuenca y Blanco, que comentaban el partido del día anterior. Mi objetivo estaba de espaldas, grande y estrecho de cintura, apoyado en el borde del mármol con un vaso de plástico en la mano.

—Santos —lo llamé sin rodeos—, el sargento quiere verte en su despacho.

Me abstuve de decirle que yo también estaba incluida en la invitación.

—Vaya, ¿te han contratado también para labores de secretaria del mando o es parte del plan de Salcedo para alegrarnos las vistas? —intervino Blanco.

—Para contar chistes, pero dudo que sean tan buenos como los tuyos.

Hizo un gesto como si le hubiese disparado y cayó hacia atrás en el sofá. Santos eligió ese momento para girarse sin ninguna prisa.

Cuando nuestros ojos se encontraron, levantó su bebida y me dedicó una amplia sonrisa de suficiencia que quise borrarle de inmediato.

—¿Un cafelito, Remo?

Ni siquiera esperé a ver si se movía. Ignoré su provocación, me di media vuelta y crucé el pasillo hasta el despacho del sargento. Tras llamar con los nudillos, abrí la puerta.

Mi jefe tenía el bolígrafo agarrado entre los dedos como si fuera un arma blanca.

—¿Y Rodrigo? —preguntó al ver que llegaba sola y cerraba tras de mí.

—Tomándose un café.

Suspiró, se levantó y, de un tirón, abrió la puerta.

—¡Santos! —La voz rebotó en la pared del fondo del pasillo.

Dejó abierto y se dirigió a su silla. El eco trajo la respuesta en forma de pasos apresurados, y el susodicho apareció unos segundos después, con el uniforme impecable y la mirada atenta.

—Señor.

Me miró un instante, y aproveché para sonreírle con la misma intención que él había utilizado conmigo un momento antes.

«Capullo», pensé sin rencor. O con un poquito.

—Cierra —ordenó Salcedo—. Tenemos un problema.

Tomé aire, me enderecé un poco más y coloqué los codos pegados al cuerpo, dispuesta a escuchar.

Por suerte, sabía mantener la calma. O, al menos, aparentarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Santos a mi lado.

—Pereira ha tenido un percance esta mañana. Se ha jodido la rodilla jugando a ser Rafa Nadal. No ha sido nada grave, pero la lesión lo va a tener unas semanas de reposo y muletas.

—Vaya —dijo Santos.

—Sí, «vaya» —repitió el otro—. Como siempre, vuestras tonterías me traen por el camino de la amargura, así que ahora necesito a alguien que coja el testigo del programa de Agente Tutor temporalmente.

—¿En quién ha pensado? —tanteó, y a mí se me cerró un poco más el nudo en el estómago.

—En ella. —Me señaló—. Remo, revisarás la agenda, te coordinarás con los centros y te harás cargo de las mediaciones que estaban en lista. Además de lo nuevo que ocurra, claro —precisó—. Por suerte, en un mes termina el curso.

—De acuerdo —asentí sin dejar que notase mi inseguridad ante la situación.

No me sentía preparada para llevarlo todo en solitario, además de que, aunque había utilizado mi semana de descanso para estudiar los expedientes y protocolos, aún me faltaba afianzar conocimientos.

Él apoyó los antebrazos en la mesa y me observó como si me pudiese leer el pensamiento.

—No vas a ir sola. —Torció una esquina de la boca y giró la cabeza en dirección al enorme cuerpo que estaba a mi lado—. Aquí es donde entras en juego tú, Santos.

—Señor…

—Pereira está de baja, el programa no se puede parar, así que ella va a asumir la coordinación, y tú vas a ser su apoyo. Operativo, logístico, de patrulla. De lo que se necesite.

—Señor… —insistió Santos, pero nuestro jefe lo interrumpió de nuevo.

—Hasta que Pereira vuelva, sois un pack indivisible.

Un sudor frío se me deslizó por la nuca. Rodrigo no dijo nada más, pero su mandíbula hizo un sonido característico. Estaba apretando los dientes.

—Señor, con todo el respeto —dijo con voz firme—. Yo no sirvo para dar charlitas a los críos.

Se me coló una chispa de rabia por el pecho, pero me la tragué sin que se notara. Nuestro jefe, sin embargo, sonrió como quien se sabe de memoria la réplica.

—Y yo vine a dirigir a un equipo que se adapte a los cambios y me facilite el trabajo.

—Precisamente por eso, señor. Yo soy más útil en la calle.

—Eres útil donde yo diga, Santos. Te he visto hacerte cargo de cosas peores sin quejarte tanto —zanjó—. Y ahora mismo te necesito con ella. —Me señaló con el bolígrafo—. Fabiola tiene formación, método y cabeza fría. Y tú tienes experiencia, instinto y presencia. Fuerza bruta más cerebro, el binomio perfecto.

Noté el peso de esa última frase sobre los hombros.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Pude sentir cómo Rodrigo me observaba de reojo, como si yo fuese la culpable de todo aquello.

El picor en la parte interna de la muñeca era insoportable a esas alturas. No supe qué hacer con las manos, así que las dejé sobre los muslos, bien abiertas.

Y respiré. Una vez. Y otra.

La marea subió y bajó dentro de mí sin hacer ruido.

—Entendido, señor —dije cuando me sentí capaz.

Salcedo me sostuvo la mirada con una sombra de orgullo que me alivió en parte el malestar.

—Si hay bronca en la calle, y os pilla de paso, actuáis, pero la misión principal ahora es esta. ¿Está claro?

—Sí, señor —dijimos Santos y yo al unísono.

—Perfecto. —El sargento se puso en pie y me tendió una carpeta como la de la primera semana—. Quiero un parte al final de cada

turno. Y cerrad al salir, por favor.

El corazón me pegó un toquecito en el esternón ante el vistazo que me echó Rodrigo.

Él fue quien abrió la puerta. Me hizo un leve gesto con la cabeza para cederme el paso, y fue lo más parecido a un gesto amable que le había visto desde que lo conocía, lo que sembró una semilla de esperanza en mí.

Caminé en silencio unos cuantos pasos antes de atreverme a hablar.

—Organizaré las llamadas para informar a los centros que tenían cita con Pereira las próximas semanas y revisaré los expedientes pendientes, ¿te parece?

Rodrigo soltó el aire por la nariz.

—Me parece que no soy un puto monitor de campamento —escupió las palabras—. Eso me parece.

Me detuve y lo encaré, aunque no tuve tiempo de decir nada cuando López apareció en el pasillo.

—¿Qué caras son esas? ¿Os ha castigado papá?

—Algo así —respondió Rodrigo—. Remo y yo somos el nuevo binomio.

López abrió mucho los ojos.

—¿En serio? —Asentí, y él silbó. Después, miró a Rodrigo—. ¿Hablo con el jefe y le pido que nos cambien? No tengo problema en patrullar con ella, ya lo sabes.

Rodrigo negó.

—No. Nunca he necesitado que nadie cumpla los castigos por mí.

Sin más, se fue pasillo abajo, y la semilla de la esperanza se pudrió antes de poder germinar.

4 – La novata

Código del veterano 2.4.: Coordinarse significa que uno conduce y el otro no molesta.

RODRIGO

Había pasado medio turno y aún estábamos encerrados en la maldita comisaría.

A mi derecha, la novata seguía leyendo informes con la concentración de un francotirador. Ni parpadeaba. Apostaba mi sueldo a que, aunque el edificio empezara a arder a su alrededor, ella seguiría pasando páginas tan tranquila, como si el fuego no fuera más urgente que esas dichosas carpetas azules.

Yo, en cambio, me estaba volviendo loco.

Di un par de vueltas en la silla giratoria y me detuve frente a ella, más por desesperación que por otra cosa. Quería provocarle una reacción, aunque fuese una mirada reprobatoria. Lo que fuera.

Necesitaba algo de vida en esa sala.

Golpeé el borde de la mesa con el bolígrafo, tarareé la melodía de una canción que mi hija me había pegado esa misma mañana, me estiré en la silla…

Nada.

Bufé y miré una vez más el reloj de pared. Juraría que el minutero no se había movido ni un milímetro. ¿Se habría quedado sin pilas o simplemente me estaba castigando por mis pecados?

Saqué el móvil y comprobé que los minutos seguían pasando, despacio, crueles, disfrutando al verme pudrirme de aburrimiento.

Me fijé en que López me había escrito hacía un rato.

> Alberto:
> ¿Cómo lo llevas?

A mí Cuenca me está torturando.

🤮

Ha comido chícharos y ha convertido el coche en una cámara de gas.

Rodrigo:
No te quejes, esto sí que es un infierno.

Alberto:
No me das ninguna pena, al menos tú te estás alegrando la vista con Fabi.

🍑

Rodrigo:
Es taaan tranquila. Apuesto a que va a clases de yoga todos los días.

Alberto:
Pues, mira, quizá me apunte.

Rodrigo:
¿Tú? ¡Venga ya! Si tienes menos flexibilidad que una farola.

Alberto:
En serio. Pagaría por verla en mallas.

😏

Rodrigo:
Das asco.

Alberto:
Cuenca da más, te lo aseguro.

Bufé por lo bajo y dejé el móvil sobre la mesa.

Entre mensaje y mensaje con López, mis ojos se habían ido solos hacia ella más veces de las que quería admitir. No por interés —o eso me repetía—, sino por pura curiosidad. No entendía cómo alguien podía concentrarse tanto en un papel sin quedarse dormido.

Hasta que, por supuesto, levantó la cabeza cuando yo la estaba observando. Mi mala suerte estaba en racha.

—Si sigues observándome así, voy a pensar que te interesa lo que estoy haciendo —dijo devolviendo su atención a los expedientes.

—Tranquila, solo intento comprobar si aún respiras.

—Perfectamente. Gracias por la preocupación.

Le dediqué una sonrisa que no causó efecto, pues ya tenía la cabeza entre papeles de nuevo.

Lo peor de la novata era eso: que no mordía el anzuelo. Tan solo te lanzaba alguna pulla, como si la cosa no fuera con ella, y continuaba con su tarea.

Un fogonazo mental me hizo visualizarla en ropa de licra ceñida y posturas casi imposibles.

«Maldito López».

Moví los dedos por la pantalla de nuevo.

Rodrigo:
¿Tienes algo que hacer esta noche?

Alberto:
Soy todo tuyo, moreno.
😉

Gruñí y me pasé la mano por la nuca. Necesitaba aire, ruido, cualquier cosa que no oliera a tinta ni a paciencia.

Y, justo entonces, el universo decidió apiadarse de mí al hacer sonar la emisora de servicio.

—De central para Tutor uno, ¿me recibe?

Me llevé la radio a la boca sin perder un segundo.

—Tutor uno a la escucha.

Remo atendió la conversación sin perderse detalle.

—Aviso de varios menores realizando conducción temeraria con ciclomotores en la avenida de la Cruz. Posible presencia de peatones en la zona. Acudan y actúen conforme al protocolo, cambio.

Ya estábamos de pie cuando terminó de informarnos.

—Recibido, central. Tutor uno en desplazamiento. Cambio y corto. —Estiré el cuello entumecido—. Por fin, un poco de fiesta.

—Me preocupa tu concepto de diversión, Santos.

—Y a mí, el tuyo de entretenimiento, Remo.

Guardé la radio, comprobé que la pistola seguía en su sitio, y salimos a la vez al pasillo. De reojo, analicé su paso firme y esa expresión impasible que me sacaba de quicio.

Ni siquiera le di opción a plantear quién conduciría. Había una norma no escrita que todo policía con más de un mes de servicio conocía: si llevas más tiempo, tú conduces. Y, si tu compañera tiene menos kilómetros de patrulla que un coche de concesionario, también.

«Antes muerto que ir de paquete», sentencié.

Por si acaso, me adelanté hacia el aparcamiento y subí directamente al asiento del conductor. Ignoré su ceja arqueada, sin embargo, me quedé parado cuando la vi esbozar una sonrisa al entrar en el coche y abrocharse el cinturón.

Recuperé la normalidad motora en cuanto se me quedó mirando y me obligué a centrarme en conducir.

«¿Qué cojones te pasa, imbécil?», me pregunté, cabreado conmigo mismo.

Durante todo el trayecto reinó el silencio; ella observaba al frente, y yo me concentraba en el zumbido del motor y en el roce de nuestros uniformes contra los asientos de cuero.

Al doblar la última rotonda, apareció el espectáculo: cinco ciclomotores, siete chavales encima y una decena más grabando con los móviles.

Me fijé en uno de ellos, el que hacía caballitos con una temeridad digna de un premio Darwin[1], y por un segundo me vi a mí mismo a esa edad, haciendo las mismas gilipolleces sin imaginar que, muy pronto, se me acabaría la diversión.

Remo y yo nos pisamos al hablar.

—Voy a pedir refuerzos —anunció ella, abriendo la puerta—. Hay que asegurar el tráfico.

—Yo me ocupo de los pilotos suicidas, y tú, de los fans —dije saliendo del coche.

Ella no discutió, y yo creí que había ganado aquella pequeña batalla.

El ruido de los tubos de escape rebotaba contra los edificios del paseo marítimo y se mezclaba con la risa de los chavales. Me acerqué al más próximo, un crío con camiseta de tirantes y cara de tener más ego que edad.

—Apaga el motor —ordené.

—Tranquilo, agente. Solo estábamos practicando —replicó haciéndose el gracioso delante de sus amiguitos.

Sentí a Remo a mi lado.

—Sí, claro. Y yo vengo de misa —solté y me erguí un poco más —. Documentación y seguro, campeón. Y no nos hagas perder el tiempo.

Los demás empezaron a recular, no tanto por miedo como por puro instinto. El grupito más alejado no dejó de grabar ni de soltar comentarios.

—Si me detiene ella, me dejo esposar sin rechistar —soltó otro de los aspirantes a delincuente.

Giré la cabeza, fulminante.

El chaval levantó las manos al ver mi expresión, pero, antes de que pudiese soltar una sola palabra, «ella» se me adelantó.

—Qué curioso… —comenzó con voz calmada y sin titubear ni un ápice—. Siempre pensáis en las esposas, pero nunca en la parte en la que os quitan la moto, os ponen la multa y os echan la bronca en casa. Si quieres puedo hacerte una demostración práctica. Aunque, créeme, la realidad no te va a gustar tanto.

La reacción de mi cuerpo me pilló por sorpresa. Él solito había decidido regresar a la imagen de la novata mientras demostraba lo bien que le quedaba la ropa de yoga. Y verla allí, segura e impasible, no me ayudó precisamente a recuperar el control.

Se escucharon risas en el grupo, el bocazas bajó la mirada y masculló algo que ni él entendió, y Remo siguió revisando la documentación que los demás le tendían, sin alterarse, como la que está comprobando el tique de la compra.

—Si queréis un consejo, apuntaos a atletismo —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. Por lo menos ahí se corre con sentido.

Yo todavía necesité unos segundos más para procesar todo lo que acababa de pasar.

Y para que se me bajara el jodido empalme.

Remo no había levantado la voz. No había amenazado. Solo había usado el diálogo como arma. Y, por absurdo que fuera —teniendo en cuenta que nuestro público eran chiquillos sobrehormonados—, había funcionado.

—Venga, a recoger los móviles y despejar la zona —les dije a los espectadores—. Aquí no hay nada más que ver.

El coche patrulla de Cuenca y Blanco se detuvo a unos metros. Bajaron con su parsimonia habitual y, después de informarlos de la situación, se limitaron a controlar el perímetro. Blanco sermoneaba a los curiosos que aún grababan, y Cuenca, fiel a su papel de poli bueno, lo acompañaba por detrás rebajando la tensión.

Mientras el grupo se dispersaba, me puse —por fin— a trabajar. Remo tecleaba en la *tablet* y pedía comprobaciones por la emisora, y yo me encargué de fotografiar motos y matrículas, por si hacía falta soporte.

Resultado: dos con el tubo de escape trucado y un chaval sin permiso de conducir, lo que derivó en varias sanciones y un buen rato esperando a los padres.

En menos de media hora aquello dejó de ser un espectáculo y se convirtió en papeleo, y los chavales se fueron con las multas y menos ganas de repetir.

—Buen trabajo, Remo —admití una vez que nos quedamos a solas. Ella se limitó a asentir—. Yo habría añadido unas cuantas amenazas más, para acojonarlos, pero no ha estado mal.

—Cada uno tiene su método.

—Está claro.

—A veces, menos es más, Santos.

—¿En multas?

—En testosterona —contestó y me miró con una media sonrisa que me hizo apretar la mandíbula.

Me costó controlarme, aunque lo conseguí. Conocía a las tías como ella y sabía que pretendía que saltase para salirse con la suya.

No le di el gusto.

Durante el viaje de vuelta nuestra dinámica no cambió. No hablamos, no comentamos el caso, y el aire del coche se cargó tanto que costaba respirar.

También me costó no observarla de reojo.

Todo en Remo parecía decir que no necesitaba que la defendieran ni que hicieran el trabajo sucio o que nadie se interpusiera. Y eso era… raro, porque no encajaba con la imagen que me había formado de ella: la típica enchufada, hija de papá, con la vida resuelta antes incluso de ponerse el uniforme. Una a la que le habían abierto puertas sin preguntar si sabía siquiera empujarlas.

Sin embargo, esa misma mujer acababa de manejar a un grupo de niñatos sin perder los nervios ni levantar la voz. Y lo más alucinante era que le había salido bien.

Muy bien, de hecho.

Sí, no me avergonzaba admitir que me había dejado llevar por los estereotipos y las primeras impresiones —algo que siempre le había dicho a mi hija que no hiciera—, pero no había podido evitarlo.

Y estaba claro que esas ilógicas ganas que había sentido de defenderla eran culpa de la costumbre. Supongo que cuando llevas media vida protegiendo a las personas de tu entorno —por hábito, necesidad o inercia—, el instinto se te queda pegado como una segunda piel.

Aun así, no pensaba darle la razón. Ni a ella ni a lo que había sentido al verla imponerse. Así que, cuando llegamos a comisaría, no dudé en dejarla con el papeleo y los expedientes en recepción.

Necesitaba distancia. O cerveza. O lo que fuera que me ayudara a resetear la puta cabeza.

Por suerte, nuestro turno acababa de terminar.

No perdí un segundo; devolví las armas al armero, me encerré en el vestuario y desbloqueé el teléfono.

Rodrigo:
Birras en El Morao. Te veo allí.

No esperé la respuesta de López. Cambié de chat para avisar en el grupo que tenía con mis padres y Nora de que llegaría tarde, tiré el cinturón dentro de la taquilla y me cambié.

Minutos después, salí de allí sin mirar atrás —aunque lo que de verdad me pedía el cuerpo era hacerlo— y caminé a grandes zancadas hasta el bar.

El antro estaba medio lleno, detalle curioso siendo un lunes noche, y olía a cerveza y fritanga. Me dejé caer en una de las mesas del fondo, y la camarera, que ya me conocía, me trajo la primera ronda.

—¡Churri! —gritó López desde la puerta—. ¡Ya estoy aquí!

Le di un largo trago a la cerveza y negué cuando se sentó a mi lado.

—¿No te cansas?

—¿De ti? —Puso morritos—. Qué va. Y tú tampoco. Sé que me has echado mucho de menos.

—Vaya puto día. Me siento como un maldito mueble de la comisaría.

Su carcajada atrajo la atención de varias personas.

—Me lo tienes que contar todo —rogó colocando la cabeza entre las manos y pestañeando rápido como un idiota—. ¿Cómo ha ido con Fabi? ¿Ya le has hecho romper algún reglamento o sigue tan perfecta como siempre?

—Sigue igual. Y me saca de quicio.

Pasé a resumirle el aviso del paseo marítimo con todo lujo de detalles, aunque obvié comentar cómo me había reaccionado la polla en cierto momento que ya casi había olvidado.

—Tiene más autocontrol que tú.

—Lo que no tiene es sangre.

Alberto rio y me miró con interés.

—¿No será que te aguanta el pulso y te jode?

No le respondí. Le di un nuevo trago a la cerveza y cambié radicalmente de tema. No estaba dispuesto a arruinarme la noche pensando en ella.

Dos rondas después, la conversación se había vuelto tan ligera que comenzaba a sentirme mucho más cómodo.

Fue entonces cuando la vi, apoyada en la barra con otra mujer.

Durante un par de segundos hubiese jurado que era ella: pelo recogido en una trenza, postura relajada, ese gesto tranquilo que ya me resultaba demasiado familiar… Incluso la forma de ladear la cabeza mientras escuchaba, todo coincidía.

Pero no. No podía ser.

Me obligué a fijarme bien en los detalles.

La trenza era más corta, la piel más pálida y los labios más gruesos y artificiales.

No. No era la novata.

Y, aun así, el nudo en el estómago no desapareció del todo.

La falsa Remo tuvo que sentir cómo la recorría con la mirada, porque giró la cabeza, centró las pupilas en mí y, tras unos segundos sosteniéndome la mirada, me sonrió.

No pensé cuando le devolví el gesto y tampoco cuando López me dio un codazo.

—Ve a por ella.

—¿De qué hablas?

—¿Podemos detenerla por llevar ese vestido? —Se relamió—. Ni te lo pienses, tío. Si no vas tú, me la quedo yo.

Me levanté como un resorte, y ella, que no se perdió ni uno de mis movimientos, se dio la vuelta en el asiento.

El trozo de tela le recorrió los muslos en sentido ascendente bajo sus manos.

—Joder —mascullé e imaginé su sabor sin haberla probado.

—Exacto. Esa es la idea: joder —alcancé a oír que decía mi amigo a lo lejos—. ¡Si quieres compañía, avisa!

No necesité hablar cuando me acerqué a la barra. Y ella tampoco. Nos entendimos con la mirada, con el roce casual de nuestros cuerpos, con la prisa por ir al baño al mismo tiempo.

No supe cómo se llamaba, y ella no preguntó mi nombre antes de encerrarnos en el aseo de las mujeres.

Me dejé arrastrar por el instinto y la necesidad. Ni romanticismo ni promesas. Solo carne, calor y el eco del extractor del baño del bar.

Su boca sabía a ginebra y me engullía sin titubear. Me dejé arrastrar por su entusiasmo porque, por un rato, fue más fácil

perderme que pensar.

Me puse el preservativo y, en un acto reflejo, le di la vuelta. Acaricié sus costados, la agarré de la trenza y cerré los ojos al embestir dentro de ella.

Y ese fue mi primer error.

Porque, por más que me concentrara en las diferencias, mi cerebro traía una y otra vez la imagen de Remo, con el pelo entre mis dedos, mirándome desde abajo mientras me la follaba, con esa expresión templada que tanto odiaba.

Gruñí y aceleré el ritmo de las embestidas, empeñado en apartarla de mi cabeza y en castigar cada pensamiento ilógico. Ella gimió más fuerte cuando se corrió y, al apretarme en su interior, lo supe.

La aparté de mí sin demasiada delicadeza al ser consciente de que no iba a terminar y lancé el condón a la papelera. A pesar de no haberme corrido, me sentí vacío. Y cabreado.

Casi peor que antes.

La desconocida fingió no darse cuenta y no tardó en recomponerse el vestido. Lo hizo con la misma rapidez con la que yo me abotoné el pantalón.

Salió la primera del baño, después de regalarme un beso en el cuello, dejando tras de sí el olor agrio al sexo perturbador que habíamos tenido.

Cuando me quedé solo, el reflejo del espejo me devolvió la imagen de un tipo con la mirada hueca y el pulso acelerado. Abrí el grifo, me lavé las manos y me mojé la cara.

Intenté convencerme de que no tenía importancia, pero en el fondo sabía que estaba jodido, no por ser la primera vez que era incapaz de correrme, sino porque ni siquiera enterrado en una espectacular mujer conseguía sacarme a la maldita novata de la cabeza.

5 – Conclusiones

Reglamento 3.5.: Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

FABIOLA

Me abroché algunos botones del polo y lo estiré con un gesto rápido. Me estudié en el espejo y dudé entre si dejarlo tal cual o continuar hasta el cuello.

El uniforme no estaba diseñado para favorecer a nadie —ni falta que hacía—, pero en una comisaría donde la mayoría eran hombres no era necesario darles ninguna posible excusa para distraerse. Bastante tenía ya con intentar que me vieran como una más como para darles carnaza.

Decidí cerrar el último botón.

Tras revisarme la trenza, me aseguré de que el cinturón estuviera bien ajustado y fue entonces cuando el pitido del móvil rompió el silencio metálico del vestuario.

> Tomy:
> Suerte hoy con el Ogro. Y no te comas su alma todavía, que te queda mucho turno por delante, y yo quiero ser testigo de ese momento histórico.
> Te quiero.

Sonreí ante lo adecuado del apodo que le había puesto a Santos.

Reaccioné a su mensaje con un corazón, silencié el teléfono y lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón.

Solté un suspiro antes de abrir la puerta y salir del vestuario con paso firme. El pasillo olía a café recalentado y a colonia de hombre, una combinación que ya me empezaba a resultar familiar.

No me dio tiempo a comenzar a caminar cuando la puerta del vestuario masculino se abrió y me topé con él, con «el Ogro».

—Remo.

—Santos —respondí en el mismo tono seco.

—¿Y yo qué? —intervino López, que acababa de salir y se había recostado contra la pared—. ¿No me merezco un saludo?

Le dediqué una sonrisa de cortesía.

—López.

—Fabi —dijo y me recorrió de arriba abajo. Odiaba que me llamara así. Sin embargo, sabía que las personas como él, en cuanto notaban que algo te incomodaba, insistían el doble solo por diversión. Por eso nunca lo corregía, prefería dejarle creer que no me afectaba, pues era la única forma de que se cansara antes. O eso esperaba—. Oye, ¿qué planes tienes para el próximo descanso?

—Aún no lo sé.

—Podría ayudarte a pensarlo —replicó y me guiñó un ojo.

Santos refunfuñó, López amplió la sonrisa, y yo decliné su oferta con un gesto negativo.

Si hubiese sido alguna de mis hermanas, y de haber tenido la pistola a mano, le habría apuntado al sitio donde, con toda seguridad, tenía ubicado el cerebro.

La voz del sargento resonó desde el fondo del pasillo.

—Remo, a mi despacho.

—Sí, señor —contesté mientras me giraba y echaba a andar.

—¿Te has portado mal, Fabi? —bromeó López y emitió un sonido con la garganta que me provocó náuseas—. Mmm… Empollona y chica mala. Me gusta la combinación. Me gusta mucho.

No me giré para ver lo que ocurría, pero sí escuché un golpe seco contra la pared, un quejido ahogado de López y el gruñido bajo de Santos.

«Genial. Ni cinco minutos de turno y ya huele a testosterona descontrolada», pensé sin dejar de caminar.

Cuando llegué al despacho, inspiré hondo y volví la cabeza un segundo.

Hubiese jurado que tenía la mirada de Santos clavada en mí mientras caminaba; no era la primera vez que la sentía y, al

volverme, lo había pillado observándome. Lo más curioso era que, cada vez que eso ocurría, nuestro contacto visual duraba una milésima de segundo más que la anterior.

Sin embargo, esa vez debieron de ser imaginaciones mías, porque Santos estaba quieto, en medio del pasillo y dándome la espalda, mientras López se marchaba en sentido contrario.

Toqué dos veces en la puerta antes de asomar la cabeza. El sargento levantó la vista de unos papeles y me indicó que pasara.

—Siéntate, por favor.

Hice lo que me pedía y me fijé en una de las fotos enmarcadas que tenía en la estantería tras él: una instantánea descolorida de un equipo de fútbol local de hacía años. Una versión de mi padre, mucho más joven y menos musculado, salía en ella. Estaba justo al lado del propio sargento, que en aquel entonces tenía el pelo oscuro y menos barriga.

Sonreí en un acto reflejo, y él me devolvió el gesto. Carraspeé al darme cuenta de mi propia falta de profesionalidad, me disculpé y me coloqué más erguida.

—¿Cómo va todo con Santos? —preguntó sin rodeos a la vez que apoyaba los codos en la mesa.

—Bien, señor. Es un compañero eficiente.

—¿«Eficiente»? —repitió entrecerrando los ojos—. Esa palabra suena a que quieres decir otra cosa, pero no lo haces porque soy tu superior.

«Bingo».

—No, señor. Es justo lo que quería decir.

—Ya lleváis unos días juntos. ¿No te tiene frita con su dichosa cabezonería?

—Tenemos estilos de trabajo distintos.

José dejó escapar una carcajada ronca y se reclinó en la silla.

—No es la primera vez que Rodrigo lidia con novatos, aunque no está acostumbrado a tratar con mujeres. —Me costó no darle la razón—. No eres la única en comisaría, pero sí la única en este grupo.

—Lo sé.

—Y yo sé que eso no te amedrenta.

—No, señor.

Él no se preocupó en ocultar su gesto satisfecho.

—Tienes más carácter del que aparentas. No esperaba menos viniendo de una Remo, claro, pero quiero que me prometas una cosa, Fabiola. —La mención de mi nombre me hizo comprender que su petición sería personal—. Si alguna vez Santos te complica la vida, vienes directa a mi despacho.

—De acuerdo.

No. No pensaba hacerlo. Ni con Santos ni con López ni con ningún otro. Sería mi sentencia de muerte.

Él quedó satisfecho, me deseó un buen turno, y yo me levanté con una sonrisa forzada que se congeló cuando abrí la puerta y vi quién estaba apoyado contra la pared de enfrente, con los brazos cruzados y los ojos fijos en mí.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —me preguntó en cuanto salí.

El pasillo estaba vacío salvo por nosotros y su voz, que llenaba cada centímetro cuadrado.

Me quedé quieta, con la mano en el pomo de la puerta cerrada, y analicé su expresión. No supe si era de curiosidad o de juicio.

—¿Qué haces aquí?

—Yo he preguntado primero, Remo. —Se incorporó de la pared con una calma que me puso en guardia.

—No sabía que tenía que darte explicaciones. —Di un paso al frente y noté cómo me comenzaban a arder las mejillas ante su escrutinio—. No ha pasado nada.

—¿Segura? —Frunció el ceño.

—Sí.

Él retrocedió, y yo me lo tomé como una invitación.

Caminé hacia la sala de trabajo sin pararme a comprobar si me seguía; tampoco hizo falta, el eco de sus botas y el peso de su presencia me acompañaron durante todo el recorrido.

En cuanto crucé la puerta, me dirigí a la mesa de trabajo y agarré los expedientes. Santos se colocó frente a mí.

—¿Vas a seguir mirándome así mucho rato? —le pregunté mientras ordenaba las cosas ya organizadas sobre la mesa.

—Depende. Define «así».

Levanté la cabeza y una ceja al mismo tiempo.

—Así: como si esperases que dijera alguna cosa que te dé la razón.

—Ah, pero ¿puedo tener razón en algo? —replicó con un deje de ironía.

—En nada que yo recuerde.

El clic del ratón sonó más fuerte de lo habitual cuando me senté y desbloqueé el ordenador.

Cometí el error de dirigir los ojos a su posición un instante, mientras el aparato despertaba. Él me regaló una expresión que dejó claro lo que pensaba sobre mí.

—Mira, sé que crees que le he hablado mal de ti, pero puedes ahorrarte la preocupación. No soy ese tipo de persona.

Se le endureció el gesto.

—No he insinuado eso, Remo.

—Ya —respondí cortante.

Lo escuché soltar el aire por la nariz, en el suspiro nasal que utilizaba para sustituir su habitual gruñido cuando algo le molestaba.

—¿Estás bien?

Su pregunta en voz baja me pilló tan desprevenida que tardé en reaccionar.

—¿Por qué no iba a estarlo? —indagué alucinada.

Santos cambió de postura, rompió el contacto visual y lo agradecí.

—El jefe no llama a nadie a su despacho para preguntarle por recetas de cocina o trucos de costura. —Se ajustó el cuello del polo —. A veces le da por poner a la gente entre la espada y la pared.

«Como a mí hace tres días, cuando me castigó poniéndome contigo en patrulla», terminé por él en mi mente.

Me sentí más estúpida que nunca por plantearme siquiera unas ideas absurdas y erróneas. Y ridícula, ya de paso, por pensar que podía estar preocupado de verdad por mí, cuando Salcedo ya me había dejado claro que tenía una clara animadversión hacia las emociones femeninas.

—Estoy bien.

Se le curvaron los labios apenas unos milímetros.

—Perfecto. —Se puso en pie—. Ahora vuelvo.

No me despedí.

Cuando se marchó, el aire se aligeró a mi alrededor. Aun así, me sorprendí analizando la puerta por la que acababa de salir. Había un matiz en su manera de hablar, en su forma de jugar al borde del conflicto, que me descolocaba.

No era simpatía ni mucho menos ternura.

Era algo distinto.

Me puse en pie cuando la necesidad de rascarme la cara interna de la muñeca se me hizo insoportable.

Caminé de un lado al otro de la habitación y una de las veces que pasé junto a la ventana vi a Santos cruzando el aparcamiento hasta llegar a López, que lo recibió con un movimiento de cabeza.

Incluso desde allí fui capaz de atisbar el gesto en la mandíbula de Santos, esa tensión al apretar los dientes mientras hablaba con el otro y parecían discutir.

Me quedé mirándolo un poco más antes de sacudir la cabeza y volver al trabajo.

No me hizo falta mucho esfuerzo para llegar a la conclusión de que Santos, aparte de buscar excusas para escaquearse del papeleo, era de las típicas personas que iban medio paso por detrás de ti, solo para asegurarse de no tropezar con tu cadáver si caías.

No supe cómo de equivocada estaba en ese momento, aunque no tardaría en entenderlo. Y sería de la peor manera posible.

6 – No te confíes

Código del veterano 3.6.: La gente pierde la inocencia a base de golpes.

RODRIGO

Estábamos a finales de mayo y el sol caía de lleno sobre los coches aparcados en la calle, recalentando la chapa y levantando ese olor metálico que se te pegaba en la garganta.

Sí, se notaba que empezaba a acercarse el verano, pero ese detalle insignificante no iba a joderme el turno.

Y es que era domingo, lo que significaba dos cosas: la primera, que en unas horas volvería a disfrutar de mi semana de descanso; la segunda, que —con suerte— pasaríamos el turno completo sin pisar la comisaría.

Cero charlitas a adolescentes, cero informes de mediación ni nadie revisando cada coma del protocolo. Solo el coche, la radio y los entresijos de la vida civil.

Volver a la calle, después de cinco días de soportar el amor desmedido de la novata por los papeles, me sabía a libertad.

«Bendito fin de semana», pensé, cerré los ojos un segundo y me deleité en el calor achicharrante de las tres de la tarde.

La ironía me hizo sonreír. Odiaba el calor, pero en aquel momento me dio igual.

Cuando llegamos al coche, comenzamos con las comprobaciones rutinarias del estado del vehículo: luces, sirena, botiquín… La novata iba marcando cada casilla con una precisión que habría hecho llorar de emoción al jefe de logística.

Metí la mano en el interior del maletero para asegurarme de que el kit de señalización no se hubiera vuelto a caer al fondo.

—Todo en orden —recitó la novata.

Puse los ojos en blanco, cerré el portón con un golpe y rodeé el coche para dirigirme, como siempre, al asiento del conductor.

Me quedé quieto un segundo, procesando lo que veía.

—Eh —le dije a Remo con el ceño fruncido—. Te has confundido de lado.

Ella, con su uniforme impecable, la trenza sobre un hombro y ni un atisbo de sudor, me miró desde el asiento y se ajustó el cinturón.

—No. Hoy conduzco yo.

—¿Qué? —pregunté sin ocultar la incredulidad—. Ni de coña. Ese es mi sitio.

—Qué curioso. Juraría que en el protocolo no pone nada de los derechos divinos del veterano —soltó sin mirarme.

—Pues debería —espeté al borde de perder la paciencia—. Sal del coche, Remo.

Le sostuve la mirada cuando se dignó a girar la cabeza hacia la ventanilla y me limpié la frente mojada del puto calor que hacía en aquel maldito aparcamiento.

—La normativa establece que, en caso de no alcanzarse consenso entre los integrantes de una patrulla, la conducción del vehículo oficial corresponderá al agente de incorporación más reciente, ya que el agente veterano funciona como responsable directo del binomio y de las decisiones adoptadas durante el turno.

La observé con una mezcla de fascinación y cabreo. ¿De dónde cojones se había sacado Salcedo a aquella mujer?

Incliné el cuerpo y me apoyé sobre la ventanilla. Ella no se movió ni un centímetro, pese a quedar mucho más cerca que en ningún otro momento desde que nos conocíamos.

—¿Me estás diciendo que, aunque hace dos días dejaste caer que no eras mi subordinada, ahora que te viene bien te ciñes al reglamento?

—Negativo —contestó con seguridad. El olor dulzón de su aliento se me coló por la nariz y fue directo a mi agrio cerebro—. Solo te estoy recordando lo que pone en el reglamento, por si no lo tienes demasiado fresco en la memoria.

Se me escapó una carcajada seca.

—«Fresco». —Le sostuve la mirada un poco más, me enderecé y caminé hasta el lado del copiloto—. Si acabamos en una zanja lo anotaré en el informe, como un buen «responsable directo del binomio».

La pillé aguantándose una sonrisa cuando me abroché el cinturón de seguridad.

—Ah, ¿te encargarás tú esta vez del papeleo? Qué novedad.

Me quedé mirándola y procesando lo que acababa de murmurar. Debería haberme cabreado de lo lindo —por menos, en otras ocasiones me habían oído gritar hasta en el pueblo vecino—. Pero, por algún ilógico motivo, esa chispa en sus ojos y el tono de voz que había usado me arrancaron una sonrisa que intenté borrar moviendo la cabeza.

La tía tenía agallas, eso había que reconocérselo.

Remo: uno. Santos: cero.

No pude decidir si quería amordazarla o invitarla a unas cervezas. Quizá todo a la vez.

—Arranca, agente Wikipedia —cedí al fin mientras ella ajustaba el asiento y los espejos a su tamaño—. A ver si todos esos cursos y titulaciones que tienes sirven para algo más que para decorar el currículum.

Soltó el aire por la nariz en una especie de risa irónica y agarró el volante con decisión. Yo me moví, molesto por la estrechez repentina que sentía en los pantalones, e hice lo que mejor sabía hacer: gruñir.

Las primeras horas pasaron sin incidentes o al menos sin nada que mereciera un informe. Un aviso por un coche mal aparcado frente a la farmacia, una pareja discutiendo en la puerta de un bar —él, borracho perdido, y ella, con una paciencia infinita— y un gato atrapado en el motor de un Seat que nos hizo perder veinte minutos y me decoró el pecho con un buen arañazo.

Lo normal para un domingo en Costa Serena.

Entre aviso y aviso, la radio murmuraba de fondo. Esas voces lejanas me servían más de compañía que de utilidad, pues Remo y yo no hablamos demasiado.

Estaba acostumbrado a los compañeros que llenaban el coche de chistes o quejas, pero esa semana a su lado me había enseñado que, con ella, el silencio era algo habitual.

Me giré con el brazo derecho relajado sobre la ventanilla abierta y la miré.

O estaba muy aburrido o ella tenía una manera de moverse que rozaba lo hipnótico.

Conducía concentrada, con la mirada fija en la carretera y los brazos perfectamente colocados en posición tres menos cuarto. Cada vez que frenaba en un semáforo, analizaba la situación por el parabrisas y los espejos; lo que me había hecho poner los ojos en blanco en más de una ocasión.

—¿Te diviertes? —me preguntó, consciente de que la estaba observando.

—Necesito mucho más para pasarlo bien, Remo.

—Puedes cerrar los ojos si te aburres —rebatió—. Prometo no chocar. Palabrita de novata.

No respondí, aunque noté cómo se me ensancharon las fosas nasales al contener una sonrisa.

Remo: dos. Santos: cero.



El sol empezaba a esconderse detrás de las azoteas cuando me vibró el móvil en el bolsillo del chaleco y me jodió la paz.

Miré la pantalla: Nora.

Durante unos segundos dudé en si contestar, no me apetecía que la novata supiera nada de mi vida personal, pero mi instinto me decía que debía hacerlo; mi hija no me solía llamar en horario de trabajo, no, al menos, sin un motivo importante.

—Papá —sollozó cuando descolgué.

Me incorporé en el asiento con brusquedad.

—¿Qué ocurre? —Al otro lado escuché su respiración entrecortada—. Cielo, ¿qué te pasa?

—Papá… Es el abuelo. No está.

—¿Cómo que no está? —Traté de sonar tranquilo, aunque comenzaron a desfilarme mil hipótesis por la cabeza.

—Salió de casa hace un rato… Bueno, hace más de dos horas —me explicó con voz temblorosa—. Le dijo a la abuela que se iba a la playa, a pescar, como otros días, pero no está. Hemos mirado por todas partes y no lo encontramos.

El teléfono se me resbaló unos milímetros de entre los dedos. Sentí el pulso en el cuello cuando me limpié la humedad de las manos y el aire dentro del coche se volvió tan denso que me costó respirar.

La conversación me acababa de despojar del papel de Rodrigo, el policía, para ser tan solo un padre intentando no romperse delante de su hija.

—Escúchame. Respira, ¿vale? No te separes de la abuela y volved a casa, por si regresa. Yo me encargo.

—Papá… —me llamó llorando—. No quiero que le pase nada.

—Todo va a ir bien, cariño —le dije con una seguridad que no sentía—. Te lo juro.

Hasta que no colgué no fui consciente de que el coche se había detenido y Remo me observaba preocupada.

—¿Estás bien?

No respondí enseguida. Miré por la ventanilla y calculé cuánto quedaría para que el sol se escondiese del todo.

No más de una hora.

Sentí el peso de la culpa presionándome el pecho. Culpa por no haber estado allí; por saber que, si algo le ocurría, mis palabras no serían suficientes para calmar a Nora. O a mi madre. Culpa por no haberle dado importancia a los despistes que sufría últimamente y no haber insistido en llevarlo a un especialista.

«¿Y si se ha caído al mar?».

No. No podía pensar eso.

—Santos —repitió Fabiola más despacio—. ¿Hay algún problema?

—Tengo que irme —murmuré.

—¿Irte?, ¿a dónde?

Intenté desabrocharme el cinturón, pero el enganche se resistió. Lo forcé un par de veces hasta que cedió con un chasquido seco.

—A mi pueblo. Mi padre se ha perdido —murmuré tratando de despejar la niebla que se me había instalado en el maldito cerebro y me impedía pensar con normalidad.

«¡Muévete, joder! Corre a buscarlo», me grité.

Escuché un susurro de la novata y giré la cabeza en su dirección. Me pidió que esperase con una mano mientras que con la otra sacó su móvil del bolsillo trasero del pantalón.

Tras titubear un instante, se lo llevó a la oreja.

—José. Soy Fabiola. Siento molestarte, pero tenemos un aviso personal de desaparición en el municipio de La Almarina y quería solicitarte autorización para nuestro desplazamiento.

«¿Nuestro?».

«¿La Almarina?».

Fruncí el ceño, no recordaba haberle dicho nunca dónde vivía.

¿Cómo coño lo sabía?, ¿se lo habría cascado López?

No dejé de mirarla ni un segundo. Ni siquiera cuando le dio las gracias a nuestro jefe, colgó y, después de ordenarme que me pusiera de nuevo el cinturón, metió primera.

Tardé un poco más en reaccionar, pues necesitaba asimilarlo todo. La novata acababa de tomar el control, y lo había hecho sin temblar. Se había posicionado y saltado todos los protocolos, pues en lugar de informar a nuestro superior a través de la radio había optado por pedírselo casi como un favor personal, haciendo gala de esa familiaridad que tenían, pero que, hasta ese momento, no había demostrado.

Parecía que Remo no solo era tranquila y metódica, también sabía quebrantar las normas, tenía iniciativa y sabía sostener el mundo sin dudar cuando todo se iba al carajo.

Justo como acababa de hacer conmigo.

Remo: cien. Santos: cero.

El coche rugió, la espalda se me pegó en el asiento al tomar velocidad y la carretera se abrió ante nosotros.

Recé para llegar a tiempo.

7 – Un puente

Reglamento 4.7: Finalizado el servicio, se recomienda desconexión emocional.

FABIOLA

«Cielo. ¿Qué te pasa?».

El apelativo cariñoso que Santos había lanzado al teléfono me resbaló por la piel, la erizó como si en lugar de palabras se tratase de un cubito de hielo y la sensación, absurda y poco propia en mí, me descolocó.

Se lo decía a su hija. Lo supe después, cuando la frase tomó sentido al escuchar la voz aguda que se filtró desde el altavoz llamándolo «papá».

Santos tenía una hija.

¿Tendría pareja? No lo sabía, aunque, después de lo que había dicho Salcedo sobre él —y de la propia opinión que yo ya me había formado tras esos días juntos—, la compadecí.

Lo que tenía claro de él era que se le daba fenomenal gruñir y una palabra de su ficha personal: «soltero». Aunque ese detalle no era excluyente, claro; que no estuviese casado no indicaba si compartía la almohada con alguien cada noche.

Vale, no. No era lo único que sabía de Santos. Conocía más datos, pero era información absurda que mi cabeza había memorizado casi sin darme cuenta, como que llevaba cuatro años destinado en Costa Serena, que tenía treinta y cuatro años —seis más que yo— y que el pueblo donde residía se encontraba a poco más de treinta kilómetros del mío.

Me obligué a salir de mis pensamientos cuando realizó un movimiento brusco con el brazo y lo vi tensarse en el asiento. Tomé la decisión de detener el coche al borde de la carretera y esperé en

silencio a que terminase la llamada. Cuando colgó, y le pregunté qué ocurría, él quiso bajarse del vehículo.

Un impulso me hizo retenerlo.

El mismo que me llevó a agarrar mi teléfono y marcar un número que me había prometido no usar desde que entré en la comisaría a trabajar.

Dudé tan solo un segundo. Me estaba esforzando por dejar de ser «la enchufada» y esa llamada podía mandarlo todo a la basura. Aun así, marqué. Fingí no ver el ceño fruncido del Ogro mientras hablaba con mi jefe y le exponía la situación, y estaba segura de que Santos había pensado lo peor de mí. Por una vez, no lo culparía.

—Autorizado —respondió Salcedo sin hacer preguntas—. Vais de apoyo. Mantenme informado por línea interna, no por la malla, ¿entendido?

—Entendido.

Agradecí que él tampoco quisiera airear aquello por el canal abierto donde todos podían escucharlo.

Le di las gracias, colgué y me giré hacia Santos.

Tenía que mantenerme entera. Si me dejaba llevar por la angustia que veía en sus ojos, todo se vendría abajo.

—Ponte el cinturón.

No esperé a que cumpliese mi orden —aunque lo hizo sin discutir, y eso fue casi más inquietante que cualquiera de sus pullas habituales—, tan solo metí primera y pisé el acelerador a fondo.

El pueblo se fue quedando atrás y no tardamos en coger la carretera costera que serpenteaba hasta La Almarina en una suerte de acantilados y curvas. El coche vibró cuando pasé de treinta a noventa en una de las rectas.

Durante todo ese tiempo no miré a Santos. Podía hacerlo; de hecho, un reflejo molesto me pedía girar el cuello para comprobar que seguía respirando, pues estaba excesivamente quieto para ser él.

Me llegué a plantear incluso que estuviese enfadado conmigo por haber tomado la iniciativa. No sería raro, Santos era fuerza y orgullo embutidos a presión en un uniforme. Pero ¿qué se suponía que tenía

que hacer?, ¿dejar que se fuera solo en ese estado?, ¿mirar para otro lado porque no era asunto mío?

Si se hubiera tratado de mi padre, yo habría movido cielo y tierra y aplaudido cualquier tipo de ayuda.

—Gracias —dijo él de pronto, como si hubiese podido leerme el pensamiento.

Me dio la impresión de que le costó pronunciar esa simple palabra, quizá porque la tenía bastante oxidada en su base de datos mental.

Desvié la cabeza en su dirección solo un instante, lo suficiente para que su perfil se me quedase enganchado en la retina un buen rato: la línea del cuello, tensa como una cuerda; el mentón, más definido que nunca, y los labios apretados mientras miraba al frente.

El último tramo lo recorrí siguiendo sus escuetas indicaciones.

La patrulla local nos esperaba junto al aparcamiento de arena que daba a la cala grande, lugar que Santos les había mencionado al dar el aviso. Dos agentes, uno mayor y otro más joven, se acercaron y hablaron con mi compañero. Me quedó claro que se conocían de antes y se tenían cierto aprecio, pues uno de ellos le explicó que habían hablado con su madre un momento antes de acudir a la zona.

—Haremos batida por el camino de la escollera —explicó el mayor.

—Bien. Yo me voy por arriba, por la zona de rocas —dijo Santos.

Me colgué la linterna del chaleco, le pasé otra a él y lo seguí cuando comenzó a caminar a pesar de no haberme incluido en sus planes.

El sendero hasta las rocas era una lengua de piedra pizarrosa que se deshacía bajo las botas si no ponías bien el pie. La luz empezaba a no ser suficiente, así que encendimos las linternas y el paisaje se convirtió en un túnel blanquecino donde las sombras se comían nuestros flancos a bocados.

Me asaltó una sensación que ya había sentido antes, en las prácticas nocturnas de mi formación: esa que me hacía volver a las noches de mi niñez, cuando jugaba al escondite con mis hermanos en el jardín, con las linternas bajo la ropa. Alana, Bruno o Carolina —

los mayores— siempre me acompañaban cuando me tocaba contar, porque me daba miedo quedarme sola en la oscuridad.

—¡Papá! —bramó él una primera vez, y el eco de su voz precedió al silencio.

Subimos y bajamos numerosas rocas, teniendo cuidado de no resbalar con las algas pegadas a las piedras.

—¡Papá! —repitió Santos una vez. Y otra. Otra más… Tantas que perdí la cuenta.

Un presentimiento me hizo detenerme y revisar la zona que habíamos dejado atrás. Seguí mi intuición mientras Santos se alejaba y, en uno de los barridos hacia arriba con la linterna, distinguí una mancha clara que no habíamos visto antes, recortada contra la piel negra de la roca.

—¡Ahí! —le grité, señalando con el haz de luz.

Él volvió sobre sus pasos sin ninguna delicadeza y, en cuanto lo observé tensarse y soltar el aire como si le hubieran dado un golpe en el abdomen, supe que lo habíamos encontrado.

Una vez que me encargué de avisar de nuestra posición y pedí apoyo en el acceso superior del barranco, me acerqué a la zona despacio y aseguré cada paso mientras Santos sorteaba las rocas por delante.

Su padre estaba sentado con los pies colgando hacia una poza, la espalda apoyada en un saliente como si fuera un respaldo y las manos sobre las rodillas.

Tenía la mirada perdida en el horizonte y no daba la impresión de estar asustado. Tampoco parecía entender que se encontraba en un sitio del que no iba a poder bajar solo, pues incluso su hijo había resbalado un par de veces y solo se salvó gracias a unos buenos reflejos y a un cuerpo entrenado.

—Papá… —murmuró Santos cuando casi llegó hasta él.

Ese tono, más bajo y temeroso para no asustarlo, me apretó el pecho de un modo tan físico que habría jurado que me dejaba la marca de los dedos por dentro.

El hombre giró la cabeza y, al enfocar la mirada en su hijo, el rostro se le iluminó.

—Rodrigo. ¡Mira qué preciosidad! —exclamó y señaló al horizonte.

Mi compañero se giró un instante y resopló una risa amarga.

—Ya, papá. Es precioso, pero tenemos que bajar, ¿vale?

El hombre parpadeó, miró hacia abajo y pude ver el momento exacto en el que se percató de la altura a la que estaba y del peligro que corría.

—No sé cómo he llegado aquí —reconoció, confundido—. Solo quería ver el atardecer, como cuando me escapaba con tu madre siendo jóvenes y la traía para enamorarla. —Con mucho cuidado, me coloqué a su otro lado y le sonreí—. Tú has hecho lo mismo con ella, ¿no? Es guapa, como mi Felisa. Siempre has sido un chico listo.

Obvié lo que implicaba su suposición y me concentré en sacarlo de allí.

La maniobra nos llevó unos largos minutos que se me antojaron eternos entre girarlo, evitar que apoyara el pie donde había verdín, lograr que agarrara el antebrazo de su hijo y no mi hombro y estabilizar mi propio cuerpo para hacer de contrapeso. Todo eso mientras lo íbamos calmando —o quizá a nosotros mismos— con voz contenida.

Cuando lo tuvimos en una repisa más plana y fuera de peligro, desde la que había acceso por la carretera, Rodrigo bufó, y su padre sonrió culpable.

—Solo quería ver el atardecer —volvió a excusarse, y yo le asentí sin perder la sonrisa.

—No pasa nada, papá.

Sin embargo, en vez de calmarse, se alteró aún más. Frunció el ceño en un gesto muy parecido al de su hijo.

—Oye, ¿y mis cosas? —preguntó, nervioso—. ¡Los aparejos!

—Tranquilo, papá. —Le puso una mano en el hombro y lo miró con cariño—. Te compraré unos nuevos, los más caros de la tienda.

El hombre se quedó callado unos segundos, respiró hondo y negó despacio.

—No, no hace falta. Ya sabes que a tu madre no le gusta que gastes tanto en nosotros.

Santos desvió la vista hacia mí un segundo, y yo aproveché para intervenir.

—¿Quieres que avise al centro de salud para que lo vean?

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No tiene ni un rasguño —contestó revisándolo por décima vez —. Pediré cita mañana. Ya sabes…

«Sí, ya sé», le quise transmitir con la mirada. No me había sido difícil llegar a la conclusión de lo que le ocurría; mi abuelo paterno había padecido la misma enfermedad.

—Siempre estás preocupándote por todo, hijo —rebatió, ajeno al sufrimiento que emitía cada palabra de Rodrigo.

—No vuelvas a hacerme esto, papá.

—Si solo he ido a dar un paseo. Ya mismo iba a volver a casa.

Rodrigo negó con la cabeza, cerró los ojos y, sin decir nada más, envolvió al hombre con sus brazos. En realidad, no se estaban abrazando solo sus cuerpos, también lo hacían los miedos de uno contra la realidad del otro, suspendidos sobre aquel acantilado.

Tuve que darme la vuelta para no echarme a llorar allí mismo.

—¡Abuelo! —gritó una voz femenina.

Me giré hacia el sonido y vi cómo una chica echaba a correr hacia nosotros. Detrás de ella, una mujer mayor avanzaba con más contención, aunque con el mismo miedo en los ojos.

La muchacha llegó y se lanzó sobre su abuelo con tanta fuerza que Santos tuvo que sujetarlo para que no perdiera el equilibrio. Se colgó del cuello del hombre, riendo y llorando a la vez, mientras mi compañero le acariciaba la espalda y le besaba la cabeza con una ternura paternal que no le había visto nunca.

La mujer —la abuela— se acercó a ellos, alargó la mano y, visiblemente emocionada, se unió al abrazo.

Sabía que debía alejarme y dejarles intimidad, pero me quedé allí, inmóvil, observándolos.

Aquella escena me afectó más de lo que esperaba; verlo así, rodeado de su familia y de su hija, vulnerable y humano, aunque al mismo tiempo sosteniéndolos a todos, cambió de alguna forma la percepción que tenía de él.

«Parece que el Ogro sí que tiene sentimientos».

No fui consciente de estar llorando hasta que la mujer se fijó en mí.

Traté de recomponerme sin que los demás se dieran cuenta, girando la cabeza hacia un lado, mientras ella cruzaba algunas palabras con su hijo en un tono bajo que no conseguí captar.

—Remo. —Me llegó la voz de mi compañero.

Me repasé las mejillas, giré el cuerpo y le devolví la mirada. Él me hizo un gesto con la cabeza para que me acercase.

—Ay, mi niña. —La mujer se separó del grupo y me asió las manos—. Gracias, de corazón. Eres un ángel.

Observé a Santos sin entender nada.

—Tú lo localizaste —fue todo lo que dijo. Y no me sonó a reproche.

—De nada —le contesté a la señora, que me dio un último apretón en las manos antes de soltarlas—. Me alegro de que esté bien.

—Gracias por encontrarlo —murmuró la chica con la cara empapada de lágrimas, antes de volver a esconderse en el pecho de su abuelo.

—Solo hacía mi trabajo —alcancé a decir.

Él, que no había dejado de observarme, clavó los ojos en el centro mismo de mis pupilas. No en mi cara ni en la mano que aún sostenía la linterna apagada. Ni siquiera en el coche patrulla que se veía de fondo.

Me miraba de verdad. Y no encontré ni rastro de la ironía o la competitividad de siempre. Había algo más profundo, más silencioso, que me hizo contener el aliento.

El instinto me obligó a apartar la vista y restarle importancia a lo que estaba ocurriendo.

No fui capaz. Y no lo entendí.

La vida me había enseñado que era más fácil relativizar que enfrentarme a lo que me hacía sentir vulnerable, pero en aquel momento me sentí más anclada a la realidad que nunca.

¿Era posible que Santos estuviera tendiendo un puente en mi dirección?

Deseé que los hilos de los que estaba hecho fueran lo bastante fuertes y no toda una trampa mortal.

8 – Una familia de locos

Código del veterano 4.8.: Si eres listo no bajes nunca la guardia, ni siquiera fuera de servicio.

RODRIGO

Habían pasado tres días desde lo de mi padre y aún sentía la tensión clavada en los hombros. Mi madre y Nora, en cambio, estaban convencidas de que todo iba a ir bien desde la visita al centro de salud.

El médico de cabecera nos dijo que, de momento, no había motivos para alarmarse. Le iban a hacer todas las pruebas necesarias y nos pidió que no nos adelantáramos a los acontecimientos, pues los olvidos podían deberse a muchas cosas.

Ellas salieron de allí más aliviadas. Yo no.

Ellas no lo habían visto en aquel acantilado. Yo sí.

Y la situación no había mejorado precisamente gracias a la nueva obsesión de mi madre: la novata.

—¿Le has mandado ya el mensaje a…?, ¿cómo dijiste que se llamaba?

—Remo.

—Fabiola —me corrigió Nora desde la mesa de la cocina, con el móvil entre las manos.

—¡Eso! —exclamó mi madre—. ¿Le has escrito ya a Fabiola?

—Mamá, por favor —le rogué enjuagando la sartén—. No empieces. No va a querer.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

—No hace falta.

—Nora, ¿sabías que tu padre es adivino? Cuando esté viejo y gordo para seguir en la policía lo mismo puede montarse un tenderete en el jardín y hacer de pitoniso. —Volteó el cuello en mi

dirección—. Creo que tengo unas sábanas moradas que pueden venirte bien.

Puse los ojos en blanco, y Nora se echó a reír.

—Muy graciosa.

—Seguro que acepta, me pareció una chica muy educada y discreta.

—Y guapa —puntualizó mi hija.

—Y buena persona —añadió mi madre—. Además, apuesto a que es muy familiar, ¿no viste cómo se emocionó? ¿Crees que le gustarán las lentejas?

Me sequé las manos y me acerqué a la nevera, de donde cogí una cerveza que abrí con un golpe seco contra el borde de la encimera.

Si abrir un portal al centro de la Tierra fuera fácil, ya me habría tirado de cabeza.

Prefería achicharrarme vivo que soportar aquel aquelarre un minuto más.

—¿Por qué no preparas tus albóndigas? —le pidió Nora, dándole alas—. Te salen riquísimas.

—No.

No necesité girarme para saber que las dos me estaban fulminando con la mirada.

—Está bien, hijo —comentó mi madre unos segundos después. Usó ese tono que siempre me ponía en alerta: el apenado—. Pero al menos llévale un regalo. Puedo preparar una bandejita de pestiños. Así le agradecemos lo del otro día como Dios manda.

—Ya le dimos las gracias.

—Tú no.

—Mamá.

—Rodrigo. —Se cruzó de brazos—. Si Alberto entra aquí y come cuando se le antoja, no veo por qué ella no puede, al menos, probar mis dulces.

Felisa Romero era un hueso duro de roer. También era una de mis debilidades, y ella lo sabía.

—Mamá, López no tiene a nadie que le cocine tan bien como tú —intenté halagarla, a ver si así cedía—. Sobrevive a base de comida

basura, y me apiado de él porque cualquier día le va a dar un infarto. Pero Remo es…

—¿Es qué? —preguntó mi hija al ver que no continuaba. Tenía la misma cara de pillina que su abuela.

Mierda. No iban a parar.

—Nada.

—Ajá —comentó como quien ha encontrado un tesoro—. Te gusta.

—Nora.

—Te gusta —repitió con una sonrisita.

—Para.

—Te gus…

—Nora, ¡ya! —gruñí.

Mi madre intercedió para restaurar la paz.

—No seas tan cabezota, Rodrigo.

—La que fue a hablar —murmuré.

—Puede que nos hayamos excedido un poco, ¿verdad, Nora? —Giró el cuello en dirección a mi hija y le guiñó un ojo de forma nada disimulada.

Bufé. Qué mal se habría ganado la vida si hubiera sido actriz.

A esas alturas yo ya sabía que tenía la batalla perdida. Cuando las dos se aliaban no salían ilesos ni los geos.

—Está bien, mamá. Le llevaré los pestiños —acepté, ella sonrió satisfecha, y yo las señalé con un dedo, primero a una y luego a otra —. Pero este tema con Remo y vuestras ganas de hacer de casamenteras se acaban aquí y ahora. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijeron al unísono con un tonito que no me convenció en absoluto.

Asentí y salí de la cocina cuando mi madre se puso a sacar los ingredientes para hacer los jodidos pestiños, y Nora se levantó para ayudarla.

La parte mala de que una niña se criase con su abuela era que aprendía pronto a ser una brujita sabelotodo con el instinto de una hiena hambrienta.

Milagrosamente, me dieron una tregua y no volvieron a sacar el tema hasta que, al día siguiente, mi madre me deseó suerte cuando

salí de casa con el táper lleno hasta los topes de dulces embadurnados en miel.

—Te has puesto colonia —comentó como quien no quiere la cosa.

—No me he puesto colonia. Es el desodorante —mentí y le di un beso.

El diablo no necesita más motivos para hacer el mal.

—Ah, ya…

No dejó de sonreír hasta que me perdí calle abajo con el coche.

Un rato después, me topé con la enorme cancela que cerraba el acceso a Los Arenales. Enseñé la placa al guarda que salió de la garita, y este no dudó en dejarme pasar. Me resultó incluso más fácil que averiguar la dirección de los Remo en Google; información que, por supuesto, había contrastado con una breve llamada a Pereira con la excusa de interesarme por su lesión —no pintaba bien— y, de paso, sonsacarle un par de comentarios casuales sobre el famoso gimnasio del patriarca Remo.

Pura investigación rutinaria.

«Si tú quieres creértelo…», me retó la vocecilla de Nora colándoseme en la cabeza.

La urbanización estaba tranquila, salvo por algún ladrido a lo lejos y el zumbido sordo de una máquina de jardín. Era curioso, en todos mis años de patrulla en el pueblo nunca había tenido que atender ningún aviso allí. No era de extrañar, cada seto estaba recortado al milímetro, el asfalto parecía recién barrido y las farolas brillaban como si alguien las hubiese encerado para presumir de urbanización modelo.

No. Allí no había cabida para la delincuencia.

—Qué pijotada —mascullé, seguro de que nadie tendría un corral al fondo del jardín.

Me pregunté por qué coño estaba allí media docena de veces antes de aparcar frente a la casa de los Remo. Me repetí que tan solo iba a darle los dulces de mi madre a la novata y a agradecerle lo del domingo, nada más.

Golpeé con los dedos el volante, indeciso.

Podía dar la vuelta, deshacerme de los pestiños y largarme por donde había venido. En su lugar, salí del coche, me ajusté la

camiseta negra —sospechaba que mi madre la había encogido en la secadora y no me había dicho nada— y crucé hacia el otro lado de la calle.

La valla que delimitaba la propiedad servía de poco, ya que el portón estaba abierto de par en par. Comprobé el nombre del buzón, me adentré en el jardín y caminé hacia la vivienda.

Llamé al timbre y esperé. Nada. Lo intenté una segunda vez y, tras unos segundos, se abrió la puerta del garaje. De allí salió un tipo joven, sin camiseta, con el pelo revuelto y la mirada nublada por el sueño.

—¿Qué?

—Busco a Re… —Me detuve y corregí el discurso—. Busco a Fabiola.

El chico frunció el ceño y me examinó de arriba abajo sin el menor disimulo.

—¿Y tú eres…?

—Un compañero.

—«Un compañero», ¿eh? —Me observó con sospecha.

Su actitud rozaba lo ridículo; ni yo me ponía así cuando algún crío venía a buscar a Nora a casa.

¿Quién era ese tipo?, ¿su novio?

—Sí.

—¿Eres poli?

Saqué la placa en respuesta. Él desplazó la mirada de mi cara a la mano y de ahí a la cintura.

¿Qué coño estaba haciendo?, ¿buscándome la pistola?

Después de eso, volvió a establecer contacto visual y levantó la barbilla.

—Mira en el centro de entrenamiento.

—¿Dónde está?

Me señaló un camino de piedra que bordeaba la casa, entre un seto de jazmines y un muro blanco.

—Al fondo del jardín. Si sigues recto, lo verás.

—Gracias.

Me giré, y él añadió:

—Si te estás marcando un farol, y vienes a joder, después de que mi hermana te reviente yo mismo pisotearé tu cadáver.

«Seguro».

Sonreí de medio lado.

—Lo tendré en cuenta.

Avancé por el sendero y sentí la mirada del chaval clavada en la nuca por pura deformación profesional, aunque no me inmuté.

«Hacerse el gallito es fácil, hasta que la vida te obliga a madurar de golpe».

El camino desembocaba en un edificio de dos plantas, moderno, de cristaleras amplias y techo de metal oscuro. No era el típico gimnasio de pueblo, más bien parecía sacado de una revista de arquitectura. El logotipo en la puerta acristalada decía «Centro de entrenamiento Remo» en letras plateadas.

—No esperaba menos… —mascullé y llamé al timbre de la entrada.

Un tipo con un moño alto entre rubio y canoso, pantalones bombachos y una sonrisa tan relajada que bien podría ser fruto de algún estupefaciente me abrió la puerta.

—Buenos días —dijo con un leve acento—. ¿En qué puedo ayudarte?

Por la edad —que no por las pintas— deduje que debía de ser el padre.

—¿Es usted el entrenador Remo?

El tipo soltó una carcajada.

—Ya quisiera él tener mi estilo. Soy Hans, profesor de yoga. —Abrió un poco más la puerta e hizo un gesto para que entrara. Yo no me moví—. ¡Suegro! ¡Te buscan!

Unos pasos resonaron sobre el suelo de madera y, un instante después, apareció un hombre que me igualaba en altura y superaba en musculación.

—Müller, ¿crees que algún día podrás llamarme «entrenador»?

—Sí, cuando tú dejes de llamarme por mi apellido. Además, solo lo hago cuando no hay clientes.

—¿Y él qué es? —susurró y utilizó la toalla que llevaba al hombro para secarse las manos. Me tendió una y me dedicó un apretón

firme—. ¿Qué tal? Soy Federico Remo, pero puedes llamarme Fede. ¿Vienes para apuntarte?

—Rodrigo Santos —me presenté—. Y, en realidad, no. Busco a su hija.

—¿A mi hija? —repitió ladeando la cabeza hacia Hans. O Müller. O como demonios se llamase aquel tipo.

—Sí.

Fede se giró hacia el interior del gimnasio.

—¡Pequeña!

Un momento más tarde apareció una mujer rubia, con ropa de deporte, coleta alta y mirada amable que, obviamente, no era Fabiola.

—¿Qué…? —Cuando me vio, se detuvo un segundo. Sus ojos hicieron un recorrido rápido y curioso por mi ropa poco deportiva, y le sonreí por educación cuando llegó a mi cara.

—Te buscaba —le aclaró Hans.

—Hola, soy Alana. ¿Vienes a informarte sobre las clases de pilates prenatal? —preguntó extrañada.

¿Pilates prenatal? ¿Qué cojones…?

Un movimiento tras ellos captó mi atención y desvié la mirada.

Era ella. Fabiola. Con mallas negras muy cortas y un sujetador deportivo bastante compresivo. Levantaba pesas como hacía todo lo demás: con disciplina. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, tenía la piel brillante por el sudor y la boca entreabierta.

«Ahora no, joder», le dije a mi inoportuno cuerpo.

Se detuvo un instante, dejó la barra sobre el soporte y se limpió la frente con la toalla.

—A quien busco es a ella. —La señalé.

Nadie dijo nada en el transcurso de cinco largos segundos.

—¿A Fabiola? —Se quiso asegurar la otra chica.

—Sí.

Ella sonrió. Hans la imitó. Fede cerró los ojos un momento y suspiró.

—Ya veo.

No dijo nada más, pero me bastó. En su tono se notaba ese deje de padre que lo ha visto todo y no quiere hacer más preguntas para

evitar conocer la respuesta.

La novata giró la cabeza hacia nosotros y, cuando nuestros ojos se cruzaron a través de la cristalera, supe que la había cagado yendo allí.

Había bajado la guardia, y no tenía ni puta idea de cómo volverla a subir sin acabar muerto y pisoteado por aquella familia de locos.

9 – Gracias

Reglamento 5.9.: Evita el contacto visual prolongado con el enemigo.

FABIOLA

El sudor me resbalaba por la sien y el top se me ceñía al pecho con cada respiración controlada.

—Doce… Trece… Catorce… —conté en voz baja mientras elevaba la barra hasta la altura de los hombros y la bajaba—. Quince… Dieciséis…

Los antebrazos me ardían con ese escozor que te avisa de que el agarre es el correcto. El abdomen, en cambio, me vibraba más de lo normal cada vez que subía la barra, claro síntoma de llevar días con la cabeza en otra parte y no entrenando.

El cuerpo me pedía una tregua, pero no pensaba rendirme tan fácilmente. El deporte había sido siempre mi manera de poner la cabeza en órbita, así que esa vez me tendría que funcionar también.

No podía dejar que algo —o alguien— me descentrara así.

Un sonido en la puerta captó mi atención, aunque me obligué a seguir concentrada. En el gimnasio de mi padre la gente entraba y salía todo el tiempo según la hora de los entrenamientos y las clases y, si levantabas la cabeza cada vez, perdías todo el trabajo de cuerpo y mente.

Pero, cuando el rumor se transformó en el eco reconocible de tres voces: la de mi padre, mi cuñado y mi hermana mayor, giré el cuello.

Y lo que vi me dejó estupefacta.

«¿Qué hace aquí?», me pregunté, incapaz de apartar la vista.

Santos, con camiseta oscura, vaqueros y botas, era más Rodrigo que nunca. También uno de esos hombres que no necesitan un

uniforme ni adoptar una postura intimidante para que se les respete, porque solo con estar de pie ya imponen autoridad.

No sonreía —tampoco esperaba que lo hiciera—, aunque sí había un matiz diferente en su gesto. Una especie de contención alrededor de esos ojos, oscuros como la noche, que le tensaba la piel un milímetro más de lo habitual.

—Tienes visita… —canturreó Alana, que se había acercado a mí sin darme cuenta.

Dejé la barra de pesas en el soporte, y ella me siguió.

—Estoy entrenando —me excusé. Sin embargo, mis ojos, traidores, regresaron a la puerta. A él—. ¿Seguro que no viene a otra cosa?

Mi hermana soltó una carcajada irónica y —entonces sí— la observé.

—¿Te puedes creer que le he ofrecido mis clases de pilates prenatal y las ha rechazado? Estoy devastada…

Fue mi turno para sonreír.

—¿Es una broma?

—Qué va. —Negó con la cabeza, y tuve que contener una carcajada al imaginar la cara que habría puesto Santos—. Aunque también te digo que, con el batiburrillo de hormonas desatadas que tienen mis mamis, me las pondría a todas nerviositas. Y bastante tengo ya con aguantar los comentarios sobre papá o Hans como para darles carne fresca de primera calidad.

—Tampoco es para tanto.

—Ya. Y yo soy la Virgen del Carmen —rebatió ella—. ¿Tú lo has visto bien?

«Sí, muy a mi pesar».

—No me he fijado mucho —mentí.

Por su gesto, me quedó claro que no me había creído.

—Yo que tú no lo dejaba mucho más solo con esos dos —me advirtió y bajó la voz para continuar—. El tipo te está mirando como si fuese el lobo feroz y hubiese venido disfrazado para invitarte al baile de fin de curso. Papá se ha dado cuenta, creo.

—Tengo veintiocho años, Alana, no diecisiete.

—Y yo, cuarenta y quiero mucho a mi trotamundos. Pero también tengo ojos en la cara y no he olvidado que es el primer chico que traes a casa aparte de Tomy. —Se acercó un poco más a mí y me colocó bien un tirante—. Súbete el top o le vas a provocar un síncope. O no…, mejor déjalo así.

Moví la cabeza de un lado al otro y decidí ahorrarme la explicación.

Yo no había «traído a casa» a nadie, había llegado él solito. Y el motivo era lo que quería averiguar.

Me pasé la toalla por la nuca, recogí la botella y, cuando di el primer paso hacia la puerta, la voz de Alana me deseó suerte.

Mi padre se apartó un paso al acercarme, y Hans me guiñó un ojo. No prolongué el contacto visual con ninguno de los dos; el reglamento 5.9 existía por algo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sin rodeos al detenerme frente a él en la puerta.

—Hola —contestó. Y fue… raro. Nunca lo había escuchado decir esa palabra sin un matiz irónico. En la comisaría, sus saludos siempre sonaban a «deja eso», «me aburro» o «un día más aguantándote». Carraspeó, y mi padre lo imitó—. ¿Puedes…?

No lo dejé terminar. Lo agarré de un brazo y salimos del edificio.

Las manos me temblaron un instante. No por el contacto con su piel tibia, sino por el ejercicio que había estado haciendo un momento antes, claro.

—Sigue caminando, Santos —dije guiándolo por el sendero—. Y, por lo que más quieras, no mires atrás.

—¿Es una orden?

—Sí. Y no estoy bromeando.

Él, por algún motivo que desconocía, no se rebeló.

Continuó andando hasta que llegamos a la parte delantera de la casa, donde me detuve a la sombra de la buganvilla preferida de mi madre. Lo miré y me coloqué la botella entre las costillas y la cadera.

—Hola —repitió divertido.

Fruncí el ceño, aunque el gesto quedó desdibujado al contagiárseme su sonrisa.

—Hola. —Cuando volví a hablar, lo hice con un tono más suave—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a darte las gracias.

—Ah. —Alcé ambas cejas—. Pues…, ¿de nada?

Asintió y retrocedió unos pasos hacia el coche, que había dejado aparcado junto a la valla. Lo observé sin salir de mi asombro; esa mañana estaba siendo del todo surrealista.

¿De verdad solo había ido a mi casa para darme las gracias y marcharse? No entendía nada.

Antes de poder preguntarle, abrió la puerta del copiloto, se agachó y sacó algo.

—Y también a darte esto. —Caminó hacia mí y sus ojos bajaron un instante. No al suelo, sino hacia mis piernas. Reprimí las ganas de tapármelas e inspiré hondo. Al llegar a mi altura, me tendió un envase transparente—. Te los ha hecho mi madre. Si no te los traía, me desheredaba y me hacía dormir en la caseta del perro.

—Eso es coacción.

—Y tanto. ¿De quién crees que he heredado mi vena policial? —continuó con la broma—. No tenemos perros. Ni caseta. Pero ella habría ido a comprar una solo para cumplir su palabra.

El plástico estaba tibio cuando lo apoyó en mis manos, aunque el calor real vino del roce con sus dedos. Un contacto leve, casi torpe, que bastó para que me olvidara de respirar un breve lapso de tiempo.

—No tendrías que haberte molestado.

—Pasaba por aquí…

—Ah. —Ladeé la cabeza—. Qué curioso que mi «aquí» te pille tan lejos de tu «allí», ¿no?

—Son pestiños. —Me ignoró de forma deliberada—. Los mejores que probarás nunca.

Me contuve de explicarle que era intolerante al gluten y que mi familia se los merendaría a dos carrillos, porque, aunque no pudiese comerlos, los agradecía igual.

—Es un detalle precioso. Dale las gracias de mi parte.

—Lo haré.

—¿Cómo está tu padre?

—Mejor —dijo él rápido—. Le están haciendo pruebas, aunque todavía es pronto para saber el diagnóstico. Eso sí, no va a salir solo en una temporadita.

—Lógico. Menudo susto…

—Fabiola —añadió, y mi nombre en su boca se me antojó prohibido. Hasta ese momento no sabía cómo sonaría dicho por él, y me gustó. Demasiado—. De verdad, gracias por lo del domingo. Por todo.

No supe qué hacer con los brazos, así que moví la botella y me los crucé como pude sobre el pecho.

—No es nada. Hice lo que hubiera hecho cualquiera en mi situación.

—No —negó rotundo—. Te aseguro que no.

El silencio —ese que nunca antes me había molestado en su presencia— se hizo grande y pesado entre nosotros. Fue él quien rompió el contacto al desviar la mirada hacia un punto detrás de mí.

—Buenos días.

Giré la cabeza y vi a Guille pasar por nuestro lado.

Llevaba una bolsa de basura de las grandes de jardín, negra y resplandeciente por el sol, y no quitaba la vista de Rodrigo. Tenía puestas unas chanclas y un pantalón corto que le quedaba grande. No supe si acababa de despertarse, pero sí sabía que no había tirado la basura desde la Nochebuena del año anterior.

Lo saludé, alucinada por el descaro con el que analizaba a Santos, que le devolvía la mirada, mientras yo intentaba fingir que aquello era una situación normal y corriente.

Me pregunté qué demonios pasaba entre ellos.

—Guille —lo llamé—. ¿Necesitas que te ayude con eso?

—No.

Mi compañero soltó una risa baja al ver cómo mi hermano se peleaba con el contenedor y trataba de levantar aquel saco, como el que acaba de pescar un atún de ochenta kilos y pretende hacer alarde de su destreza y fuerza.

—Guille…

—Voy bien —contestó con la voz estrangulada. Por fin logró colar el saco y, tras enderezarse, se palmeó las manos como si la tarea

hubiera sido pan comido. Se giró hacia nosotros y levantó la barbilla en dirección a Rodrigo—. ¿Todo bien?

—Sí.

—Sí —secundé a Santos.

—Perfecto —concluyó mi hermano—. Pues… que os cunda.

Se marchó de la misma manera en la que había aparecido y, pese a su actitud, no pude culparlo demasiado.

Lo cierto era que Guille, después de pasarse casi toda su infancia saltando cada vez que alguien me molestaba, ya no sabía funcionar de otra forma. Ser menor que yo nunca había sido un freno para él, ni tampoco que yo creyese que ya no era necesario.

—Siento la actitud de mi hermano, no suele ser así de borde.

Él miró hacia la puerta por la que había desaparecido y negó con una sonrisa.

—Qué suerte tengo entonces —respondió y comenzó a caminar lento hacia el coche. Lo seguí al mismo ritmo—. La mujer del gimnasio también…

—Alana. —Asentí sin dejarlo terminar—. También es mi hermana, sí.

—Ah. Sois tres.

Se me escapó una risita.

—No. Aún te falta conocer a unos pocos.

Él se detuvo y me miró de soslayo.

—¿Cuántos? —Pese a haber hecho un visible esfuerzo por no sonar entrometido, fracasó.

—Es curioso que supieras dónde vivo y no sepas cuántos hijos tienen los Remo Delgado —comenté con suspicacia.

Él no rompió el contacto visual. Yo, olvidándome del reglamento, se lo sostuve durante cuatro eternos parpadeos.

—¿Tu palabra preferida de hoy es «curioso»? —preguntó y abrió la puerta del conductor. Se detuvo antes de entrar y me miró de arriba abajo—. No te entretengo más, así puedes seguir entrenando.

—Si tu madre vuelve a obligarte a venir, avísame antes y te ahorras el mal rato familiar.

Señalé con el dedo hacia el sendero a mi espalda, y él sonrió con incomodidad.

—Adiós, Remo.

—Hasta el lunes, Santos.

Se montó en el coche y no volvió a mirar en mi dirección.

Me quedé un momento allí, al amparo de la buganvilla, con el olor a miel trepándome por la nariz y deslizándoseme por la garganta, y el eco de su mirada grabado donde no debía quedarse.

El ruido del motor se disolvió hasta que solo se pudo escuchar el zumbido del aire, y necesité beber un trago de agua de mi botella antes de ponerme en movimiento.

No supe ubicar el burbujeo que noté en el estómago; fue como si el músculo del abdomen estuviera todavía contrayéndoseme por inercia bajo la piel.

No era hambre, tampoco sed. Ni miedo. Esa emoción ya la tenía controlada.

Era otra cosa más simple y a la vez compleja. Una sensación que se había despertado en algún momento en esas últimas semanas y que había ido creciendo en intensidad cada día un poco más, hasta volverse imposible de ignorar.

Lo malo era que estaba relacionado con Santos.

Lo peor, que aquello solo sería el principio.

10 – Pérdida de orientación

Código del veterano 5.1.: No subestimes a quien parece inofensivo, el veneno más letal es el que no se percibe.

RODRIGO

El despertador sonó justo cuando me estaba quedando dormido y me sobresaltó como si me hubiesen disparado a bocajarro.

Una serie de pitidos secos, cortos e insistentes llenaron la habitación, y lo apagué de un manotazo. Me quedé tumbado un momento, con el corazón acelerado.

—Joder…

Me pasé una mano por la cara. No sabía si estaba cansado, cabreado o las dos cosas a la vez, pero la noche se me había hecho eterna. Dormir poco era el pan de cada uno de mis días, ya había aprendido a convivir con ello, pero aquella noche ni siquiera había probado bocado.

Cerré los ojos un momento, tratando de que el malestar por el sueño y la preocupación que me había mantenido en vilo no se me colocaran dentro del pecho.

No funcionó.

Me levanté, me fui a la ducha casi sin pensar y, tras vestirme, salí de la casa.

El aire de la mañana era fresco y no estaba tan viciado como el de mi dormitorio, pero ni siquiera eso consiguió despejarme del todo.

Crucé la calle hasta la casa de mis padres, como llevaba haciendo cada mañana desde que me mudé enfrente, y abrí con mi llave.

El olor a café recién hecho me golpeó en cuanto entré. Antes de dirigirme a la cocina, subí al piso de arriba para asomarme a la habitación de Nora. Dormía boca abajo, hecha un ovillo y abrazada a

su pequeña almohada, esa que iba y venía entre nuestras casas igual que ella.

Aquel era el acuerdo que teníamos desde hacía años: cuando yo estaba de turno, se quedaba en casa de mis padres para no estar sola en la nuestra. Aunque intuía que, más pronto que tarde, exigiría más independencia y terminaría usando nuestra casa más que yo mismo.

Le aparté un mechón de la cara con cuidado de no despertarla y sonreí al ver cómo ponía morritos y cambiaba de postura.

«Ojalá todo fuese tan sencillo como verte dormir», pensé.

Por un momento me visualicé a mí mismo años atrás, sentado en otra cama, en otra madrugada, vigilando cómo mi bebé respiraba, concentrado en el movimiento frágil y perfecto de su pecho, ese que me salvó más veces de las que me gustaría admitir. Las noches en las que solo éramos ella, yo y un dolor que nunca se iba del todo.

Respiré hondo, me recompuse un poco y bajé las escaleras.

—Buenos días. —Me acerqué a mi madre, que siempre se levantaba a las cinco cuando yo tenía turno de mañana, y le besé la mejilla.

—Hola —contestó sonriendo—. ¿Cómo has dormido?

—Bien —mentí y me serví el café recién hecho en la taza.

—Siéntate a desayunar, que se enfría.

Colocó una tostada con aceite, tomate y jamón encima de la mesa, como si yo fuera un crío y no un policía de treinta y cuatro.

Hacía tiempo que había dado por perdida esa batalla. Ella se empeñaba en que no me fuese a trabajar con el estómago vacío, y yo, aunque no lo admitiera en voz alta, agradecía esos diez minutos a solas con mi madre, en la cocina medio en penumbra.

—¿Estás preocupado por lo de ayer? —preguntó secándose las manos en el paño. Yo me senté, bebí de la taza e hice un gesto ambiguo con la cabeza—. No le des tantas vueltas, Rodrigo.

Miré su mano sobre mi antebrazo. El tiempo había hecho estragos en su piel, volviéndola más apagada y marcándola con alguna mancha oscura. Parecía más fina. Más frágil.

Pero lo que de verdad me jodió fue darme cuenta de su preocupación. No por mi padre ni por lo que nos había dicho el

neurólogo la tarde anterior, sino por mí.

Y no podía darle más motivos.

—Estoy bien, mamá.

Ella me miró y supe que no me creía del todo.

—El médico ha dicho que no es un diagnóstico —insistió con esa voz firme y suave que solo las madres tienen. Mi madre era práctica, realista y mucho más sabia que yo, aunque a veces negara lo evidente—. Solo hay indicios en algunas pruebas y quiere verlo con más calma.

—Indicios —repetí con desgana—. Ya.

El médico había dicho exactamente eso, que en el test cognitivo había pequeñas alteraciones, pero que el «despiste» de hacía unos días —doce, para ser exactos— podía deberse a muchas cosas.

No era idiota. Le había mirado a los ojos y sabía que también había sacado las mismas conclusiones que yo.

—Rodrigo, hijo… —Se acercó un poco más—. Vamos a esperar al resto de pruebas y ya veremos, no sirve de nada adelantarse al futuro. Ya habrá tiempo de preocuparse, ahora mismo lo único que necesitas es descansar más y pensar menos.

«Buena suerte con eso, mamá», pensé.

—Llevas razón.

Le di un bocado a la tostada para dar el tema por zanjado. Ella aprovechó el silencio para darme un golpecito en la mano y recoger unas cuantas migas. Le bastaron dos segundos para abrir otro frente.

—¿Y hoy qué te toca?

Gruñí.

—Charlitas. Seguridad vial en el colegio Solimar.

Mi madre sonrió con un gesto entre pícaro y desinteresado.

—¿Con Fabiola?

—Remo —la corregí—. Sí.

—Pórtate bien con ella, hijo.

La miré con una ceja arqueada.

—¿Cuándo no lo hago?

Ella negó con la cabeza ante mi tono de falsa ofensa.

—Recuerda cuando tú empezaste. También cometiste errores, y estoy segura de que ella lo tiene más difícil siendo mujer.

Bufé.

—Fabiola es diferente. No es torpe ni se pierde ni se pone nerviosa como otros novatos. Se sabe el reglamento de arriba abajo. —Me callé un segundo—. Da hasta miedo.

—Me cae bien.

—No la conoces, mamá.

—Ni tú. —Me colocó una mano en la mejilla—. Pónselo fácil, cariño. Eres un buen hombre, deja que ella también lo vea.

Tragué la bola de pan que se me había formado en la boca y bebí para no contestarle.

Era demasiado pronto para que mi madre tuviera razón.



Llegué a comisaría antes de lo habitual, consecuencias de huir de la cocina de mi madre sin acabar de desayunar.

En el pasillo me crucé con la novata. La vi venir con paso firme, barbilla alta y la mirada tan despierta que parecía recién salida de un anuncio de colchones. O de dormir ocho horas del tirón.

Qué envidia. Y qué bien le sentaba el uniforme, joder.

—Buenos días —me saludó con educación.

—Si tú lo dices —solté.

Juro que intenté sonar cordial, pero se me dio de pena.

No abrí la boca de nuevo, ni siquiera en la reunión de turno. Sentía la mente dispersa y no escuché la mitad de lo que nos dijo el sargento, pero asentí como si tuviera un doctorado en Atención Plena.

La cosa empezó a mejorar durante el camino al colegio, principalmente porque Remo hablaba poco y, cuando lo hacía, no era para decir gilipolleces. En días como aquel agradecía no tener a López —con el que llevaba días tenso— cerca.

—Santos —me llamó ella al aparcar en el estacionamiento del colegio. Me giré y pude ver cómo sopesaba las palabras. ¿Qué demonios iba a decirme? La miré con una ceja alzada, a la espera de que hablase—. Algunos suelen ponerse nerviosos, sobre todo los más pequeños.

—Ya —contesté sin entender a dónde quería ir a parar.

—¿Podrías…? —Carraspeó—. ¿Podrías no intimidarlos?

La ceja me subió hasta el nacimiento del pelo.

—¿Qué?

—Me gustaría que captáramos su atención sin asustarlos.

—Yo no asusto a nadie.

Ella me miró de reojo, y yo le regalé mi mejor gruñido, recién sacado del repertorio que guardaba para los días de mierda.

Desde ahí, todo fue a peor.

La primera marabunta de niños llegó al salón de actos como una horda de manitas minúsculas que lo tocaban todo y voces agudas. La cantidad de mocos colgantes que lucían algunos me revolvieron lo poco que me había entrado en el estómago.

—¡Tata! —chilló una chiquilla de la clase de cuatro años, que salió disparada y estampó su cuerpecito contra las piernas de mi compañera.

Remo sonrió, se agachó y le recolocó la diadema con orejitas de gato que tenía torcida. Me quedé embobado un segundo en el color de pelo de la niña, entre rubio y pelirrojo.

—Hola, Beca. ¿Preparada para pasarlo genial? —La chiquilla aplaudió entusiasmada—. Tenéis que portaros todos bien y estar calladitos, ¿vale?

Ella y algunos de sus amigos asintieron. Otros me miraron de reojo, y yo traté de estirar los labios en una sonrisa que, más que tranquilizarlos, los espantó.

Decidí dar un paso atrás mientras los demás iban entrando y se sentaban en los bancos.

Me quedé en un lateral de la sala, con los brazos cruzados, intentando que no se me notara lo que me provocaba ver a Remo interactuar con los más tímidos, que terminaban sonriendo cuando ella les prestaba su gorra.

La miraban como si fuera una mezcla de superheroína, maestra y hada madrina.

Y ese contraste suyo, entre fuerza sin dureza; calma, pero no cursilería, y seguridad sin soberbia, me reventó la maldita cabeza. Y la poca cordura que me quedaba, eso también.

En teoría, la charla salió perfecta.

Los niños gritaban como locos cada vez que yo hacía sonar la sirena y se quedaban mudos cuando ella hablaba. Fabiola les contó las normas como si fueran secretos de superhéroes, y yo me tuve que obligar a dejar de mirarla más de una vez.

También consiguió calmar a un pequeño que lloró porque «los coches malos atropellan a la gente». Se sentó a su lado, le pidió permiso para tocarle la mano —¿quién hace eso con un crío de tres años?— y le explicó cómo evitarlo con un juego imantado de semáforos y cruces de peatones.

—Madre mía… —murmuré cuando nos quedamos a solas unos segundos entre el cambio de alumnos.

—¿Qué? —preguntó ella

—Necesito café.

No era exactamente mentira, pero no lo había dicho por eso. Me costaba admitir, incluso para mí, que estaba impresionado. Mucho más de lo que quería reconocer.

Con los siguientes grupos de primaria —los de primero, segundo y tercero, según nos dijo la coordinadora del centro— pasó más de lo mismo. Fabiola hablaba, yo seguía sus indicaciones, y los niños se portaban más o menos bien.

Sin embargo, con los más mayores, la cosa cambió.

La primera en captar mi atención fue una niña preciosa, bastante parecida a la novata en cuanto a sus rasgos y al color del pelo.

Más sobrinos, tal y como me aclaró.

Olivia. Diez años. Cara de ángel y —según su tía— el carácter de una tormenta eléctrica. Al parecer, lo había heredado de su madre y

perfeccionado al ser la menor de cuatro.

Tras ella aparecieron dos de sus hermanos: un par de preadolescentes idénticos que, empujándose, casi tiraron las señales que teníamos colocadas a nuestro lado.

—Chicos… —los amonestó Fabiola con cariño.

—Tía Fabi, mira, esa es mi novia —dijo uno señalando a una chica.

—Más quisieras —soltó el otro—. Si pasa de tu cara, *pringao*.

El primero le dio una colleja que el segundo le devolvió sin dudarlo.

—Salva, Bruno… —les advirtió su tía sin éxito—. Eh…

—¿Nos sentamos? —intervine con voz firme.

Ambos detuvieron la absurda pelea de collejas, me miraron y, tras murmurar una disculpa, se fueron a ocupar sus asientos junto a más chavales igual de afectados por las hormonas que ellos.

—Gracias —musitó ella sin llegar a mirarme.

No la dejaron comenzar. Lo intentó dos veces, al igual que Reyes, la coordinadora, pero no hubo manera de que la pandilla del fondo se mantuviese en silencio. Y, aunque Remo me había pedido que no intimidase, vi necesario intervenir.

Mi voz retumbó en las paredes cuando exigí silencio.

Los niñatos se callaron al instante, lo que confirmó la teoría de que, a veces, lo único que funciona es la ley del más fuerte.

Fabiola me miró y elevó una ceja.

—Gracias —repitió. Solo que esa vez no me pareció igual de agradecida que antes, sino más bien decepcionada.

¿Qué pretendía?, ¿que nos quedásemos allí hasta las cinco de la tarde?

Ni loco.

Me sentí juzgado. Y molesto. Y fascinado. Y muy molesto.

Y ella, mientras tanto, convirtió a los que habían alborotado la charla en algunos de los voluntarios para explicar cómo cruzar una rotonda sin morir en el intento. Les dio roles —conductor, peatón y ciclista— y los puso a interactuar en un miniescenario improvisado mientras un chiquillo con pintas de estar a punto de mearse en los pantalones se ponía un casco.

—Pepo, ¡límpiate esas gafas, que te chocas! —soltó con malicia uno de los que estaban sentados.

Sus amigos rieron, y yo me moví para llamarles la atención, aunque al hacerlo me di cuenta de que Fabiola se había quedado quieta y rígida.

Tardó tan solo unos segundos en reaccionar, pero no me pasó desapercibido cómo endureció el gesto y tragó saliva. Se acercó al tal Pepo, le tendió uno de los carteles de señalización y, sin dejar de mirarlo, esperó paciente hasta que él lo cogió.

—Tranquilo, lo vas a hacer genial —le susurró.

Y, a pesar de que le sonrió, me fijé en que su postura había cambiado. Seguía serena, pero ya no era la misma calma de antes, sino una más rígida y contenida.

Por suerte, la actividad continuó sin más incidentes. Yo estuve cruzado de brazos prácticamente toda la charla. Y, cuanto más la miraba, más me costaba fingir indiferencia. Tenía un temple que yo no tendría, ni aunque me clonaran siete veces, entendía a esos críos, los miraba y les hablaba desde el respeto.

¿Por qué demonios no se había metido a maestra? Estaba claro que conectaba con ellos.

Cuando terminó, todos aplaudieron. Incluida ella.

Yo no.

Solo cuando Reyes —la jefa de estudios con mirada descarada— caminó hacia nuestra posición, una vez se despejó la sala, me permití respirar tranquilo y relajar la postura.

Error.

La mujer, con una sonrisa ladeada y las pupilas fijas en mí como si así pudiera lanzarme feromonas a distancia e hipnotizarme, se tomó mi gesto como una invitación.

—Agente Santos —musitó tocándome el brazo—. Qué bien que hayas venido hoy.

—Es mi trabajo —contesté y reprimí de milagro las ganas de apartarme.

Ella rio como si hubiera dicho algo gracioso.

Dirigí la mirada a Fabiola, que recogía los materiales de la mesa y nos observaba de reojo. Pude darme cuenta del momento exacto en

el que se fijó en dónde tenía Reyes puesta la mano porque alzó ambas cejas.

Contuve la sonrisa cuando se dio media vuelta, muy concentrada en continuar con su tarea.

Reyes inclinó la cabeza y se coló en mi campo de visión.

—Podríamos organizar alguna cosa más juntos. ¿Qué le parece, *agente*?

—Tendrás que hablarlo con ella. —Señalé hacia donde estaba Remo, justo a su espalda—. Es la que manda.

Supe que mi compañera me había escuchado, porque giró el cuello y se quedó quieta mientras Reyes se me acercaba un poco más, ignorando por completo mis indicaciones.

Por un instante —mínimo y peligroso— creí que Fabiola también había notado el mismo tirón que había sentido yo hacia ella y por eso me observaba así.

—Había pensado en algo más… —añadió la mujer bajando la voz — íntimo.

Fruncí el ceño ante la indirecta y la observé.

Reyes era atractiva, sí. Tanto como puede serlo una mujer que ha superado la cuarentena y se esmera por mantenerse joven y activa. Pero forzaba mucho la sonrisa, el perfume que usaba era exagerado y tenía unas manos demasiado largas.

La comparación, por supuesto, fue inevitable.

Desvié la vista unos dos metros, hasta Remo. No era perfecta, aunque se empeñase en aparentar lo contrario con esa prudencia y tranquilidad suyas. Tenía el polo metido en el pantalón, pero el borde le hacía una ligera arruga en la cadera, y la trenza, que le caía entre los omóplatos, no era del todo simétrica, como si se la hubiera hecho deprisa.

También tenía los ojos más bonitos que había visto en mucho tiempo, grandes, marrones y expresivos. Y la boca del tamaño perfecto.

«Para que tú te imagines cosas que no deberías ni plantearte», gruñó mi parte más sensata.

Fabiola me sostuvo la mirada como si me hubiese leído la mente, y el pecho se me expandió un centímetro. La observé un momento

más, sin moverme, sin saber qué demonios significaba aquella punzada a la altura del corazón.

Sin querer admitir lo que ya intuía.

Entonces desvió la atención hacia la mujer que seguía frente a mí. Un segundo, solo uno. Y luego regresó a mis ojos, sin duda esperando a ver cuál sería mi siguiente movimiento.

Algo en las costillas se me apretó ante el reto.

No supe si fue orgullo, admiración, lujuria o curiosidad. Quizá una mezcla peligrosa de todas. Pero sentí más que deseo. Más que respeto profesional.

Era una pura y jodida necesidad vital, imprudente y del todo irracional. Y demasiado grande para soportarla.

Así que me obligué a centrar toda mi atención en Reyes, sabiendo exactamente lo que tenía que hacer.

Lo único que podía permitirme.

—Sí. Me encantaría —dije.

Y, con esa mentira, firmé mi propia condena.

11 – Interés

Reglamento 6.1.: Todo informe debe reflejar la verdad de los hechos.

FABIOLA

Inspiré hondo. El sol de junio calentaba sin llegar a quemar, la playa estaba prácticamente vacía ese martes por la mañana y la brisa traía el olor salado que siempre me había reconfortado.

Sin embargo, nada de eso importaba, porque mi mejor amigo se había levantado ese día con el nivel de intensidad por las nubes y el propósito de no dejarme en paz ni un segundo.

El golpe seco de la pelota al impactarme contra el muslo me obligó a abrir los ojos.

—Punto para mí —canturreó Tomy de pie a mi lado—. Qué buen saque.

Con un párpado arrugado por el sol, observé la pala tirada en la arena a mi lado y después a él. Movía los hombros y los brazos como si estuviera en plena final de Wimbledon.

—No me apetece jugar.

—Si yo tuviera tu cuerpo me levantaría de la toalla y lo luciría todo el rato. Bueno, también me tocaría mucho las tetas, pero eso es otra historia.

Negué y dejé caer la cabeza hacia atrás.

—Solo quiero tomar el sol, Tomy —me quejé cuando me lanzó de nuevo la pelota—. Además, ¿desde cuándo te gusta hacer ejercicio?

—No es ejercicio, es un juego, y ya sabes que yo siempre estoy jugando a alguna cosa. —Me dedicó una mirada suspicaz—. Sobre todo cuando se trata de averiguar por qué mi mejor amiga tiene esa cara de haberse tragado un puzle de mil piezas y no saber cómo empezar a ordenarlas.

—Tomy…

Él se tiró a mi lado y la arena que levantó se me metió en los ojos.

—Es eso, ¿no? Prefieres que nos pongamos a armar el puzle de tu cabeza, ¿verdad?

—¿No te cansas?

—¿De ser tan perfecto? Qué va. —Me empujó con la cadera y tuve que hacerle sitio en la toalla—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Soltó una carcajada seca.

—¿Qué te pasa? —insistió alargando el final de la pregunta—. Llevas una semana esquivándome, y si hoy estás aquí es porque he ido a tu casa y te he interceptado antes de que te encerrases en el gimnasio.

—No te estoy esquivando.

—Claro, y a mí me mide el pito veinticinco centímetros, no te digo. Venga, Fabs. Sabes que puedes contarme lo que sea.

La respuesta se me quedó atascada en la garganta.

Llevaba días sintiéndome rara, como si una parte de mí hubiera despertado sin avisar y no supiera dónde encajarla. No estaba triste ni enfadada, tampoco agobiada… Pero algo se me movía dentro y no sabía qué nombre ponerle a esa sensación difusa y un tanto incómoda que aparecía cuando menos me lo esperaba.

Era una especie de cosquilleo que ni yo misma entendía y que me asaltaba en el vestuario, en el coche patrulla o en cualquier momento durante el turno.

Y, si no sabía qué era, ¿cómo iba a explicárselo a él?

—No lo sé. —Tragué saliva—. Aunque sé que tiene que ver con el trabajo.

Él frunció el ceño.

—Te han reñido porque no te sabías la cantidad exacta de comas que tenía el reglamento.

Se me escapó una carcajada.

—No. —Rompí el contacto visual—. Creo que es por Rodrigo.

Me costó pronunciar su nombre.

—¿Quién es Rodrigo? —Lo miré con una ceja arqueada—. Espera… ¡No! ¿El Ogro? —Asentí—. ¿Se llama Rodrigo? —Asentí de

nuevo—. Qué bajona.

—¿Por qué? —le pregunté divertida.

—No le pega nada. —Repitió un par de veces el nombre y puso caras—. Bueno, y ¿qué te ha pasado con él?

Justo eso era lo que no podía contestar: ¿qué me pasaba con Rodrigo?

Necesitaba saberlo tanto como Tomy, pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Nada. En realidad, no ha pasado nada. —Giré la cabeza y observé el mar.

—Ya. Claro. —Noté la risa en su voz—. Por eso llevas media hora clavando los dedos en la arena. ¿Estás excavando un túnel hasta Australia o es que tienes complejo de avestruz y vas a enterrar la cabeza?

Me miré las manos y me di cuenta de que, efectivamente, estaba haciendo un pequeño agujero. Suspiré a la vez que las sacudía para quitarme la arena y deseé que también se esfumara esa sensación que se me había atrincherado en un rincón de la mente al ver cómo trataban a aquel chico, además del regusto amargo por la situación final con cierta jefa de estudios.

Me molestó darme cuenta de que, sin querer, ambos momentos se me habían mezclado en el estómago y me lo habían revuelto.

—No sé. Es difícil de explicar. Desde el día en que fuimos a dar las charlas de seguridad vial al colegio estamos raros.

—Amplía eso.

Supe que diría esas palabras exactas y también que no tenía escapatoria, aunque aún necesité un instante más para continuar.

Me fijé en un par de gaviotas que revoloteaban cerca de la orilla y esperé que sus movimientos me ordenaran las ideas. No funcionó.

Finalmente, me tumbé en la toalla. Él me imitó y apoyó la cabeza en una mano. Nuestros cuerpos quedaron enfrentados al igual que nuestras miradas.

Tomy me sonrió, y fue al ver ese gesto tan suyo —el que siempre me ayudaba a sentirme segura— cuando comencé a hablar.

—Hubo un momento incómodo con Reyes —admití, más para mí misma que para él.

—¿Reyes?

—La jefa de estudios del colegio —le aclaré—. La has debido de ver por el pueblo. Pelo rubio y rizado, gafas de pasta rojas grandes, cuarenta y tantos, voluptuosa…

Mi amigo se encogió de hombros.

—¿Qué pasó con ella?

—Pues, parecía que… Era como si yo no existiese. Como si fuera invisible a sus ojos. Y yo soy la agente tutor, ¿sabes? Yo llevo la coordinación, soy la que hablé con ella por teléfono. Él está de apoyo, pero ella solo…, solo le hablaba a Rodrigo.

—Fabiola, para.

—¿Qué? —Tomy sonrió de medio lado y detuvo el movimiento de mi mano. Fue entonces cuando me di cuenta de que me ardía la piel de la muñeca que me había estado rascando—. ¿Y Rodrigo?, ¿qué hacía él?, ¿cómo estaba?

—Él… Pues, no sé. Normal, serio. Rodrigo siempre está serio.

Tomy ladeó la cabeza.

—Vamos, sabes hacerlo mejor.

Bufé para ganar tiempo. O para perderlo, ¿quién sabe?

—Se mostró profesional. Un poco brusco, aunque le pedí que fuera amable con los críos y lo intentó. —Hice una pausa—. Les paró los pies a los gemelos.

Mi amigo abrió los ojos con sorpresa.

—¿En serio? Es mi ídolo.

Sonreí.

—Al final hubo un momento bastante incómodo —admití, y él asintió, animándome a continuar—. Reyes se acercó a él al acabar las charlas y, bueno, se puso a toquetearlo.

Tomy dio un par de palmadas y se frotó las manos.

—Entramos en materia.

—No seas maruja —protesté, y él chasqueó la lengua—. Solo lo menciono porque fue inapropiado. Se le acercó demasiado.

—¿Demasiado para quién?

Aquella pregunta me llegó como una bofetada. Me quedé callada y quieta. Pensando. Analizando. Y el viento aprovechó para moverme un mechón de pelo que aparté con un bufido.

—Supongo que para mí.

—¿Te molestó que lo tocara?

—No —respondí demasiado rápido.

—Ajá.

—No me molestó —insistí, esta vez más despacio— Pero no me pareció bien que lo hiciese.

—¿Por qué?

—Porque no procedía, Tomy. Estábamos de servicio, y no es muy normal que alguien se ponga así: tan pegajosa, a ponerle morritos y hablarle en susurros. Somos agentes de la ley.

—Ah. —Él asintió despacio y apretó los labios para no echarse a reír. Una tentación nada propia en mí me trató de convencer para darle con la pala en la cabeza. Por supuesto, no lo hice—. Es decir, que no te molestó, pero en realidad sí te molestó. En el sentido estrictamente profesional de la palabra, claro.

—Exacto.

—Ajá.

—¿Qué? —pregunté al escucharlo reír por lo bajo.

—Que creo que tengo tu diagnóstico.

Puse los ojos en blanco.

—A ver…

—Estás celosa.

—¿Qué? ¡No!

—Sí, Fabs. Eso que te arde en las tripas cuando recuerdas a Reyes tocándolo son celos, cariño mío.

—No estoy celosa —murmuré un poco molesta.

Tomy solo me miró y esperó. Y yo lo observé mientras analizaba sus palabras.

La verdad era que nunca antes me había sentido así. Y, aunque jamás me había considerado una persona celosa, la realidad era que ver a aquella mujer manoseando a Rodrigo con tanta confianza me había sentado como un puñetazo en el estómago. Una sensación rápida, visceral y que me ardió en las entrañas sin que pudiera controlarla.

Era raro. Toda mi vida me había sabido manejar con mis parejas, me había movido en aguas tranquilas y predecibles, pero

últimamente mi cabeza y mi cuerpo se habían descoordinado y me gritaban cosas muy diferentes.

¿Me estaría volviendo loca?

No. No era eso. Me fastidiaba admitirlo incluso para mis adentros, pero una parte muy pequeña de mí sabía que quizá Tomy llevaba razón.

Solté un ruido mitad sollozo mitad gruñido y me eché hacia atrás sobre la toalla. Él rio bajito cuando me tapé la cara con el antebrazo.

—¿Quieres saber mi opinión? —me preguntó un momento después.

—Sí.

—¿Aunque no te guste?

—Sí.

—Rodrigo te afecta como nunca te ha afectado nadie.

Me descubrí la cara y lo miré fijamente.

—No es verdad que nunca me haya afectado nadie.

—Fabs, has salido con tres tíos mal contados y rompiste con todos antes de que pudiesen comerse el postre. —Levantó las manos—. ¿Qué? No me mires así. Solo cito un dato contrastado.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Nada, pero es como pretender hacer un logaritmo neperiano sin saber matemáticas básicas.

Tuve miedo de ahondar. Aun así, lo hice, porque en el fondo necesitaba entenderme, y Tomy parecía tenerlo más claro que yo.

—Y en tu metáfora el logaritmo neperiano es…

—Lo que sientes por Rodrigo.

—No siento nada por él.

—Mentira.

—No siento nada romántico, quiero decir.

—Claro que no. Lo que estás sintiendo no es romántico, es otra cosa.

—¿El qué?

Tomy me sonrió, y yo me arrepentí de haberle preguntado.

—Pues en realidad tiene muchos nombres, pero no quiero ser soez, que luego te pones melindrosa. Así que diré que es interés. El Ogro te interesa. Y mucho.

Me puse tensa de inmediato.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí, y por eso te cierras en banda. —Su tono se volvió más suave y cariñoso—. Te sabes a la perfección todos los manuales, códigos y reglamentos, pero se te ha olvidado estudiarte el tuyo, que es el más importante ahora mismo.

El comentario me afectó, no porque Tomy pretendiera hacerme daño, sino porque en el fondo llevaba razón. No entendía esa versión mía que reaccionaba cada vez que Rodrigo hacía o decía cualquier cosa y que se ponía a dar tumbos dentro de mí, empeñada en removerlo todo y desestabilizarme.

—No sé. —Me rasqué la muñeca, frustrada conmigo misma—. Un día me desespera, al siguiente lo veo ser tierno con su padre y su hija, y… —Me mordí el labio, buscando las palabras—. Y luego se presenta en mi casa, me sonríe y me mira de una forma demasiado intensa. Y me trae pestiños. Pero después se pone a cuchichear con Reyes. ¿Qué me pasa? Esto es absurdo.

—No. Lo que te pasa es que estás viva y él te gusta.

—Es el Ogro.

—El disfraz de Fiona te sentaría genial.

La carcajada se me escapó antes de poder contenerla.

—Estás fatal —admití y, cuando dejamos de reírnos, apoyé la cabeza en su hombro—. Tomy.

—Dime.

—¿Me gusta Rodrigo?

—Sí. Eso creo.

—No quiero que me guste.

—Ya, pero no puedes hacer nada. Sois polos opuestos, y ese es el ingrediente básico para que el universo decida ponerse a jugar a hacer repostería con vosotros. Estés de acuerdo o no. —Me agarró de la mano y su silencio me puso en alerta—. Y ahora viene la última pregunta del día. Y la más importante. ¿Te pone?

Cerré los muslos en un gesto involuntario.

—¿Qué? No.

—No pretendo entrometerme. —Su tono no fue burlón, sino tranquilo, casi profesional—. Pero sé lo que hay dentro de esa cabecita tuya.

—Ya —contesté resignada.

—Y, además, esto contestaría a esa absurda pregunta que sueles hacerte de si hay algo mal en ti. —Me levantó la barbilla—. ¿Te atrae físicamente?

Tragué saliva.

—Es… es una pregunta innecesaria.

—Que no estás respondiendo.

—¡Porque no hay nada que responder!

La garganta se me cerró de golpe en cuanto me di cuenta de que le había gritado. A Tomy. A mi mejor amigo.

Me odié al instante por llegar siempre tarde a las reacciones que, de un tiempo a esa parte, se despertaban en mí sin control.

Él no le dio importancia. Se encogió de hombros, se tumbó de espaldas y entrelazó las manos detrás de la cabeza mientras miraba hacia el cielo.

—Vale. Entonces debo de estar equivocado. Así que, como no te afecta, voy a visualizarlo: Reyes lo arrincona en la sala de profesores, él le sube la falda, ella se quita las gafas y se abre el escote para que él le pueda…

—¡Para! —Le tapé la boca con una mano.

—¿Por qué? —balbuceó, y lo solté—. Si te da igual, ¿no? De hecho, lo mismo hasta les pilló el de Matemáticas y se unió a la fiesta. Seguro que, mientras tú rellenabas el papeleo en el despacho del director, ellos estaban dándose el lote encima de los archivadores. ¿Tiene pinta de empotrador? Necesito conocerlo para poder imaginármelo mejor.

—No. No vas a conocerlo. Y tampoco fue a la sala de profesores, así que déjalo ya.

—¿Lo perdiste de vista en algún momento?

—No. Y me… me da igual lo que haga con ella o con quien sea.

—Quizá te creería si me lo dijeses sin tartamudear.

—No me… —Lo miré exasperada—. Eres un imbécil.

Tomy soltó una carcajada bajita.

—Fabs, cariño, estás roja como un tomate maduro. —Le lancé su camiseta a la cara, enfurruñada—. No pasa nada si reconoces que Rodrigo está bueno y te pone.

Apreté los labios.

—Es un hombre atractivo. Nada más.

—Te pone.

—Tomy, ya.

Mi amigo se levantó de la toalla y, tras colocarse bien el bañador, me miró desde arriba y se encogió de hombros.

—No es tan difícil, solo repite conmigo: «Rodrigo Santos, alias el Ogro, está bueno y me pone cachonda».

—¡Tomás!

—Te daré un consejo profesional como tu mejor amigo y enfermero diplomado en Cachonditis Aguda: tíratelo. Solo así sabrás si es un calentón o hay más. Y luego me lo cuentas, por favor.

—¡¿Qué?! —Mi voz salió una octava más alta.

—Que te acuestes con él, Fabs. Sexo terapéutico. Descargáis tensión, aclaras la mente, te respondes dudas existenciales y luego decides si también quieres ahondar en la parte emocional con él.

—Estás loco. Completamente loco.

—No lo negaré. Pero eso no me quita la razón. —Estiró los brazos y se crujió el cuello—. Y como sé que tienes que macerar las cosas en esa cabecita tuya, te dejo procesándolo mientras voy a darme un chapuzón, a ver si se me baja el calor que me has provocado con la charlita.

—¿Yo? —Él me guiño un ojo y me miró las piernas, que seguían apretadas. Me tapé con una mano—. ¡No seas cerdo!

—¿Yo?

Se dio media vuelta, se fue caminando hacia la orilla y dejó una fila de huellas en la arena tan marcadas como las que habían dejado sus palabras en mi cabeza.

Cerré los ojos e intenté pensar en otra cosa. En cualquier cosa: multas, reglamentos, protocolos… Lo que fuera.

Pero nada.

La imagen de Rodrigo, con su voz grave, esas manos grandes y la forma en la que apretaba la mandíbula cuando algo lo sacaba de

quicio, se me coló en la mente sin pedir permiso.

Y mi cuerpo, alentado por las palabras de mi amigo, decidió dar su opinión al respecto sin consultarme.

Noté un cosquilleo caliente bajarme desde el cuello hasta los pechos y continuar hasta tensarme la boca del estómago. De ahí descendió, lento y ardiente, hasta más allá del ombligo.

Un espasmo involuntario me sacudió por dentro y me incorporé, incómoda, acalorada y con el aire atascado en la garganta.

—Muy bien —murmuré avergonzada—. Estupendo. Esto es justo lo que te faltaba, Fabiola.

12 – Loco

Código del veterano 6.2.: La verdad de los hechos cambia según quién la cuente.

RODRIGO

No había terminado de probar el arma cuando escuché el chirrido característico de la puerta del vestuario femenino. Me quedé quieto unos segundos, alerta, y traté de adivinar los movimientos de la única mujer de mi turno, la misma que llevaba toda la maldita semana colándoseme en la cabeza.

Cuando no fui capaz de adivinar sus pasos, me obligué a continuar con lo mío.

—Puto calor —mascullé a la vez que me secaba el sudor de la frente y terminaba de probar la pistola.

Aún quedaban cuatro días para que comenzase el verano, pero llevábamos una semana con un bochorno insoportable y el calor pegajoso de aquel día en particular me tenía de los nervios.

Guardé el arma en el cinturón y, sin dilatarlo más, salí.

Al girar hacia la sala de reuniones, la vi. Fabiola avanzaba por el pasillo con ese andar rígido que mantenía incluso cuando el resto del mundo iba acelerado —cuando yo iba acelerado—. Pelo recogido en su típica trenza, uniforme impoluto, expresión contenida… Pero no fui el único que la observó.

López la interceptó y le sonrió con esa cara de baboso que usaba siempre que estaba a menos de diez metros de una mujer.

Se me tensó el cuello al ver cómo hablaban y él apoyaba un brazo en la pared para bloquearle el paso.

Estuve a punto de acercarme para frenarlo, aunque no me dio tiempo, pues Fabiola le dijo algo, se giró y se escabulló con un

movimiento elegante. Y yo tuve que contener las ganas de aplaudirle cuando pasó por mi lado.

—Buenas tardes —me saludó con ese tono neutral que usaba cuando no quería dar pistas de su estado.

—Hola —respondí sin dejar de mirar a López.

Este se giró al escucharme y la sonrisa se le congeló en la cara.

Veintiséis días después de la bronca que habíamos tenido por su comportamiento de mierda con Remo aún seguía evitándome. No tenía claro si me gustaba o no. Una parte de mí habría preferido que tuviera huevos para encararse de una vez conmigo, sobre todo en días como aquel. Casi le habría agradecido que me buscara las cosquillas, pues, con la tensión que llevaba encima y la falta de sueño, al menos tendría una forma de soltarla.

Pero no, López no era tonto y sabía cuándo —y con quién— podía hacerlo.

No tuve que decir nada; solo me quedé allí, de pie, serio y cruzado de brazos. Él tardó medio segundo en enderezarse, soltar un bufido y dar media vuelta.

Ni siquiera llegué a entrar en la reunión previa.

La emisora estalló con un aviso de pelea entre menores a la salida del instituto, así que salimos cagando leches. Remo y yo apenas intercambiamos un par de palabras antes de montarnos en el coche.

—Tutor uno en desplazamiento —dijo ella por la radio.

—Recibido.

Arranqué sin perder un segundo y, mientras ponía el coche en marcha, traté de ignorar el nudo que tenía en el estómago desde que me la había encontrado en el pasillo.

Una semana sin verla. Siete días enteros que se me habían hecho eternos y en los que había tratado de meterme en razón yo mismo a empujones, utilizando el argumento de que solo éramos compañeros y que cada uno tenía su vida.

Punto.

Solo que el punto se convertía en una coma y la historia no terminaba ahí.

—Llegaremos en ocho minutos —comenté a la vez que encendía las luces.

—En cinco si coges por la calle Alborán.

Negué.

—Hay obras. Mejor por la avenida del Faro.

—Conozco la zona. Podemos entrar por detrás y…

—Y encontrarnos el tapón de coches de todos los días a esta hora. No, es mejor por la avenida del Faro —zanjé.

Ella cerró la boca y vi por el rabillo del ojo cómo inspiraba hondo. Yo también respiré. Y aceleré.

No volvió a hablar, aunque se mostraba más inquieta de lo normal. Se lo notaba en cómo movía las manos, en la forma de agarrarse al cinturón. Recordé que había mencionado de pasada que un par de sus numerosos sobrinos estudiaban en ese instituto, así que deduje que por eso iba tan rígida. Más de lo habitual, quería decir.

El resto del camino fue un silencio tenso y expectante.

Llegamos ocho minutos después y enseguida localizamos el tumulto: unos pocos adolescentes arremolinados junto a los aparcamientos interiores, con un corrillo alrededor que los jaleaba entre gritos y empujones.

—Salgo —anunció ella y abrió la puerta antes de que pudiera detener el coche del todo.

—¡Remo! ¡Espera! —le ordené. Tarde. Antes de acabar la frase ella ya estaba fuera—. ¡Joder! —maldije y aceleré para poder acercarme lo suficiente mientras la veía correr hacia el tumulto.

Levantó las manos en señal de paz cuando llegó a ellos. Yo abrí la puerta de un empujón y no la perdí de vista mientras caminaba rápido hacia la zona; por eso pude ver el golpe con absoluta claridad.

Uno de los niñatos, nervioso, soltó un puñetazo al aire para intentar apartar a otro, pero falló de objetivo.

—¡Eh! —troné y apreté el paso. Me puse entre ella y el chaval y la agarré por el codo—. ¿Estás bien?

—Sí —murmuró.

Me dio la impresión de que estaba más sorprendida por mi pregunta que por el golpe.

Asentí una sola vez y me cuadré frente al crío, que aún tenía la mano levantada y el gesto congelado.

—¿Qué cojones te crees que haces? Has golpeado a una agente de la ley. ¿Sabes lo que puede caerte por eso?

—Yo… yo no quería que… —balbuceó.

—Las manos abajo. Ahora.

Sus compañeros dieron un paso atrás mientras él hacía lo que le decía. Sentí una mano en el brazo un segundo antes de escuchar a Fabiola.

—Estoy bien, Santos. Ha sido un accidente. Déjame hablar con ellos, ¿vale? —comentó y bajó la voz para que solo yo la escuchase —. Son solo niños.

Solo niños, sí. Pero a esa edad ya había visto más de un estallido que acababa en desgracia. De repente imaginé a Nora rodeada de un grupo como ese, a merced de idiotas que no medían la fuerza, y fue más de lo que pude soportar.

Me aparté un paso, pero no le quité ojo. Ni al chaval, que miraba de uno a otro con los ojos muy abiertos.

Me obligué a soltar el aire despacio cuando los padres comenzaron a llegar, nerviosos, pidiendo explicaciones.

Remo gestionó la mediación con una soltura impecable mientras yo solo podía pensar en arrancarles la cabeza de cuajo. No lo hice, pero no por falta de ganas. Me limité a estar ahí, firme, vigilando que ningún imbécil le levantara la mano otra vez.

—Lo anotaremos como incidencia leve —informó Fabiola.

—¿Incidencia leve? —repetí, incrédulo.

Ella me lanzó una mirada cargada de intención que me dejó claro que no quería saber mi opinión. Negué cabreado y me di la vuelta justo cuando llegó el segundo coche patrulla.

Nos llevó menos tiempo despejar la zona de lo que tardaron mis pulsaciones en volver a un ritmo decente. Y, cuando un rato después entramos al coche patrulla y cerré la puerta de un portazo, aún me duraba el cabreo.

No dijimos nada, tan solo puse en marcha el motor con el ceño más marcado que las líneas de la carretera.

La calma duró poco.

Fabiola bajó el parasol y se miró el pómulo en el espejo. Yo seguía conduciendo, aunque en realidad ya no veía la carretera, solo podía ver la imagen del golpe repitiéndose en mi cabeza.

Cerré los ojos un segundo, apreté el volante entre los dedos y me obligué a inspirar hondo antes de hablarle.

—No vuelvas a hacer eso.

Se giró hacia mí muy despacio, y yo volví la cabeza hacia ella un instante.

—¿Perdona?

—No puedes lanzarte e ir por libre. —Negué e hice un aspaviento con una mano—. Son niñatos hormonados en pleno calentón. ¿En qué estabas pensando?

No me importó saber que me estaba taladrando con la mirada.

—Según la normativa de intervención con menores, la prioridad es dialogar y reducir la…

—¡No me vengas con esas! —la corté, frustrado—. El instinto de supervivencia no se aprende en un puto manual, Remo. Si uno de esos críos llevase un arma blanca, ¿qué?, ¿también lo resolverías con diálogo?

—Sé lo que hago.

Solté una risa seca.

—¿Sí?

—Sí. Y deja el dramatismo, por favor.

Apreté los dientes y frené en seco en el arcén. Por suerte, íbamos por una carretera secundaria poco transitada y mi maniobra brusca no afectó a nadie más que a nosotros.

Me miró sorprendida.

—¿Qué haces?

Eché el freno de mano y me giré hacia ella.

—¿«Deja el dramatismo»? —repetí incrédulo.

—Te repito que sé hacer mi trabajo —contestó con la barbilla levantada.

—Eres demasiado confiada, Remo. Vas por ahí pensando que todo el mundo es buena gente, y no lo son. Ni en la calle ni en la comisaría.

—¿Me estás diciendo que es mejor desconfiar de todo el mundo?, ¿de ti, por ejemplo?

—Es mejor no ser tan ingenua, porque te puede salir muy caro.

—Gracias por el consejo —ironizó.

—Pues aquí va otro: no vayas por libre. Mientras seas mi compañera no vuelvas a hacerlo.

—¿Y quién me lo va a impedir?, ¿tú? —me preguntó con los ojos entrecerrados.

—Sí. Yo. —Su sonrisa irónica me tocó los cojones—. ¿Es que te da igual que te metan un navajazo por ir dos putos pasos por delante de mí? —Ella desvió la mirada y fue mi turno para sonreír—. Es eso, ¿verdad? Quieres ser una heroína y restregármelo en la cara, ¿no?

—¡Claro! Porque aquí todo gira en torno a ti, Santos. No sé cómo puedes soportar ser el centro del universo sin volverte loco.

—¡Tú eres la que me vuelves loco!

El silencio se hizo enorme en aquel coche y me quedé inmóvil al ser consciente de lo que había dicho… y de lo cerca que estaba de ella.

De lo cerca que tenía su boca.

Ella también debió de darse cuenta, porque me observó los labios el tiempo que duró un latido —un insignificante y agónico latido— y luego regresó la atención a mis ojos.

Y aquello me jodió vivo.

Porque no apartó la mirada como yo esperaba que hiciese; no se echó atrás ni evitó la confrontación como habría hecho cualquier persona sensata al ver mi cara de querer matar a medio planeta con mis propias manos.

No. Ella se quedó ahí, quietecita. Sin pestañear.

Como si supiera exactamente qué botón acababa de activar y le diera completamente igual.

Sentí que algo se me soltaba desde dentro. Una necesidad visceral e inoportuna que llevaba días conteniendo para que no se

escapara.

El aire se volvió espeso y caliente, y no tuvo nada que ver con la temperatura del exterior, sino con ella. Con su olor, ese maldito olor que casi podía saborear y que me empujaba a acercarme más.

Un poco más.

La nuez me subió y bajó con lentitud cuando tragué saliva.

Ella inclinó la cabeza unos milímetros. No tantos como para que cualquiera lo advirtiera, pero sí los justos para que lo notase yo y para que mi cerebro dejara de funcionar como debía.

—Fabiola… —susurré.

Entreabrió los labios y aquello fue mi sentencia.

La fuerza que tiró de mí hacia ella no fue humana. Fue instinto, fuego. Necesidad básica y hambre pura.

Pero entonces la vi.

La rojez en su pómulo. La zona inflamada que demostraba lo cerca que había estado de perder el control al ver cómo el puño de aquel niñato impactaba contra su cara.

Necesité borrarle las marcas con mi boca, con mis besos. Con mi lengua. Y, al ser consciente de lo que estaba imaginando, me eché hacia atrás de golpe.

No. Ni de coña podía sentir aquello. No me podía involucrar tanto.

Fabiola no era nada mío, y bastante tenía ya con cuidar de tres personas cada día como para preocuparme por una más.

Como para temer por una más.

Agradecí haber recuperado la cordura antes de hacer una gilipollez monumental.

—Menos mal —dije y carraspeé al sentir la garganta seca—. Ya era hora de ver que no eres tan perfecta como aparentas.

—¿Qué? —murmuró.

—Estaba preocupado por si con quien comparto patrulla tenía agallas o le habían dado la placa por su cara bonita, pero ya veo que también sabes sacar las uñas cuando te interesa.

Le cambió del todo la expresión, y supe que había dado justo en el blanco.

Tensó la mandíbula un segundo antes de escupirme:

—Vete a la mierda, Santos.

—Llegas tarde —respondí, me obligué a sonreír y me giré para arrancar el coche—. Hace tiempo que vivo en la más absoluta mierda.

«Y acabas de enterrarte un poco más tú solito. Sobre todo en lo que respecta a ella».

13 – Brilla como un arcoíris

Reglamento 7.3.: La colaboración entre agentes no debe verse afectada por discrepancias personales.

FABIOLA

Agradecí tener buenos reflejos cuando la puerta del armero se abrió, pues me pilló tan desprevenida que por poco se me cayó el cinturón de la impresión.

—Hola, Remo —me saludó Cuenca mientras caminaba hacia su casillero.

—Hola, buenas tardes —respondí y respiré hondo.

Llevaba cuatro días poniéndome el uniforme con una especie de peso en el pecho que no terminaba de deshacerse. Cuatro días desde la discusión con Santos. Y cuatro días desde que casi nos besamos.

¿De verdad había estado a unos milímetros de hacerlo?

Todavía no terminaba de comprender cómo había llegado a ese punto tan fuera de lugar. Tan fuera de mí.

Tal y como él me reprochó durante la pelea, había vuelto a actuar por un impulso. Y no era capaz de achacarlo solo a un momento de enajenación mental en el que no me paré a pensar en las consecuencias. Porque lo había deseado demasiado. E imaginado aún más.

No. No se podía repetir. Yo no me lanzaba e iba por libre.

«¿Estás segura?».

Ignoré a mi voz mental y, tras comprobar mi arma, salí junto a Cuenca y caminamos por el pasillo para acudir al pase de lista.

Rodrigo estaba allí, y no me miró cuando avancé frente a él.

—Esta tarde os quiero especialmente finos —anunció el sargento. Me senté, enderecé la espalda y asentí en su dirección—. Remo y

Santos, a partir de las diecisiete treinta cubrís la fiesta de fin de curso del colegio Solimar.

—Los niñeros —murmuró López en tono despectivo.

Blanco soltó una risa baja, y Rodrigo gruñó, cayendo en la provocación.

—A las veintitrés, si todavía no ha terminado, entrarán los del turno de noche y os podréis retirar —continuó Salcedo—. ¿Alguna pregunta?

Negamos a la vez en una perfecta armonía profesional. Irónico, viendo la nula coordinación emocional que teníamos en las últimas setenta y dos horas.

Mientras tomaba nota mental del resto de operativos, una parte de mí —esa que trataba de silenciar sin demasiado éxito— se repetía la misma pregunta: ¿por qué me afectaba tanto que él actuara como si yo no existiera?

Y eso sin contar con que aún me sorprendía que el sargento siguiera nombrando nuestro binomio para patrullar.

Cuando todo pasó, di por hecho que Santos pediría un cambio de compañera nada más pisar la comisaría. Sin embargo, no lo había hecho. O, si lo hizo, Salcedo no lo aprobó.

Aunque, en el fondo, lo que más me sorprendía era que yo misma tampoco me hubiese planteado solicitarlo. Mi cabeza insistía en que poner distancia era lo mejor, pero no con tanta fuerza como ese otro sentimiento que llevaba días pegado a mí. Ese que todavía no sabía muy bien cómo manejar y que había duplicado su tamaño cuando casi nos besamos.

Maldije a mi mente. ¿Por qué no era capaz de olvidar ese momento?

No debía recordarlo mientras lo tenía allí, caminando a mi lado en dirección al coche.

No debía recordarlo mientras su respiración llenaba todo el vehículo y se me colaba en el oído sin pedir permiso.

No debía recordarlo. Pero lo hacía.

En determinados momentos intentaba convencerme de que lo había exagerado, de que solo se trataba de un acercamiento provocado por la tensión de la discusión y el calor del coche. Aunque

bastaba con cerrar los ojos para recordar la forma en la que se había inclinado hacia mí, cómo me miraba los labios justo antes de susurrar mi nombre y la reacción de mi cuerpo, que no se calmó ni cuando puse todo mi empeño en que lo hiciera.

¿Me molestó que lo detuviera? Sí. Más incluso que sus palabras hirientes de después.

¿Me sacaba de quicio que eso me molestase? Mucho.

—Remo. —Su voz grave cortó mis pensamientos de golpe—. La puerta.

Levanté la cabeza y lo observé. Apretaba el volante con tanta fuerza que los nudillos habían perdido todo el color.

—Sí. —Tiré de la maneta y la cerré con un portazo—. Perdón.

La primera parte del turno fue tensa, aunque tranquila, y el sol aún calentaba fuerte cuando llegamos al colegio. Eran poco menos de las cinco y media de la tarde, y el recinto ya estaba lleno de gente.

Se veían globos de colores atados a las vallas, guirnaldas de papel colgando de una carpa a otra y el olor a palomitas y hamburguesas comenzaba a llenar el ambiente.

Un grupo de niños pasó corriendo delante de nosotros, uno con una espada de espuma y otro con una pistola de burbujas.

—Me retracto —murmuró Santos—. El infierno no es quedarse en la comisaría haciendo papeleo. Es esto.

—A mí me gusta. Es un día bonito —reconocí.

Él gruñó a la vez que esquivaba a un niño con un algodón de azúcar del tamaño de su cabeza.

Recorrimos el lateral externo del edificio y bordeamos la zona de juegos infantiles. Había visto muchas veces ese patio, jugado en él, llorado en él. Sin embargo, era la primera vez que lo pisaba como policía con *ellos* como testigos.

Porque ya estaban allí.

A lo lejos, junto a una de las carpas, distinguí el pelo rubio de mi madre, la figura alta de mi padre a su lado y las siluetas de mis abuelos sentados en unas sillas a unos pocos metros. También distinguí unas cuantas figuras familiares y más pequeñas, las de mis sobrinos.

Tragué saliva.

—¡Agente!

Los dos giramos la cabeza a la vez.

Reyes caminaba hacia nosotros. Llevaba un vestido veraniego, sencillo, pero favorecedor, y unas sandalias con un tacón imposible que le daban un aire elegante y sofisticado.

Por primera vez odié el mismo uniforme que tanto había adorado desde niña.

—Buenas tardes —saludé.

Ella me miró y me dedicó una sonrisa durante la friolera de una centésima de segundo antes de girar la cabeza hacia mi compañero.

—Vaya, no pensé que te mandarían a ti —comentó colocándose frente a Santos. Él le hizo un movimiento de cabeza—. ¿No trabajabas en el turno de mañana?

—Información confidencial.

Yo alcé las cejas ante la respuesta escueta de mi compañero y continué observando el intercambio entre ellos.

¿Información confidencial? Me dieron ganas de echarme a reír de puros nervios.

—Ah… Vale, vale. Entiendo. —Soltó una risita cómplice y se le acercó un poco más. Tuve un *déjà vu* cuando le posó una mano en el antebrazo y bajó la voz—. Por cierto, te he escrito. Dos veces.

Sus palabras me entraron por el oído, se me colaron en el torrente sanguíneo y viajaron hasta formar un frente hostil alrededor de mi corazón.

—He estado liado —respondió él.

Fui testigo principal de cómo esa frase impactó contra Reyes. Un primer golpe limpio a sus trincheras.

Ella no se inmutó. Al contrario, ladeó el cuerpo con una elegancia que parecía ensayada frente al espejo y dejó a la vista el escote de su vestido; toda una carta ganadora sobre la mesa.

—Cuando tengas un rato, ya sabes… —susurró y se mordió sutil el labio—. Podemos retomar lo que dejamos pendiente.

Mi cerebro, muy eficiente para ciertas cosas, decidió rellenar el concepto «pendiente» con imágenes que no quería ver, ni en ese momento ni en ningún otro de mi vida.

—Creo que…

—¿A qué hora acabas el turno? —lo interrumpió sin perder la sonrisa—. ¿O eso también es información confidencial, *agente*?

A pesar de que cada vez quedaba menos cabo del que sostenerse, ella seguía aferrada a él de una forma impecable, serena y perfecta.

Santos desvió la atención hacia mí, y yo le sostuve la mirada. ¿Era posible que estuviese más incómodo que interesado?

No. No podía ser eso… ¿O sí?

—Tenemos que continuar la ronda —dijo él al fin.

—Por supuesto. —Reyes lo aceptó con una naturalidad casi insultante. Algunas en su situación se habrían echado a llorar allí mismo, como, por ejemplo, una servidora—. Yo también debería ponerme en marcha, aún queda mucho por hacer.

Se giró hacia mí, me regaló un gesto educado y se alejó con un andar tan seguro que me resultó imposible no seguirla con la vista.

Volví a la realidad al escuchar el sonido que emitió Santos, mitad gruñido mitad suspiro. Y, aunque no iba a admitirlo ni bajo la peor de las torturas, ese pequeño detalle me supo a victoria.

Lo observé de reojo. Él se pasó la mano por la cara y apretó la mandíbula. No explicó nada, no justificó la situación ni pronunció ninguna de esas frases hechas que, en realidad, no tenía obligación de decir. Tan solo comenzó a caminar.

Antes de poder alcanzarlo, un pequeño proyectil humano me impactó de lleno contra las piernas.

—¡Tata Fabi! —chilló Beca y me rodeó las piernas con los bracitos.

La espalda se me tensó y no supe reaccionar.

Estaba de servicio y, hasta ese momento, había sabido mantener las distancias con mi familia. Me había prometido que no me tomaría licencias personales delante de todo el pueblo, aunque tampoco podía ignorar que mi sobrina más pequeña —por el momento— estaba abrazada a mis piernas como si le fuera la vida en ello.

No podía ignorarla, pero tampoco sabía qué hacer.

—Hola, Beca.

Abrí los ojos y giré el cuello despacio hacia el origen del sonido.

Santos había retrocedido hasta nosotras y miraba a la niña con una sonrisa cariñosa. No podía dar crédito a que esa voz tan dulce saliera de alguien cuyo idioma principal era el gruñido.

—Hola —contestó mi sobrina algo recelosa.

Se escondió detrás de mí, y yo me envaré un poco más.

—Estás muy guapa. ¿Verdad, *tata Fabi*? —Rodrigo alzó una ceja en mi dirección, y yo hice un esfuerzo titánico por mantener la mandíbula en su sitio.

Necesité cuatro segundos enteritos para procesar lo que acababa de pasar. Cuatro segundos en los que él no dejó de sonreír ni de traspasarme con sus ojos negros e hipnotizantes.

Por fin —*por fin*— fui capaz de reaccionar y bajé la mirada. Mi sobrina, con un tutú blanco cubierto de purpurina plateada, una camiseta con un arcoíris y unas deportivas que parpadeaban al ritmo de sus pasitos, me observaba expectante.

—Peque… —Me agaché un poco—. Estás preciosa.

—Es que voy a bailar, tata. Tengo que estar preciosa —dijo y pronunció la palabra con toda la gravedad del mundo.

—Ya veo.

Santos no había dejado de sonreírle, y a mí se me contagió el gesto.

Cuando me separé de Beca, ella señaló mis pantalones y soltó un pequeño «ups» que me puso en guardia.

—La *seño* ha dicho que teníamos que brillar como un arcoíris. —Seguí la dirección de su dedo y me di cuenta del rastro brillante que su tutú había dejado en mis pantalones del uniforme.

—Pues… creo que lo has conseguido.

—Y tanto —murmuró Santos.

Ella se despidió corriendo cuando su madre la llamó unos metros más atrás. Emma levantó una mano para saludarme, y yo le respondí con un gesto rápido y una sonrisa. De paso recé para que no se acercara y notase lo nerviosa que estaba.

Por suerte, no lo hizo.

No sería la primera vez que me veían con el uniforme, aunque sí la primera que yo estaba rodeada de gente en un servicio real.

Y con Santos.

—¿Otra hermana? —preguntó él.

—Sí.

—¿Han venido todos?

Negué con la cabeza.

—Faltan unos cuantos, aunque no descarto que se pasen luego. Suelen apuntarse a todo lo que tenga música y comida gratis.

Noté cómo se le curvaba la comisura de los labios y desvié rápidamente la mirada de su perfil.

—¿Con más niños?

—Adolescentes —aclaré—. Bueno, y el que se está cociendo en el horno de otra de mis hermanas.

—Tu familia pretende que le asignen una patrulla propia, ¿verdad? Con todos los que sois, dais la media seguro.

Solté una carcajada corta e inesperada.

Él desvió la atención hacia mí, sorprendido, y me dio la impresión de que lo había pillado desprevenido.

Su reacción casi me arrancó otra sonrisa. Y fue toda una novedad, porque desde la discusión nuestra comunicación se resumía a lo estrictamente necesario para el servicio. Nada de pullas ni bromas ni silencios cómodos. Solo preguntas protocolarias, respuestas correctas y un muro invisible que crecía entre los dos.

Y el problema era que yo echaba de menos cuando aún podía asomarme por encima.

Me sacudí los muslos para arreglar el estropicio con unas cuantas palmadas, pero la purpurina no solo no se fue, sino que empezó a expandirse.

—No, por Dios —susurré.

Detrás de mí escuché un murmullo bajo, muy parecido a una risa, que me erizó el vello de la nuca.

Me giré.

—No se te ocurra reírte —le advertí a Rodrigo alzando una ceja.

—Sí, señora —replicó con mofa. Lo ignoré e intenté agitar las piernas con unos cuantos golpes de las botas en el suelo, por si así tenía más éxito. No sirvió de nada—. Mira el lado bueno, Remo. Si falta algún chiquillo, podrás sustituirlo en el escenario y pasarás desapercibida.

No fue borde. O no del todo. Sonó casi a… ¿una broma?

Nos mantuvimos la mirada. La suya lucía tan relajada que, de no llevar el uniforme, habría jurado que era su doble. O algún hermano gemelo.

«Imposible. Santos no tiene hermanos».

El nudo dentro de mí cedió un milímetro y la sonrisa me salió sola. No pude evitarlo. Y tampoco quise contenerla.

—¿Continuamos? —pregunté mucho más tranquila.

—Sí. —Los ojos se me fueron a sus dedos mientras se ajustaba el cinturón. Volví la cabeza de golpe al ser consciente de lo que estaba analizando—. Con un poco de suerte, ningún niño decidirá escalar la valla para huir de este infierno, y estaremos tranquilos.

—No cantes victoria tan pronto.

—Si ocurre, estoy seguro de que el sospechoso llevará tu apellido.

Carraspeé para ocultar una risa.

Durante unos minutos, caminar a su lado dejó de parecer una prueba de resistencia y se acercó más a lo que había sido justo antes de que todo se torciera.

No, en realidad fue incluso mejor.

Pero a aquellas alturas ya debía de saber que todo lo que llega de forma inesperada se marcha sin dar explicaciones. Y, en aquella ocasión, el detonante fue otro hombre.

Uno con un chaleco con bandas fosforitas y el pelo perfectamente revuelto como si acabara de coprotagonizar un anuncio de lencería barata.

—Pero bueno, ¡si es mi agente favorita del pueblo! —vociferó—. Qué honor tenerla frente a mi humilde unidad móvil dedicada a salvar culos ajenos.

Santos movió la cabeza de él hacia mí, de nuevo hacia él y la mandíbula se le marcó cuando apretó los dientes.

—Dame un momento —le dije sin mirarlo directamente—. Voy a saludar al dispositivo sanitario.

Su única respuesta fue girarse y ponerse a vigilar alrededor con los brazos cruzados.

Me acerqué a la ambulancia, y Tomy salió a mi encuentro con los brazos abiertos.

—Ni se te ocurra —le advertí.

No sirvió de nada. Mi amigo me rodeó en un abrazo enorme y me apretó las costillas.

—Tomás —me quejé—. Estoy de servicio.

—Y yo —replicó y, aunque me soltó, no se separó mucho. Inclinó la cabeza y me susurró—: Dime que ese hombretón de ahí es tu famoso Ogro.

—Es Santos, no «mi famoso Ogro».

La garganta de Tomy emitió un gemido absurdo, y yo lo amonesté con la mirada.

—No seas tan descarado.

—Tranquila, no soy el único. —Sonrió de medio lado—. Él no nos quita el ojo de encima. Y tiene una cara de cabreo que me dan ganas de ponerle un alprazolam[2] en vena. ¿Siempre está así?

—Sí.

«Excepto cuando casi nos besamos. Y cuando me trajo pestiños a casa. Y también hace un momento con Beca».

—Por cómo me está fulminando con la mirada, creo que, si te abrazo otra vez y él frunce el ceño un milímetro más, podré confirmar la existencia de celos latentes.

Abrí los ojos y negué.

—Tomy, no. ¿Estás loco?

—Como todo buen científico.

—¿Puedes dejar de ser tan intenso por un momentito?

—Jamás. —Sonrió y me besó la mejilla—. Va contra mi naturaleza. Y ahora vuelve con él antes de que nos dé con la porra. Aunque pensándolo bien…

Me alejé de la ambulancia sin perder un segundo.

—¿Vamos? —le pregunté a mi compañero al llegar a su posición.

Él estaba muy entretenido escaneando el entorno con una concentración casi exagerada.

Volví el cuello un instante hacia la ambulancia. Tomy nos observaba apoyado en el lateral, con un pie contra la goma del

neumático. Me guiñó un ojo, señaló con la cabeza a Santos e hizo un gesto con las manos simulando llevar unas esposas.

Negué y comencé a andar.

Rodrigo no tardó en ponerse a mi altura, pero, al ver su ceño fruncido, mis esperanzas de haber firmado el tratado de paz se esfumaron.

Confirmado: volvíamos al punto de partida.

14 – ¡Alto!

Código del veterano 7.4.: Las emociones personales siempre interfieren. Fingir lo contrario es perder el tiempo.

RODRIGO

Pinché el último trozo de tortilla y me lo llevé a la boca a la vez que me levantaba de la silla.

—Te va a sentar mal —me advirtió mi madre, que fregaba los cacharros con su delantal de lunares favorito puesto.

—Tengo prisa.

—¡Hola! —Escuché la voz de Nora.

Salí de la cocina en dirección al salón. Mi padre roncaba en el sofá con la tele encendida a un volumen inhumano.

—Hola, cariño —le dije a Nora cuando llegó al final del pasillo.

—¿A dónde vas?

—Al trabajo.

Bufó resignada.

—¿No se suponía que estabas de descanso? —preguntó sin moverse del sitio. Tenía el móvil en la mano y el pelo un poco revuelto.

—Sí. —Me guardé la cartera en el bolsillo trasero del pantalón, me acerqué a ella y le puse la mejilla para que me diese un beso—. Pero es San Juan y me toca reforzar. Las multas a los descerebrados que beben y conducen no se ponen solas.

—Jo… Claudia y Lucía iban a venir a casa para ver una peli.

—Podéis verla aquí, ¿no?

Nora resopló.

—La tele de mi habitación es minúscula, papá, y en el salón están los abuelos —se quejó y, acto seguido, cambió el gesto a uno esperanzado—. ¿Podemos ir a casa las tres y nos quedamos allí a

dormir juntas? Por favor. Te prometo que no dejaremos nada por medio y no entrarán chicos.

—Joder, Nora. No hace falta que me desbloquees más miedos.

—No digas palabrotas delante de la niña, Rodrigo —me amonestó mi madre, que se quitaba el delantal mientras caminaba desde la cocina.

—La niña tiene catorce años, mamá —le recordé—. A su edad yo hacía cosas mucho peores que decir palabrotas.

—Y así te fue —murmuró.

—¿Puedo, papi? —repitió mi hija mirándome con un gesto suplicante que me recordó demasiado a Rocío. El movimiento de los labios, la forma de poner las manos frente a ella…—. Porfa, papá…

Miré a mi madre, que nos observaba de reojo mientras colocaba bien los adornos de croché de los sillones, y después a mi pequeña.

Me pasé la lengua por la cara interna de la mejilla y contuve el impulso de decirle que no, que la quería metida en una burbuja hasta que cumpliese, al menos, treinta. O mejor cuarenta.

Sin embargo, cedí. Porque, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Está bien, pero…

—¡Gracias, papá! —me interrumpió y me abrazó tan fuerte que no me quedó más remedio que sonreír—. Te prometo que no haremos ruido cuando nos levantemos. Y que vendré a casa de los abuelos a esperar a que te despiertes.

—Cualquier cosa…

—Te llamo —completó ella—. Prometido, papá.

—Vete tranquilo, hijo —añadió su abuela—. Yo estaré pendiente de ellas y de tu padre.

Desde el sofá nos llegó un ronquido seguido de un pedo, prueba irrefutable de vida. Las dos se echaron a reír.

—Él no creo que te dé mucho trabajo. —Lo señalé con la barbilla. Luego, saqué un billete y se lo tendí a Nora—. Toma, pedid unas *pizzas*. Y guárdame algún trozo para desayunar, anda.

Mi madre refunfuñó por lo bajo sobre mi alimentación. Hice oídos sordos a la vez que Nora daba pequeños saltitos de emoción y tecleaba en el móvil a la velocidad de la luz.

Me despedí de la mayor con un beso rápido en la mejilla y abracé a mi hija antes de darle un beso en el pelo.

—Os quiero.

—¡Y nosotras! —respondió ella sin apartar la vista de la pantalla.

Crucé una mirada con mi madre y eché un vistazo al salón, donde mi padre seguía roncando, con las manos cruzadas sobre la barriga y la tele iluminándole la cara.

—Llámame si pasa cualquier cosa.

Ella asintió y salí al fresco de la noche.

El aire olía a verano. A ese calor pegado al asfalto incluso cuando el sol ya no está, al jazmín que trepaba por las fachadas del barrio y a un regusto a humo y sal que venía directo de la playa más cercana. A lo lejos se escuchaban risas, música y algún petardo suelto que anunciaba que la noche de San Juan ya estaba en marcha.

Mientras conducía hacia la comisaría, me visitó el recuerdo de una noche como aquella, dieciséis años atrás. Una noche con hogueras, arena y la sensación típica que se tiene a los dieciocho años, cuando crees que te vas a comer el mundo.

Conocí a Rocío esa noche. Y once meses después —tras alguna ida y venida por mi parte— se quedó embarazada.

El recuerdo de la madre de mi hija siempre venía acompañado de una punzada amarga que tardaba horas en esfumarse. Aunque ya no dolía como antes. No con tanta intensidad, al menos.

El tiempo había hecho su parte, para bien o para mal.

Quizá por eso no me sorprendió que el pensamiento no se quedara anclado en ella. O puede que porque aquella sensación de vértigo, la de que algo está a punto de desordenarte la vida, llevaba semanas apareciendo cuando pensaba en otra persona.

En la novata, para ser más exacto.

¿Por qué Nora, que me había salvado más de una vez de cometer alguna que otra estupidez, no hacía lo mismo en ese momento y, por el contrario, insistía en que le hablase de Fabiola?

«Porque *ella* no es ninguna estupidez, y tu hija no es tonta».

Me obligué a dejar de pensar cuando aparqué en el estacionamiento de la comisaría, justo en el lugar donde la novata

solía dejar su moto en cada turno, y sonreí ante mi absurda fechoría.

Entré en el edificio, intercambié saludos con la brigada de noche, me tragué dos bromas sobre «los príncipes del turno de día» y me mantuve callado en el pase de lista, que fue breve y conciso.

Cuando enfilamos la carretera donde haríamos el control, vislumbré la zona de la playa y del paseo marítimo. Desde mi posición se veía una línea de hogueras desperdigadas como si alguien hubiera derramado brasas encendidas sobre la arena. Coches entrando y saliendo, grupos de chavales andando con botellas en una mano y bolsas con vete a saber qué en la otra.

La típica noche en la que, si algo podía complicarse, lo haría.

El dispositivo estaba montado en la rotonda que daba acceso a esa carretera. Aquello tenía poca ciencia, pero requería mucha paciencia.

—¡Más ánimo, Santos! Y ubica bien esos conos, que luego se nos cuelan por la izquierda —canturreó Hernández.

—Llevo colocándolos igual desde antes de que tú tuvieras canas en la barba —le respondí y soltó una carcajada.

—Eso lo dices porque no me conociste cuando era un chaval —se burló mientras se ajustaba el chaleco reflectante sobre la barriga—. Era todo un monumento.

—Seguro. Y yo, un santo —contesté irónico a la vez que preparaba el etilómetro—. Estudiaba, llegaba a casa temprano y respetaba todas las normas sin rechistar.

Su carcajada me hizo sonreír, pero la sonrisa se esfumó cuando vi que se acercaba un coche con un grupo de veinteañeros con la música casi reventando las ventanillas y decidí que, con ellos, empezaba el operativo.

Luego llegó el turno de una pareja. Después, un padre con cara de querer vender a sus hijos adolescentes al mejor postor. Dos chicas que se sabían el procedimiento mejor que nosotros porque estudiaban Derecho y así uno tras otro sin demasiadas complicaciones.

Hasta que escuché el rugido.

No era el de un vehículo cualquiera. Ese sonido grave, redondo, de cilindros grandes que se tragaban el asfalto me resultó

demasiado familiar.

Entrecerré los ojos.

Dos pares de faros se acercaban por la recta, uno al lado del otro. Dos motos grandes, de las que te erizan la piel al pasar por tu lado, aunque en aquel momento tan solo ronroneaban al avanzar con calma.

Al acercarse, pude ver que una de ellas, negra como la noche misma, llevaba a dos personas encima: la piloto, menuda y con la espalda recta, y una figura femenina un poco más grande pegada a ella.

En la otra moto solo iba una persona.

Y la reconocí antes incluso de que la luz del operativo rozara el chasis.

La manera de agarrar el manillar, el gesto exacto de la muñeca al soltar gas, esa caída mínima del tobillo antes de apoyar el pie… Tenía la elegancia felina de una pantera que ha aprendido a domar a un animal que debería ser más salvaje que ella.

La moto era una bestia disfrazada de cordero. Una *naked* gris mate, compacta y rápida, capaz de tragarse medio paseo marítimo sin despeinarse.

A simple vista parecía discreta, pero, si te fijabas un poco, veías la potencia escondida en cada línea.

Justo igual que su dueña.

No pensé. Simplemente levanté el brazo y señalé el arcén.

Las motos redujeron la velocidad prácticamente a la vez y se colocaron donde indicaban los conos, a un lado de la calzada.

Me acerqué con paso seguro y la linterna en la mano. El casco integral de la motorista solitaria le ocultaba la cara, aunque no necesité verla para saberlo.

Era ella.

—Buenas noches —dije al plantarme frente a su moto. Con la linterna, señalé a la otra—. Ustedes pueden marcharse. Y, usted, apague el motor.

Fabiola se quedó quieta, con las manos firmes en el manillar y la moto aún vibrando entre las piernas. Unas piernas envueltas en

unos vaqueros que le marcaban cada curva como una maldita segunda piel.

«Joder».

—¿Nena?

Giré la cabeza.

¿Todavía seguían allí?

Las de la otra moto, ignorando mi orden, se habían quitado los cascos. La piloto tenía el pelo oscuro, expresión tranquila y ojos rasgados. La que iba detrás era todo lo contrario; una rubia bastante llamativa, de ojos claros y que me estaba fulminando con ellos como si le acabara de arrancar un juguete de las manos.

Alcé una ceja y desvié la atención a Remo.

—El casco fuera —le dije.

—¿Hay algún problema? —preguntó la rubia con tono frío.

—Ninguno, de momento —respondí sin prestarle atención.

Fabiola se quitó el casco y giró la cabeza hacia ella.

—Estoy bien —le aseguró. Me tuve que morder la lengua para no confirmarlo. Con el pelo suelto y despeinado por el viento estaba *más* que bien—. Id tirando, os alcanzo luego.

La rubia frunció aún más el ceño.

—No me hace gracia dejarte aquí sola.

—No estoy sola.

—Señoras —intervine y me acerqué a ellas con el etilómetro en la mano—. Si quieren soplar ustedes también, no tengo ningún problema. Pero no es obligatorio si no las hemos parado.

—Yo sí quiero —dijo la rubia, con una sonrisita que no me gustó ni un pelo.

—Diana —replicó Fabiola, más seria—. Marchaos, por favor.

Hubo un momento de batalla silenciosa entre las tres. Al final, fue la de los ojos rasgados quien cedió. Se colocó el casco, le tocó el muslo a su compañera y le indicó que hiciera lo mismo.

Me aparté un paso para dejarles espacio, encendieron la moto y se alejaron con un rugido que se perdió a los pocos segundos.

Volví la vista hacia Fabiola, que se había recolocado sobre la moto y me observaba con las manos aún en el manillar.

—Santos.

—Remo —respondí igual de tranquilo—. Documento de identidad y permiso de conducción, por favor.

Ella levantó una ceja.

—¿En serio?

—En serio —confirmé.

Fabiola suspiró, aunque no protestó. Se abrió la cremallera de la chaqueta y buscó la cartera en un bolsillo interior.

Fue entonces cuando me di cuenta de que, bajo la cazadora negra de cuero, llevaba un top corto de tirantes, también negro, que le dejaba al descubierto una buena franja de piel del abdomen.

Nada vulgar ni llamativo. Nada que no hubiese visto antes en cientos de mujeres. Nada… y, aun así, me costó tragar.

—Toma —dijo tendiéndome la documentación.

Me obligué a mirarla a la cara, no al escote. No a la curva donde el top se encontraba con su piel pálida. No a nada de lo que me estaba tentando como un puto adolescente.

—¿Todo bien, Santos? —preguntó Hernández a mi espalda.

Me limité a asentir y a ignorar el hormigueo que me subió por el brazo cuando le rocé la mano al coger lo que me tendía.

—Me has parado aposta, ¿verdad?

Ni de coña iba a admitirlo en voz alta.

—No te he parado *aposta* —mentí mientras jugueteaba con la bolsa de la boquilla—. Tú has salido a pasártelo bien, yo tengo que cumplir con mi trabajo, y te ha tocado.

—Ya.

—¿Has bebido? —ataqué por otro lado.

—No.

—Entonces no tendrás problemas en soplar.

Me perforó con sus pupilas.

—¿Y si me niego?

Sonreí y me humedecí los labios despacio.

—Pues estarías cometiendo un delito, según el artículo trescientos ochenta y tres del Código Penal español —recité—. Eso puede conllevar hasta seis meses de prisión, multa económica y retirada del permiso de conducir entre uno y cuatro años. Y hoy, además, tenemos una oferta especial que consiste en un bonito

expediente manchado por incumplir la ley en tu propia demarcación como agente. ¿Qué te parece?, ¿te lo preparo para llevar?

Se le escapó una sonrisa mínima, casi imperceptible, que borró enseguida.

—Anda, sí que te sabes el reglamento. —Su tono irónico me ensanchó la sonrisa—. Qué calladito te lo tenías.

—Sorpresa —murmuré. Rompí la bolsa, empujé la boquilla y se la tendí. Ella la cogió despacio, sin apartar los ojos de los míos, y la colocó en el aparato con una parsimonia que me supo a provocación —. Cuando te diga, suelta el aire de forma continua hasta que la máquina pite.

—Estoy familiarizada con el proceso.

—Sopla —ordené en tono grave cuando se lo metió en la boca.

El aire le salió de los pulmones en un chorro constante y regular. A mí, directamente, se me olvidó cómo se respiraba.

La imagen de su boca alrededor de la boquilla y de cómo me observaba mientras soplaba me la pusieron dura. Muy dura.

El pitido del aparato me sacó de golpe de la fantasía.

—Vale —le dije brusco—. Suficiente.

Miré la pantalla: cero coma cero.

—¿Qué tal? —susurró ella con una sonrisita de suficiencia—. ¿Todo bien, *agente*?

«Todo estupendo. Tanto como para darte media vuelta, apoyarte las manos en el depósito y metértela hasta el fondo».

Gruñí.

—Baja un momento del vehículo —le pedí sin pensar.

—¿Perdona?

—Quiero comprobar las luces traseras. Y los neumáticos —añadí, consciente de que sonaba a excusa barata.

Me sostuvo la mirada un segundo, y tuve la sensación de que estaba decidiendo si enviarme a la mierda —otra vez— o seguir el juego.

Por suerte para mí, inclinó la moto hacia un lado y se bajó con un movimiento ágil.

Cuando se plantó frente a mí, sin la moto como barrera, el impacto fue peor. Mucho peor.

Fabiola era alta, atlética; tenía el cuerpo definido gracias a años de entrenamiento que —gracias a Dios— no habían reducido sus curvas, sino todo lo contrario.

Y, aunque todo eso ya lo sabía y lo había visto antes, esa vez me golpeó diferente.

Quizá porque yo también estaba distinto, como si volviese a tener dieciocho años y sintiera que podía comerme el mundo.

O a ella.

—¿Y ahora qué? —preguntó cruzándose de brazos.

Me agaché para mirar la rueda trasera y, de paso, preguntarme qué cojones estaba haciendo. Comprobé la presión y el dibujo.

—Los neumáticos están perfectos —informé al tiempo que me incorporaba.

—Qué alivio —contestó irónica—. Me preocupaba que me mandaras al taller a estas horas.

El ruido de los coches, las voces de mis compañeros y el pitido del etilómetro me parecieron más lejanos cuando se cruzó de brazos y el escote captó mi atención.

—¿De dónde vienes?

—No tengo obligación de decírtelo —respondió sin amilanarse—. He soplado, el resultado es cero, la moto está en regla y…

—Solo te he hecho una pregunta —insistí.

Vaciló una décima de segundo.

—De la playa. De una hoguera familiar.

—¿Familiar? ¿Las de la otra moto eran…?

—De mi familia, sí. —Agarró el casco del manillar—. ¿Puedo irme ya?

—¿Qué deseo has pedido? —se me escapó.

Tardó un momento en reaccionar. Cuando lo hizo, los labios se le curvaron en una media sonrisa que me descolocó un poco más.

—Si lo digo, no se cumple.

La respuesta me dejó con ganas de más, pero era consciente de que no podía retenerla eternamente.

—O lo mismo sí —rebatí. Me incliné un poco hacia ella y le murmuré—. Tengo una duda.

—¿Cuál? —preguntó en el mismo tono, sin apartarse.

—¿Miras a los ojos a todos los agentes que te hacen un control de alcoholemia o solo a mí?

La respiración se le paró a medio camino.

El pecho se le detuvo un segundo antes de tomar aire, más rápido esa vez. A la distancia que estábamos, pude ver en detalle cómo se le ensanchaban las fosas nasales, cómo se le tensaba la mandíbula y cómo bajó la mirada a mi boca durante una fracción de segundo.

—No sé de qué hablas —susurró.

Sonreí y di un paso atrás.

—Ya lo creo que lo sabes.

Se colocó el casco, se subió a la moto y la encendió.

La máquina rugió bajo sus piernas con la misma intensidad que mis entrañas gruñeron por dejarla marchar.

—Una cosa más —comentó antes de acelerar.

—Tú dirás.

—La próxima vez que quieras hablar conmigo, no hace falta que esperes a pararme en un control. A menos que te guste sentirte superior a mí, claro.

No supe si aquello fue una invitación disfrazada o una advertencia con todas sus letras, y esa duda me machacó durante los días que tardamos en volver a vernos.

Lo que ella desconocía por completo era que, después de esa noche, hablar sería lo último que íbamos a hacer.

Y, desde luego, lo menos necesario.

15 – El desafío

Reglamento 8.5.: Mantener la distancia profesional garantiza la objetividad.

FABIOLA

—Como la cerveza se me haya calentado, van a rodar cabezas —avisó Diana a la vez que se sentaba en la silla y dejaba caer el móvil en la mesa con un bufido—. Em os manda saludos.

—¿Cómo lo lleva? —preguntó Alana—. Mamá me ha dicho que estaba un poco nerviosa.

Diana puso los ojos en blanco.

—«Un poco» es quedarse muy corta.

—No todos los días se toca la guitarra en directo en la boda de tu cuñado —le respondió Alana y, tras cambiar de postura en la silla, comentó con intención—: Fue una pena que no aceptases la invitación, Diana. Podrías haber estado allí apoyándola.

—Ya lo hago —replicó ella—, pero desde la distancia. Ya sabéis que a cientos de kilómetros de Thiago estoy más mona.

Necesité intervenir.

—Yo tampoco hubiese ido a la boda de un ex. —Diana asintió agradecida por mi apoyo.

—Un ex con el que estuvo hace años, y que ahora es parte de la familia porque resulta que es el hermano del marido de vuestra hermana, además del tío de Beca.

Diana se giró hacia Rachel y la miró seducida.

—Pero cómo te gusta una situación morbosa y enredada, francesa mía.

Pasó el brazo por el hombro de su mujer, la atrajo hacia ella y la besó.

Sonreí. Todas conocíamos la historia. Aquel lío monumental que empezó cuando Diana le pidió a Emma que se hiciera pasar por ella

para cortar con Thiago, y que terminó con Emma y Jaime enamorados, y Diana encontrándose a sí misma y a Rachel.

Por suerte, de todo aquel caos salieron cosas muy bonitas, incluso un Thiago reformado y a punto de casarse.

Desvié la mirada hacia mi cuñada África, que soltó un bufido.

—Cuando me casé con Bruno hace dos años nadie nos tocó la guitarra.

—Es que en el fondo *nadie* se creía que os fueseis a casar —la chinchó mi hermana Zahara—. Como os prometisteis en el paleolítico…

África levantó una ceja y le lanzó una aceituna.

—Nos estábamos dando tiempo, por si alguno se arrepentía.

—Menuda gilipollez —puntualizó Diana relamiéndose los labios tras el banquete que se acababa de dar con su mujer—. Lo de arrepentirse ya no servía de mucho. Estás unida por los restos a nosotros desde que tienes hijos. Quieras o no.

—¡Shh! —Fingió un escalofrío—. No menciones al demonio, por Dios. Estamos en nuestra cena de chicas, aquí no hay niños ni maridos ni trabajo.

—¡Ya estoy! Perdón… —se disculpó mi hermana Carolina, la única que faltaba por llegar. Se sentó en la silla que quedaba libre y sacó el teléfono—. Dadme un segundo… Ya. Móvil silenciado. ¿Y mi cerveza?

—Encima de que llega tarde viene exigiendo —comentó Zahara.

—Viene del hospital —la excusé.

—En realidad, la culpa de mi retraso es de Gabriel. Me ha entretenido en su despacho después de terminar el turno.

—Mira, otro retraso del que es culpable el doctorcito —la picó Diana a la vez que le observaba la barriga, donde crecía el miembro más pequeño de la familia—. Ya decía yo que sonreías más de lo habitual.

Se me escapó una carcajada.

Siempre pasaba lo mismo, quedábamos para un rato tranquilo de chicas y la cosa se desmadraba desde el minuto uno.

—Bueno, sigue contándonos lo del control, Fabs —insistió Alana.

Se me congeló la sonrisa al saber que se había terminado la diversión para mí.

—Ponedme en contexto, por favor —pidió Carolina—. ¿Qué control? ¿Te has examinado, Fabi?

Negué, aunque dejé que Diana la pusiera al día de lo ocurrido tres días atrás mientras yo maldecía mentalmente.

Albergaba la esperanza de que se olvidaran, pero ni siquiera todas las distracciones de la noche habían conseguido que Alana pasara por alto el tema.

«La próxima vez que quieras hablar conmigo, no hace falta que esperes a pararme en un control. A menos que te guste sentirte superior a mí, claro», se repitió una vez más en mi mente.

¿En qué demonios estaba pensando para decirle eso a Santos?

Diana entrecerró los ojos, y yo me puse en guardia.

—Y ahora es cuando Fabs nos cuenta la parte interesante.

—No hay parte interesante —mentí.

La cerveza sin alcohol de Carolina llegó en ese momento a la mesa, junto con una ronda de chupitos. Aproveché para darle un sorbo a mi bebida y así ganar tiempo. Por supuesto, no sirvió de nada. Mis hermanas y cuñadas captaban mis nervios con la misma eficacia que los tiburones huelen la sangre en el agua.

—Fabs…

—Solo fue un control rutinario —dije encogiéndome de hombros —. Enseñé la documentación, soplé y me fui.

Y luego me pasé media noche reviviendo el momento como una idiota, aunque eso no pensaba contarlo.

—Ya —dijo Diana ladeando la cabeza—. Pero no todos los controles rutinarios los hace un tío que te mira como si se debatiera entre empotrarte encima de la moto o matarte con sus propias manos.

—¡Tía! —la frenó Alana y me señaló con la cabeza—. No seas bruta.

—Es pura observación —añadió Diana—. Tengo más criterio que vosotras, que veis a un tío con músculos y resultón y os hacen chiribitas los ojos. Y lo que no son los ojos también.

—Tu padre entra en esa categoría —canturreó África, lo que provocó una ronda general de arcadas.

—Cariño… —advirtió Rachel a su mujer.

—¿Qué? —se defendió Diana—. Yo hace años que solo analizo a los tíos desde un punto de vista práctico y *lesbiánico*.

—Eso no es verdad. Y eres bisexual —apostilló Rachel.

—Llevas razón. —Sonrió—. Y, como tengo doble perspectiva, desde las dos te digo que ese tío estaba para que Fabs le hiciera un estudio entero. Completo y en detalle.

—Es mi compañero de turno —solté.

El silencio se hizo en la mesa durante cuatro segundos enteros, tiempo más que suficiente para arrepentirme de haber abierto la boca.

No, no había sido buena idea salir con ellas en ese estado de nervios perpetuo en el que vivía esas últimas semanas. Hubiese sido mejor haber aceptado el plan de Tomy de *pizzas* y peli en su casa.

—¿*Ese* es tu compañero?

—Es el mismo que vino a buscarte al gimnasio, ¿no? —indagó Alana. Se escuchó algún «ohh» y «uhh» que ignoré. Asentí a ambas preguntas—. Pues sí que tiene pinta de empotrador.

—¿Por qué no me dijiste que el policía que nos paró es tu compañero? —me recriminó Diana con esa voz que me solía poner nerviosa, la que indicaba que se avecinaban curvas.

Tragué saliva.

—Me paró a mí, no a vosotras. Y no vi necesario aclararlo en ese momento.

Todas, absolutamente todas, se inclinaron hacia delante para no perderse ni una sílaba de la conversación entre las dos.

—De haberlo sabido, no me habría preocupado al dejarte allí sola —insistió ella.

—Te dije que estaba bien.

—Tú siempre dices que estás bien, Fabs. Pero sé lo que vi, y estabas más tensa que mi mujer cuando corrige exámenes.

Lo comentó sonriendo, pero lo que no verbalizó me dolió más que la broma. «Tú siempre dices que estás bien…». Me forcé a

mantener la compostura y a no demostrar cuánto me había afectado.

—Ahora quiero ver cómo es ese Santos —comentó África.

—Confirmamos que la menopausia no te ha bajado el calentón —la picó Zahara—. Sigues salida.

—¡¿Qué menopausia, niñata?! Tengo cuarenta años.

—Pues eso…

Carolina me apoyó una mano en el muslo.

—¿Estás bien? —susurró.

Asentí y forcé una sonrisa. África levantó entonces una mano, y yo agradecí la distracción.

—Tengo un plan. El lunes todas fingiremos que estamos enfermas para no ir a currar, quedamos en casa de Alana por la mañana y avisamos a la policía por un… —Se paró a pensar.

—¿Gato en un árbol? —aportó Diana.

—¡Eso! —celebró África—. Así Fabs aparecerá con su compañero empotrador para salvar al pobre gato, y todas nos fijaremos bien y así podremos opinar en igualdad de condiciones sobre el chiquillo.

Reí. No me quedó más remedio.

—«Chiquillo…» —titubeó Alana—. No me pareció un chiquillo, precisamente. Además, ¿por qué tenemos que quedar en mi casa y no en la tuya?

—Tiene treinta y cuatro años —aclaré.

—Mira qué bien te lo sabes —ironizó Diana.

—Yo tengo un plan mejor —propuso Zahara, y todas la miramos —. Terminamos de bebernos esto y nos vamos al Matarratos.

Por poco se me salió la cerveza por la nariz al escucharla.

—¿Y qué se nos ha perdido allí, enana? —preguntó Carolina.

—El compañero de Fabi… —Las cabezas de todas se movieron de Zahara a mí al unísono. Levanté las manos y negué, pero ella continuó—. Esta mañana me he enterado de una cosita.

—Zahara, no —le pedí, aunque ya era tarde.

Por cómo me sonrió —esa sonrisa de pequeño demonio—, entendí que no pensaba callarse.

—José ha estado en casa y le ha dicho a nuestra hermana que *todos* iban a estar allí esta noche tomando unas copas para celebrar

su cumpleaños. —Se echó hacia atrás en el asiento, muy satisfecha —. Y, si el poli buenorro es su compañero, quiere decir que José también es su jefe y por lo tanto estará allí.

—No estabas en el jardín —me quejé.

—Mi habitación tiene unas vistas increíbles, hermanita. No sabéis la cantidad de cosas que he presenciado durante estos últimos años. Tengo material para chantajear a todos los miembros de esta numerosa familia. Me pregunto qué pensarán papá y mamá de lo que hacéis en su casa.

—Maldita niña —se quejó África.

—Alguien no va a salir viva de aquí hoy —murmuró Carolina.

—No os desviéis del tema. El Matarratos.

—No voy a ir —repetí.

—José te adora —añadió Diana—. ¿Le vas a hacer ese feo?

—Ya le di su regalo esta mañana.

—Escúchame un momento —me pidió ella—. ¿Qué pierdes? Es viernes, estás de descanso y estamos todas juntas. No vas a ir sola.

—Eso es aún peor. No pienso aparecer allí con vosotras detrás como escolta.

—Dejadla tranquila —pidió Rachel.

Se lo agradecí con una sonrisa.

—¿Y por qué no? —preguntó Zahara—. ¿Es que te avergüenzas de tu familia?

—No —sonrió Diana—. Por cómo se rasca la muñeca, yo diría más bien que su compañero le hace tilín y no sabe cómo actuar.

—Santos no me hace tilín.

—¿Te hace *tolón*? —se carcajeó Zahara—. Yo también creo que te mueres de ganas de verlo, aunque no lo admitirías ni bajo tortura, claro.

—No es verdad —mentí de nuevo.

—Demuéstralo —me pinchó Diana.

La miré utilizando la misma expresión que usaba en la comisaría cuando alguien se ponía demasiado intenso, aunque con ella fue inútil.

Daños colaterales de conocerse demasiado, supuse.

—¿Y cómo quieres que lo demuestre?

La sonrisa de Diana se ensanchó en cuanto vio que mordía el anzuelo.

—Si, según tú, no te importa verlo, tampoco te importará ir al Matarratos. —Me detuvo con una mano en alto cuando fui a negarme—. Sola, pero te acompañaremos hasta la puerta y te veremos entrar. ¿Qué me dices?

Zahara y África protestaron, Alana levantó las cejas a la vez que me sonreía, Rachel negó, y Carolina bufó antes de darle un trago largo a su cerveza.

Tardé unos segundos más en decidir qué contestar.

Por un lado, si me negaba seguirían dándome el coñazo toda la noche con él, y no estaba dispuesta. Pero si decía que sí tendría que ver al mismísimo Santos en carne y hueso.

Y no estaba preparada para eso. No hasta el lunes, por lo menos.

Cogí aire, miré a Diana a los ojos, agarré un chupito y asentí.

—A la mierda.

Me lo bebí de un trago.

Todas me corearon y brindaron. Necesité también el chupito de Carolina y el de Rachel para reunir el valor de levantarme de la silla.

Veinte minutos después, caminamos un par de manzanas hasta llegar al local. Cuando me paré frente a la puerta, todas se detuvieron en seco.

—Hasta aquí —dije.

—¿En serio no vamos a entrar? —preguntó Zahara.

—No —confirmó Diana, que me guiñó un ojo—. A por él, tía buena.

Puse la mano en la madera, respiré hondo y empujé la puerta.

Al fondo del pasillo vi a López y Cuenca. Estaban riendo y hablando a gritos, acodados en la barra, mientras la música marcaba un pulso constante y el murmullo típico de un viernes noche llenaba el local.

No vi a Santos en ese primer vistazo, así que di un par de pasos, solté la puerta a mi espalda y recé para que ninguna de mis hermanas incumpliera su palabra y entrase detrás de mí.

Avancé un poco más, despacio, pegándome al lateral, y me hice la distraída mirando el cartel de una actuación en vivo que colgaba

en la pared junto a una puerta.

Pensé que podría quedarme por allí un par de minutos, esperar a que a la panda de locas que había fuera se les bajase la emoción y se fueran, y así poder salir de allí sin que nadie me viera.

Sí. Podría hacerlo. Solo tenía que aguantar un poco más y…

Mis pensamientos se detuvieron de golpe, al igual que mi respiración, cuando lo sentí.

No fueron pasos. Fue… un cambio en el aire. Ese tipo de alarma silenciosa que te atraviesa sin aviso ante la certeza absoluta de que había alguien justo detrás de ti. Como cuando entras en una habitación y sabes que la televisión está encendida, aunque no la oigas ni la veas.

El vello de los brazos se me erizó un instante antes de notar el calor de un cuerpo demasiado pegado al mío y unas manos apoyarse en mis caderas.

Supe, sin necesidad de girarme, que era él.

Su voz me lo confirmó cuando me rozó la oreja, grave, baja y peligrosamente cerca. Y todo mi cuerpo respondió a su reclamo.

—Hola, novata.

16 – Helado

Código del veterano 8.6.: La objetividad se va a la mierda cuando te gusta quien no toca.

RODRIGO

Estaba hasta las pelotas de estar allí. Y de las risas, del choque de vasos, de la música…

López llevaba diez minutos haciéndose el gracioso, y yo llevaba los mismos diez minutos con ganas de estrellarle mi copa aguada en la cabeza y largarme.

Intenté centrarme en el motivo por el que estábamos reunidos —el cumpleaños del sargento— y no en el calor que me subía por la garganta. Pero López, además de pesado, ese día estaba crecidito.

Y, cuando López se crecía, se volvía aún más insoportable.

No siempre había sido así. Hubo un tiempo en que Alberto me caía bien, me reía de sus salidas, iba a comer a casa de mis padres y pensaba que, debajo de esa chulería, se escondía un tío leal.

Ya no pensaba igual.

No después de encajar piezas que llevaba tiempo ignorando. Comentarios, actitudes y, sobre todo, la forma en que trataba a Fabiola desde que llegó al equipo.

No me gustaba esa versión suya. Y me jodía haber tardado demasiado en ver quién era en realidad el tipo que había metido en mi casa. En mi familia.

En aquel momento estaba contando por tercera vez una historia sobre una chica que, supuestamente, le había tirado los trastos en el baño. Y Blanco le reía cada gilipollez como si nunca hubiese oído nada igual.

—Tío, en serio, ¿qué te pasa hoy? —me preguntó Blanco cuando solté el enésimo bufido.

Lo ignoré. Era eso o mandarlo a la mierda también a él.

Y que conste que había intentado hablar con Alberto. En un ejercicio de madurez y responsabilidad laboral, me acerqué a él antes de que se bebiese la primera copa, dejando a un lado mi mala hostia al recordar cómo había tratado a Fabiola, y su respuesta fue un «No me calientes la cabeza, Santito» que casi lo deja sin dientes.

Me contuve, por suerte, pero mi pequeño vaso de la paciencia estaba a una gilipollez más de rebosar. Y, como eso ocurriese, la sangre llegaría hasta el último puto centímetro del Matarratos.

Me levanté de la barra.

—Santos —me llamó Salcedo.

—Voy al baño —solté sin pararme a dar más explicaciones.

—Lo mismo tienes suerte como López —se burló Blanco cuando ya había dado un par de pasos.

Tuve que contenerme para no girarme y descargar adrenalina contra su cara.

Moví el cuello de un lado al otro mientras meaba. Tenía los hombros cargados y la mandíbula tensa y eso por no mencionar que odiaba sentirme tan al límite.

Ni siquiera se me pasó cuando me lavé las manos y me refresqué la nuca.

Decidido, me iba a largar de allí cagando leches y sin dar explicaciones. No estaba para cumpleaños ni para rondas ni para ver a medio turno comportarse como si tuvieran quince años y recibir consejos paternalistas de la otra mitad.

Abrí la puerta del baño y lo que vi me hizo detenerme en seco.

No, «lo que vi» no. *A quién vi.*

Fabiola entraba en el local en ese mismo instante. Y a mí se me acababa de enganchar el corazón en una costilla. No encontraba otra explicación para ese latido tan exagerado.

«Remo tiene un compromiso», fue lo único que dijo Salcedo cuando hicieron el recuento y resultó que ella era la única baja.

Pues a la vista estaba que había cambiado de planes.

La observé desde la sombra del pasillo. Pese a haber entrado con paso decidido, la confianza le duró exactamente dos segundos.

Luego se paró, miró alrededor y se pegó a la pared como si quisiera fundirse con ella.

Me mordí la cara interna de la mejilla para no sonreír cuando la vi apresurarse a dejar paso a una chica que entró tras ella. No me detuve a analizar por qué me había parecido tan jodidamente adorable que tropezara con su propio pie y tuviera que apoyarse en la pared para no comerse el marco de la puerta del personal. Aunque sí dejé escapar una risa baja y casi enternecida que duró lo que ella tardó en girarse.

La ternura se evaporó y fue sustituida por una hoguera encendida en el mismo centro de mi estómago.

Jo-der.

Respiré por la nariz, muy lento.

Fabiola llevaba una blusa negra que había sido creada con el único propósito de joderme el poco autocontrol que me quedaba. El escote perfecto, los tirantes finos, la tela suave… Para colmo, tenía el pelo suelto cayéndole sobre los hombros y los labios pintados de un rojo suave.

¿Y el pantalón? Ese trozo de cuero ajustado debía de ser ilegal.

Me limpié una gota de agua que me bajó del pelo hasta el cuello y me aclaré la garganta solo para confirmar que me acababa de quedar sin provisiones de saliva.

«A menos que te guste sentirte superior a mí…», se repitió su voz en mi cabeza.

¿Superior a ella? Claro. Como si eso fuera siquiera posible.

Avancé despacio y aproveché que se puso a examinar un cartel en la pared de una actuación de la semana anterior, ajena a cómo la estaba devorando con la mirada, para acercarme sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo.

Cuando estuve lo bastante cerca, me incliné hacia su cuello, apoyé ambas manos en sus caderas y, durante un momento, me planteé si aquello era una muy mala idea, tanto para mí como para mis dientes.

El olor de su colonia se me coló por la nariz, dulce, suave, y tuve que morderme los labios para no abalanzarme sobre ella y comérmela allí mismo, contra ese jodido cartel.

—Hola, novata —susurré.

Sonreí satisfecho cuando la piel del cuello se le erizó, aunque en cuanto noté cómo se tensaba rompí el contacto de mis manos.

Giró la cabeza despacio, después el cuerpo. Y yo me obligué a mantener el tipo cuando por fin pude verla de cerca. Tan cerca que podría haberle contado esas pestañas kilométricas. Tan cerca que sus ojos parecían más verdes que marrones. Y más peligrosos.

Tan cerca que podría haberla devorado allí mismo.

—Santos. —Deslizó un instante la mirada a mi espalda y volvió a mí. Tuve que apoyarme en la pared para no cometer una estupidez —. ¿Qué haces aquí?

Sonreí.

—¿Qué haces *tú* aquí? —repliqué intrigado por su nerviosismo—. Salcedo nos dijo que tenías un compromiso.

—Lo tenía.

—Parece que los planes han cambiado.

Noté cómo tragaba saliva.

—Sí… —titubeó—. Solo he venido a… saludar a José.

—Ah. —Incliné la cabeza y dejé que mi mirada bajara despacio por su cuerpo antes de volver a subir, deteniéndome en su boca entreabierta—. ¿Y por qué te has escondido aquí?

—No me escondo —repuso muy digna, aunque juraría que las mejillas se le encendieron.

—Claro que sí. —Me separé de la pared y me acerqué un poco más—. Y lo haces fatal, si quieres saber mi opinión.

Entrecerró los ojos, en un gesto que pretendía ser de desafío, pero el leve temblor en su boca me dijo todo lo contrario.

No aparté los ojos de ella. No era capaz de mirar a otro sitio.

—No te la he pedido —dijo.

—Una pena.

A lo lejos, una carcajada de López atravesó el pasillo, seguida de la voz de Blanco pidiendo otra ronda. Sonaban como si estuvieran a kilómetros, aunque en realidad solo nos separaban unos metros.

Unos metros…

Joder. Estábamos a solo unos pocos metros de todos ellos, y cualquiera —especialmente López— podía vernos.

Podría verla a ella. Así vestida.

No. No quería que López la viera así. Ni que Blanco soltara un comentario de mierda. Ni que nadie se recreara en su cuerpo más de la cuenta.

Quería quedármela yo. Toda para mí.

La cogí de la mano.

—¿A qué juegas, Santos? —me preguntó sin amilanarse. Tampoco se soltó de mi agarre—. No tienes que mantener un papel. Estamos fuera del trabajo y tampoco es que haya nadie aquí a quien tengas que convencer de que me soportas.

—Y menos mal. Porque si estuviésemos en el trabajo no podría hacer esto.

Tiré de ella y, por alguna intervención divina, no me mandó a la mierda.

Caminé hacia la izquierda —al lado contrario de donde estaban los demás— y nos adentramos en la pista de baile.

La música vibraba allí. Había luces moradas y azules y cuerpos moviéndose al mismo ritmo de la música. Muchos cuerpos.

Fabiola dio medio paso hacia mí para no verse arrastrada por ellos. Y yo supe que estaba perdido al notar cómo pegaba el torso al mío involuntariamente cuando alguien la empujó en pleno baile.

Se disculpó y fue a separarse, pero mis manos se anclaron una vez más en sus caderas. Nos quedamos quietos, mirándonos.

Cuando supe que no había peligro, me acerqué un poco más. No llegué a rozarla, pero el espacio que quedó entre nosotros dejó de ser una unidad de medida existente.

—La próxima vez que quieras hablar conmigo —susurré—, no hace falta que te escondas en un pasillo.

Tomó aire.

—Yo no… he venido a hablar contigo.

La sonrisa se me ladeó sola.

—Mentira.

Empecé a moverme al ritmo de la música, lento, invitándola a seguirme. Al principio se mostró rígida, como si estuviera en formación y esperase que alguien pasara lista. Pero poco a poco empezó a contonearse, a ceder.

Nuestras caderas se encontraban en cada paso. Y, cuando el bajo retumbaba, ella rozaba el muslo contra mí y me volvía loco una, y otra, y otra vez.

Tenía la mirada fija en mis ojos. Y había algo en esa mirada —un brillo, una petición que no se atrevía a expresar en voz alta—, que me empujaba a seguir retándola. A llevarla un poco más al borde. A descubrir por qué me seguía el juego y me provocaba con ese disimulo que no engañaba a nadie.

A mí menos que a nadie.

Pues yo sabía, por cómo se le entrecortaba la respiración, que se había dado cuenta de que estaba duro desde hacía rato.

—Dime una cosa —susurré entonces—. Si mantener la distancia profesional es tan importante para ti como le haces creer a todo el mundo, ¿por qué sigues bailando conmigo?

No me contestó de inmediato.

Vi a la perfección cómo se peleaba consigo misma para darme una respuesta. Como si dentro de ella convivieran dos versiones tirando en direcciones opuestas: una, la que siempre mantenía el control, y otra, la que llevaba toda la noche rogándome en silencio que la ayudara a perderlo.

Se humedeció los labios con la lengua. Esa lengua que me moría de ganas de morder. Y lamer. Y besar.

Joder. Me estaba volviendo loco.

—Porque —empezó, y yo incliné la cabeza. Me acerqué un poco más. Esperé un poco más—. Yo…

—¿Sí?

—Rodrigo… —susurró.

—Dime.

No dijo nada.

En lugar de eso, pegó su pecho del todo al mío y cerró las manos sobre la tela de mi camisa, justo debajo del corazón.

Busqué con la boca la línea de su mandíbula sin llegar a tocarla, y el aire que entró y salió rápido de ella me hizo cosquillas en el cuello.

Noté cómo tragaba saliva antes de ladear la cara hacia mí. Yo bajé la mía y me acerqué a su oreja. La rocé con los labios, la mordí

suave, y ella soltó un gemido que sentí directamente sobre mi polla.

Si se movía un centímetro más, la besaría.

Si se apartaba, me moriría.

—No deberíamos —jadeó a menos de cinco milímetros de mi boca.

—Entonces dime que pare.

No lo hizo.

En cambio, subió los dedos hasta mi nuca. Los míos se movieron por su costado hasta enterrarse en su cintura. Y no me contuve más.

Me apoderé de su boca con un gruñido.

El beso explotó con la fuerza de una bomba que llevaba semanas programada y dejó un paisaje desolador en el centro de mi pecho.

«Dios», pensé.

La besé con más ansia. Como si me faltara el aire. Como si ese beso fuese la única cosa que había querido hacer desde que la vi llegar el primer día a la comisaría.

Y ella respondió con la misma hambre. Con la misma necesidad.

Se apretó más contra mí, tiró de mi camisa y, haciéndose dueña del beso durante unos segundos, me invadió la boca con la lengua. Y yo pensé, por primera vez en muchos años, que no podría sentir nada parecido en lo que me quedase de vida. Y que estaba tan metido hasta el cuello que no había salida posible, ni aunque quisiera.

Pero no quería. No podía parar…

Hasta que un líquido frío se derramó sobre nosotros.

Fabiola dio un respingo y se separó de golpe. Yo pestañeé para salir del trance y me encontré con la cara desencajada de una mujer que nos pedía disculpas.

Perfecto. Nos había tirado una copa encima y ni siquiera así se me enfriaban las ganas que tenía de ella.

Fabiola me miró desorientada y el paso que dio hacia atrás me golpeó como si, con él, se llevase un trozo de mí.

Apreté la mandíbula al darme cuenta de que no dejaba de pasear la mirada de la chica a la salida y después a mí.

—Tengo que… —balbuceó.

—No te vayas —la interrumpí—. Por favor. No te vayas.

—No… no puedo.

—Fabiola.

Negó con la cabeza, se tocó el pelo con una mano temblorosa y, antes de que pudiera decir algo más eficaz para detenerla, se giró y salió disparada hacia la puerta.

Me quedé allí, empapado, con los labios todavía calientes del maldito beso más alucinante de mi vida y el pulso retumbándome en los oídos.

Y tuve la certeza absoluta de que nada, ni siquiera una bañera llena de copas heladas, iba a bastar para apagar lo que acababa de encenderse entre nosotros.

Tampoco estuve seguro de querer encontrar la manera de extinguirlo.

17 – Cuerpo a cuerpo

Reglamento 9.7.: El contacto controlado es parte del entrenamiento.

FABIOLA

—Remo, al despacho del jefe. —Escuché nada más cruzar la puerta de la comisaría—. Y cito: «Sin perder ni un minuto».

Alcé las cejas en dirección a Ruiz. No me había dado tiempo ni a darle los buenos días, y al parecer a él tampoco de tomarse su infusión ritual para antes del turno.

Miré el reloj de pared.

—Comenzamos bien la semana… ¿Ha pasado algo? —pregunté, porque aún faltaban veinte minutos para empezar.

—Ni idea —respondió encogiéndose de hombros—. ¿Quieres llevarle un cafelito de máquina por si acaso?

Negué divertida.

—No tentemos a la suerte.

Continué mi camino para ir —«sin perder ni un minuto»— al despacho de José. No me quise parar ni siquiera a dejar el casco de la moto en mi taquilla.

Toqué con los nudillos al llegar.

—Adelante.

Abrí… y me quedé un momento parada al ver quién estaba dentro con Salcedo.

—Buenos días. —Intenté que no se me notara la sorpresa y cerré tras de mí.

José levantó la mano para pedirme silencio mientras atendía una llamada. Me mantuve en posición, aunque eso no evitó que, por instinto, mis ojos buscaran la pared donde Rodrigo estaba apoyado.

Tenía los brazos cruzados, la pierna ligeramente flexionada y esa pose tan suya que mezclaba poder con cansancio natural. Daba la

impresión de que su cuerpo vivía en alerta incluso cuando él trataba de relajarse.

Pero no fue eso lo que me tensó el estómago. Fueron sus ojos. Otra vez.

Rodrigo me observaba sin disimularlo, evaluando cada una de mis reacciones sin pestañear.

Fruncí el ceño en su dirección, y él me respondió con un gesto casi imperceptible, una pequeña curva en la comisura derecha. No fue una sonrisa, sino una insinuación.

Justo la que le vi antes de que me besara el viernes.

Y yo sentí el mismo fogonazo bajo la piel, la misma sacudida en el pecho y la idéntica necesidad de…

Rompí el contacto visual de inmediato.

—Disculpad —dijo Salcedo al colgar. Señaló las sillas frente a su mesa, aunque ni Santos ni yo nos movimos de nuestra posición—. Hoy no teníais ninguna visita programada, ¿no?

—No, señor —respondí—. Iba a ponerme con los expedientes y los informes de coordinación.

«Mientras mi compañero gruñe, refunfuña y no toca ni un papel», añadí en mi mente.

—Pues ya no. Ha habido un cambio de planes —respondió tan tranquilo—. Iréis de cursillo.

Parpadeé un par de veces.

—¿Los dos? —pregunté y miré de reojo a Rodrigo.

Él seguía igual: inmóvil, serio y con los ojos clavados en mí, como si no hubiera nada ni nadie más en el despacho. Ni nuestro jefe ni la mesa o los muebles. Solo yo.

—Sí. Reciclaje de defensa personal —continuó Salcedo—. Os vendrá bien para trabajar la compenetración del binomio y conocer vuestros estilos en el cuerpo a cuerpo.

La tos disimulada de Rodrigo me crispó un poco más los nervios. Él también había recordado nuestra «compenetración» del Matarratos y lo bien que se nos dio el cuerpo a cuerpo.

Bajé la vista a mis botas.

—Además —añadió José—, Fede está hoy de instructor externo.

Genial. Justo lo que necesitaba. Santos y mi padre en la misma sala, y yo intentando actuar como si nada de eso me afectara.

La semana no podía haber empezado peor.

—Perfecto, señor —mentí con una sonrisa forzada.

Nuestro jefe terminó de darnos las instrucciones y nos mandó abajo, al gimnasio.

Salimos del despacho en silencio.

No era la primera vez que caminaba junto a él sin decir nada, pero esa vez fue extraño. Lo sentía demasiado cerca, demasiado callado… y demasiado consciente de cada uno de mis pasos.

Me miraba. No como en el despacho, sino sonriendo con los ojos, aunque la boca no se le moviera ni un milímetro. Y, mientras más lo hacía, más apretaba yo el paso.

Pasamos por los vestuarios para cambiarnos y salimos casi al mismo tiempo. Cuando llegamos al gimnasio encontré a mi padre organizando las colchonetas, los bastones de práctica y los muñecos de intervención.

Al verme, se incorporó y me sonrió.

—Buenos días, entrenador —dije.

—Buenos días, agentes —respondió con tono neutro, aunque me dedicó un guiño rápido.

Rodrigo lo saludó con un gesto de cabeza y continuó caminando hacia la esquina donde estaban los demás.

No se me escapó cómo mi padre frunció el ceño en su dirección mientras lo analizaba de arriba abajo.

—Papá…

—¿Qué? —respondió con gesto inocente.

—Córtate un poco —susurré.

Fingió no entenderme, y yo rodé los ojos. Era evidente que acababa de radiografiar al hombre con el que compartía patrulla. Y con el que habían pasado más cosas de las que él era capaz de imaginar.

—En cuanto lleguen los de la brigada tres, empezamos —anunció en voz alta.

El instructor del cuerpo se le acercó y se pusieron a hablar.

Aproveché para dirigirme hacia donde estaban los demás. La postura de Rodrigo me dejó claro que no me había perdido de vista en ningún momento, pese a estar charlando casi de espaldas con la pareja de la brigada dos.

Los que faltaban llegaron cinco minutos después para completar el grupo; todos eran hombres menos yo, detalle al que ya estaba más que acostumbrada.

La primera parte del curso fue más teórica y corrió a cargo del instructor del cuerpo: procedimientos legales en intervenciones, primeros auxilios tácticos y material policial. A mi lado, Rodrigo bufó en un par de ocasiones, sobre todo cuando el instructor insistió por tercera vez en la proporcionalidad del engrilletado.

No era un sonido alto, pero yo lo escuchaba igual que si me hubiera susurrado al oído.

En un momento dado, se inclinó hacia mis apuntes, los observó como si tuviera algún derecho a hacerlo y, al levantar la vista, me guiñó un ojo y continuó atendiendo como si nada.

A mí me costó volver a concentrarme.

Por suerte, hubo un pequeño descanso en el que aproveché para ir al baño y picar algo. Y la racha continuó cuando, al volver, mi padre nos mandó a correr.

El calentamiento empezó suave, y yo me esforcé por mantener la suficiente distancia con Rodrigo, tanta como permitía el espacio del gimnasio. Tras eso, continuamos con diez minutos de movilidad articular, quince de trabajo de cuerda y, después, posturas de control y equilibrio.

Y entonces fue cuando se me acabó la suerte.

—Poneos en parejas —ordenó mi padre.

Rodrigo ya estaba frente a mí cuando giré la cabeza. No preguntó ni hizo el amago de buscar a nadie más, tan solo me hizo un gesto con la mano, un reclamo silencioso que no admitía réplica.

Me acerqué, pues no tenía alternativa. O porque la desesperación por calmar aquel cosquilleo guiaba mis pasos. ¿Quién podía saberlo?

—¿Estás nerviosa? —preguntó en un tono que sonó a provocación.

—No —respondí sosteniéndole la mirada.

—Tranquila, no te haré daño.

Sonreí.

—Tú, en cambio, no deberías estar tan tranquilo, Santos.

Él ensanchó las fosas nasales y movió el cuello a cada lado, estirándolo.

Mi padre explicó la técnica de sujeción básica y las diferentes maneras de abordarla según el movimiento del otro.

—Ahora es vuestro turno, agentes. Uno controla y el otro ataca —indicó.

—Tú controlas primero —se adelantó Rodrigo.

—Qué caballeroso —murmuré.

Inspiré hondo, afiancé los pies sobre el tatami y me coloqué. Rodrigo dio un paso hacia mí, me apoyó una mano en el abdomen, y ahí fue cuando le dije adiós a mi completa capacidad pulmonar para siempre.

—No te pongas rígida.

—No lo estoy.

—¡Remo! Relaja la espalda —voceó mi padre desde el otro lado de la sala—. Que no pueda ver cómo te intimida.

Maldije en silencio, y Rodrigo ensanchó la sonrisa.

—¿Ves? —Acercó un poco más su cara a la mía—. Estás tiesa como un palo.

—Será que tengo un compañero demasiado pesado. —Me quedé embobada en las pequeñas arrugas que le salieron al achinar los ojos—. Deja de sonreír.

—¿Te afecta, novata?

—Más quisieras.

—¡Santos! Ataca o que corra el aire —advirtió mi padre, como recordatorio de que estaba allí, a escasos metros, presenciando cada milímetro de esa tensión que me tenía al borde de la taquicardia.

—¿Preparada? —preguntó Rodrigo con los ojos llenos de desafío.

—Sí.

Me sujetó por el antebrazo para simular una agresión, y yo me quedé una milésima de segundo analizando lo bien que se veía su mano grande rodeando mi piel.

—Vamos —murmuró—. Gira la muñeca y rompe mi agarre.

Lo hice. O lo intenté. Porque, en cuanto me moví, él contrarrestó con un gesto rápido que me dejó atrapada entre su brazo y su pecho.

—Suéltame.

—No.

Sentía las manos frías y el cuello caliente. Mala combinación.

—Por favor…

—¿Esa es tu técnica infalible contra los atacantes? —La risa le vibró en la voz.

—Remo, sabes salir de esta —escuché decir a mi padre.

No lo podía ver, aunque sentía que estaba muy cerca de nosotros. Demasiado cerca.

—Estás bloqueada —masculló Rodrigo junto a mi oreja.

Rebusqué en mi mente toda la teoría de años de instrucción y me obligué a seguirla al pie de la letra para no tener que rendirme.

No. No me iba a dar por vencida. Ni de broma.

—Sé salir.

—Demuéstramelo —me retó—. Si es que puedes…

En cuanto noté cómo aumentaba un poco más la presión contra mi antebrazo, reaccioné sin pararme a pensar.

Flexioné las rodillas, bajé un nivel para desestabilizarlo y deslicé el antebrazo libre bajo su brazo atacante, lo que creó un ángulo imposible de mantener para un cuerpo tan grande.

Pivoté con el pie derecho, cargué el peso en su lateral y apreté los abdominales al girar. Rodrigo tuvo que reajustarse para no caer.

Aproveché ese microsegundo en el que él perdió firmeza para hacer un bloqueo de muñeca con ambas manos.

Él gruñó, pero no fue uno de sus sonidos habituales de cabreo o frustración. Sonó bajo, sorprendido, casi obsceno por lo grave que retumbó.

Lo tenía inmovilizado, y él, contra todo pronóstico, parecía disfrutar de ello.

Yo también lo hacía, ¿para qué engañarnos?

—¡Buenos reflejos, Remo! —exclamó el instructor, y mi padre asintió en silencio.

Solté el agarre despacio y di un paso atrás sin apartar la vista de mi compañero. Rodrigo movió la muñeca con una sonrisa ladeada.

—No está mal —dijo.

—Lo sé.

—Casi me partes el radio.

La risa me salió sola.

—No exageres.

Él no respondió. En su lugar, se colocó en posición y me invitó a atacarle.

A la una, las piernas me pedían una tregua. Rodrigo, por su lado, estaba empapado. De forma exagerada, de hecho.

Había intentado no mirarlo mucho mientras cambiábamos de compañeros en los diferentes ejercicios, aunque fallé miserablemente. Era imposible no hacerlo cuando la camiseta se le pegaba a los pectorales, mojada y casi transparente. O cuando se pasaba la mano por el pelo, despeinándoselo aún más.

A las dos llegó el último bloque, el peor: defensa en suelo. La parte más física y también la más íntima.

Rodrigo se acercó a mí y le echó una mirada al agente que había tomado posición a mi lado.

—Yo voy con ella —anunció, aunque a mí me sonó a amenaza en toda regla para el otro tipo.

Nos colocamos sobre la colchoneta. Rodrigo se agachó antes que yo.

—Ven.

Tragué saliva con cierta dificultad cuando lo vi allí abajo, observándome y esperando a que me acercase.

—Ataque desde arriba —dijo mi padre.

Me puse en posición, apoyé las rodillas en el tatami, y Santos se deslizó hacia mí con una calma que me crispó los nervios. Su torso quedó por encima del mío, sin tocarme.

En cuanto empezó el conteo, Rodrigo apoyó una mano en mi muñeca derecha y la otra junto a mi cabeza, imprimiendo el peso justo para limitar mi movimiento, pero no tanto como para hacerme daño.

—Tienes que mover las caderas —susurró.

—Ya lo sé —gruñí.

—Pues muévelas.

Intenté girarme, y él me bloqueó con la rodilla.

—Si haces eso solo vas a conseguir…

No pudo terminar, pues, tras respirar hondo y plantar bien los pies, giré de golpe hacia mi izquierda, no hacia la derecha como él esperaba, y lo pillé desprevenido.

Perdió el equilibrio, y aproveché la inercia para enganchar su hombro y voltearlo sobre la colchoneta.

—Me vas a matar —susurró él cuando quedé encima.

—No te quejes —murmuré mientras me incorporaba—. Has empezado tú.

Sonrió. Y esa sonrisa me hizo bajar la guardia, detalle que él aprovechó para moverse y cambiar los roles. No supe qué me gustó más, si tenerlo bajo mi cuerpo o que él me cubriese con el suyo.

—Y tú te has relajado demasiado, Remo.

No quise buscarle el doble sentido a sus palabras, aunque lo encontré igual. Porque la idea de mostrarme débil delante de alguien era precisamente lo que siempre había evitado.

—Y tú aprovechas cualquier bajada de defensas, ¿verdad?

—No soy tonto.

—O ya vas conociendo mis puntos débiles y sabes dar donde duele —solté sin pensar.

En cuanto las palabras me salieron de la boca, él dejó de sonreír, y yo me arrepentí. Porque aquello había dejado de ser una broma para mí, y él lo había captado al instante.

—Fabiola —respondió serio y sin apartar sus ojos de los míos—. Yo nunca te haría daño.

Nos quedamos así un segundo más, hasta que a mí se me nubló la vista y tuve que romper el contacto visual.

En ese instante supe dos cosas: que él podría derribarme cuando y como quisiera. Y que, al mismo tiempo, jamás sería él quien me dejase caer.



El agua helada me resbaló por la nuca y me devolvió la utilidad de medio cerebro. Me enjaboné rápido mientras escuchaba a las dos agentes de la brigada de tarde terminar de cambiarse. Me aclaré y, para cuando salí con la toalla envuelta alrededor del cuerpo y el pelo goteándome la espalda, ellas ya no estaban.

Me dirigí a mi taquilla, cogí la ropa y, al girarme, lo vi.

Apoyado en el marco de la puerta cerrada, mirándome y sonriendo.

Toda la sangre, que llevaba hirviendo desde esa mañana, se me congeló en un segundo.

—Te has equivocado de vestuario —le dije y traté de sonar despreocupada.

—Qué va —respondió él. Escuché el chasquido del seguro de la puerta al cerrarse—. Estoy justo donde quiero estar.

Se acercó un paso más, y yo me ajusté mejor la toalla.

—¿Qué quieres, López?

—Hablar —respondió con tono suave y ojos afilados—. Del viernes, por ejemplo.

Fruncí el ceño. No esperaba que me echase en cara el no haber asistido al cumpleaños de Salcedo.

—No pude ir. Se lo dije al jefe, tenía un compromiso.

Su risa, vacía e irónica, me puso en guardia.

—¿Sí? —Acortó más la distancia, y yo fingí que estar allí, encerrada con él, no me afectaba en absoluto—. Entonces…, ¿tienes una gemela?

Imité su mismo tono.

—No, qué va.

Siguió avanzando despacio, hasta que solo quedó un cuerpo de distancia entre nosotros. Enderecé la espalda y los músculos de mi cuerpo, agotados tras el entrenamiento, protestaron.

Los ignoré, a la espera de su siguiente movimiento.

—Te vi, ¿sabes? —Bajó la voz—. Bailando con Santos. Besando a Santos. Y no entiendo cómo eliges a ese amargado en vez de a alguien normal.

La bilis me subió por la garganta.

—¿Normal? —Sonreí, y él me imitó—. ¿Te refieres a alguien como tú?

Asintió.

—Matrícula para la señorita —soltó con malicia—. No esperaba menos de la lista del grupo, la verdad. Aunque está claro que, cuando os encaprichái s de una polla, todas os volvéis tontas.

Apreté los dientes.

—Sal del vestuario, López.

No lo hizo. Al contrario, se inclinó más hacia mí.

—No te pongas así —susurró y me tocó el pelo—. Si, total, ya sabemos que en el fondo no eres tan fría como nos hacías creer. ¿Qué necesitas, que te ladre un par de veces como él?, ¿es eso lo que te gusta?

—Para.

—Cuéntame, Fabi. ¿Te pone cachonda que te gruñan? —Agarró un mechón con el puño y apenas sentí la presión que ejerció al tirar de mi cabeza hacia atrás, pues una ira visceral se adueñó de mí—. ¿Esto es lo que…?

No lo dejé terminar.

La visión se me estrechó cuando le di libertad a mi cuerpo, que se movió gracias a la memoria muscular.

Repetí los movimientos que había practicado esa mañana, esta vez con mucha más furia y menos control. Le agarré la muñeca, roté el cuerpo hacia un lado y, en un parpadeo, lo tenía estampado contra las taquillas, con el brazo bloqueado y un gesto de dolor real.

—No. No es eso —escupí con una voz que no reconocí.

—Puta —gimió.

—No te pongas así, hombre —utilicé sus mismas palabras—. Si, total, ya sabemos que en el fondo eres un gilipollas. No tendremos en cuenta que de verdad hayas pensado que me dejaría intimidar por alguien como tú.

Él forcejeó y solo consiguió que lo apretase aún más.

—Eres una zorra.

—Sí. —Pegué la boca a su oreja—. Y, como se te ocurra volver a tocarme, te corto las manos en cachitos y te hago recogerlos por toda la comisaría con la boca. A cuatro patas. Como el cerdo que eres.

Lo solté y me retiré dos pasos.

López resopló, rojo de ira. Me observó unos segundos, escupió otro insulto y, tras quitar el seguro a la puerta, salió dando un portazo.

El silencio volvió. La soledad también. Pero ninguno de los dos consiguió calmarme los latidos del corazón.

Me vestí deprisa y con manos torpes. El dolor en el pecho no tardó en llegar; la sensación asfixiante y la respiración entrecortada le siguieron.

No.

No, por favor.

Corrí hasta el cubo de basura y vomité lo poco que había comido en el descanso. Las arcadas secas me quemaron la garganta y, cuando noté el hormigueo en las piernas, me apoyé en las taquillas y me dejé caer al suelo.

Con el bajón de adrenalina volví a sentirme como cuando era pequeña y me convertía en el centro de todas las burlas. No era un solo recuerdo concreto, sino esa pegajosa sensación de no poder moverme, de no saber cómo hacer que el mundo me dejase en paz.

No. No podía permitir que me diese un ataque de pánico en la comisaría, pero no encontré el impulso necesario para levantarme.

18 – Demonios

Código del veterano 9.8.: No todo contacto deja marcas visibles.

RODRIGO

—¿Seguro que no te pasa nada? —insistió el sargento, y yo negué.

—Estoy bien.

Salcedo alzó una ceja.

—El viernes en el bar casi te comes a tus compañeros vivos, y llevas días llegando a comisaría con cara de pocos amigos. Sé que lo de tu padre no te lo está poniendo fácil, pero este no eres tú. ¿Quieres contarme qué pasa?

Apreté la mandíbula.

No. No quería hablar de mi padre. Ni de nada.

Sabía que no era solo el cansancio acumulado lo que me tenía así. Ni el calor, la tensión con López o la falta de sueño. Es que llevaba semanas con la sensación constante de estar a punto de estallar y de que la vida se me había quedado pequeña de golpe.

Trabajo, casa, responsabilidades… Y vuelta a empezar. No encontraba espacio para nada más. Me había metido ahí yo solo, y había llegado a un punto en el que no podía ni respirar.

Tampoco ayudaba llevar semanas evitando cualquier intento de desahogo. Desde aquella vez en el baño, desde que la cabeza me traicionó poniéndole la cara de Fabiola a otra mujer, no me fiaba de mí mismo.

Y la tensión, cuando no sale por algún sitio, acaba encontrando el peor camino posible.

Lo único que conseguía bajarme las revoluciones era estar con mi hija. Verla reír, escucharla contarme su día como si fuera lo más importante del mundo. Con ella, el ruido se apagaba. Aunque en el

fondo sentía que, últimamente, ya no me necesitaba igual que antes.

Y, sin saber muy bien cómo ni cuándo, Fabiola había empezado a provocarme una sensación parecida.

Con ella no tenía que fingir, ni controlar cada maldito gesto. El tiempo se me pasaba sin darme cuenta. Me reía más, pensaba menos. Y eso, para alguien que llevaba años viviendo en tensión permanente, era casi peligroso.

Porque, cuando algo te da calma en mitad de la tormenta, corres el riesgo de aferrarte demasiado.

Pero nada de eso le interesaba a Salcedo.

—No —solté y rectifiqué—. No hay nada que contar, señor.

Recé para que lo dejase estar; lo único que quería era ir a darme una ducha y encerrarme en casa para pegarme una buena siesta bajo el aire acondicionado. Con lo agotado que estaba, solo quería dormir, porque la alternativa era pasarme la tarde viendo desfilar las imágenes de Fabiola en el cuerpo a cuerpo de esa mañana en el gimnasio.

«Joder. Ya me estoy empalmando de nuevo», me quejé mentalmente y me concentré en el movimiento del bigote del sargento para distraerme.

—No te entretengo más —añadió él antes de levantarse—. Pero, si necesitas hablar en algún momento, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, señor.

Me levanté también y asentí con la barbilla antes de marcharme del despacho.

Miré la hora en el teléfono mientras caminaba hacia el vestuario. Mierda, se me había hecho tarde. Muy tarde. Los demás ya se habrían largado, y yo seguía allí, con un agujero en el estómago, la ropa empapada y el cuerpo pegajoso del sudor.

Me di una ducha a la vez que me esforzaba por dejar de pensar y sentir. Y terminé de vestirme y atarme las botas en tiempo récord.

Andaba fantaseando con qué me habría preparado mi madre para comer cuando salí y lo escuché.

Un sollozo suave, casi imperceptible, que me hizo parar en seco y mirar a ambos lados del pasillo. Allí no había nadie excepto yo, así

que debía de haberlo imaginado o la puerta al cerrarse habría emitido un quejido que…

Otro sollozo, esta vez más nítido, detuvo mis pensamientos y contradijo esa teoría.

Provenía del vestuario femenino.

El estómago se me tensó como si alguien lo hubiera agarrado con una mano helada. No. No podía ser. Hacía veinte minutos que habíamos acabado el curso, tiempo más que suficiente para que Fabiola se hubiese duchado, cambiado y largado.

Pero ese sonido…

Me acerqué despacio hasta la puerta. Quizá era alguna de las de la brigada de la tarde. No toqué. No quise asustar a nadie y tampoco parecer un imbécil colándome donde no debía. Así que me limité a esperar a ver si volvía a escuchar el sonido.

Entonces, la puerta se abrió.

La forma en la que Fabiola se tensó al verme me hizo ponerme en guardia.

Tenía el pelo mojado, la ropa de calle puesta y los ojos…, joder, los ojos completamente rojos. No rojos de la ducha ni de un despiste con el champú. Estaban rojos de llorar.

Llorar de verdad.

—¿Qué ha pasado? —La voz me salió más grave de lo habitual.

Ella tragó saliva, desvió la vista a la derecha, como aquella noche que huyó del Matarratos, y negó.

—Nada. Estoy bien.

Mentira. Una mentira tan grande que me quemó oírla.

—Fabiola —solo dije su nombre.

No gruñí, aunque quise. No la presioné, pese a necesitar saber qué ocurría.

Ella me miró un par de segundos y sus ojos me rogaron que no insistiera.

—Rodrigo —susurró—. Aquí no.

La entendí de inmediato. No quería hablar en la comisaría, por eso miraba hacia el pasillo como si alguien pudiera aparecer en cualquier momento.

—Ven conmigo.

Ni siquiera le pregunté. La guie, sin tocarla, hacia la salida lateral del edificio, la que casi nadie usaba a esas horas.

Fabiola me siguió en silencio y, cuando llegamos al aparcamiento y desbloqueé mi coche, abrió la puerta del copiloto y se sentó.

No necesité más.

Me monté, encendí el motor y marqué un número en el teléfono. Los tonos de llamada se escucharon a través de los altavoces del vehículo mientras salía del aparcamiento.

—Hola, papá.

—Nora —dije en cuanto contestó—. Voy a tardar un poco en llegar.

—Vale… ¿Estás bien?

Miré de reojo a Fabiola, que se rascaba la muñeca y observaba por la ventanilla con gesto ausente. Apoyé una mano sobre la suya, y ella se detuvo de golpe.

—Sí. No te preocupes. —Agarré de nuevo el volante con las dos manos—. Avisa a la abuela, por favor.

—Vale, pero como tardes mucho me comeré tus magdalenas de calabaza para merendar. Las he hecho esta mañana.

El estómago me rugió en señal de protesta.

—No seas glotona y guárdame alguna.

—No prometo nada —canturreó.

—Te quiero, luego nos vemos.

—Y yo, papá.

Colgó y el silencio reinó de nuevo en el coche.

No sabía qué estaba haciendo ni por qué tenía el corazón tan acelerado, pero necesitaba que ella estuviera bien. Joder, necesitaba que respirara sin que se le encogiera el pecho.

Conduje hasta una zona apartada, un desvío antiguo de la carretera donde los chavales solían aparcar por las noches, pero que, en ese momento, estaba vacío y tranquilo.

No tuve tiempo de quitar la llave del contacto cuando Fabiola salió del coche. La vi rodearlo, apoyarse en el capó y respirar hondo con las manos sobre las rodillas.

Me bajé y cerré la puerta con suavidad.

—Fabiola —la llamé. No tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer, así que me limité a acercarme a ella sin tocarla y le dejé espacio para no agobiarla—. Si quieres hablar…

Le temblaron los hombros cuando se rompió. No explotó en un llanto ruidoso, ella no era de ese tipo de personas escandalosas; tan solo le falló la respiración primero, luego se le escapó un sollozo y después llegaron las lágrimas.

Se tapó la cara con las manos como si quisiera esconderse.

—No quiero sentirme así —masculló.

—¿Sentirte cómo?

Tardó en contestar.

—Débil —explicó al fin—. De pequeña siempre fui una niña frágil e invisible. Y odio sentirme así de nuevo.

—No eres frágil, Fabiola. Y mucho menos invisible.

Ella negó con la cabeza.

—Sufrí *bullying* en la escuela. —La palabra me dio un golpe directo en la tráquea.

—Joder.

Me miró. Tenía los ojos enrojecidos, húmedos y oscurecidos por una sombra de angustia que me hizo querer abrazarla.

—Sé que ya no soy esa niña, me he esforzado mucho por superarlo, pero hay momentos y situaciones que me hacen revivirlo.

«Como pasarme ocho horas pegada a un tío que no ha parado de intentar bloquearme», leí entre líneas.

—¿Hoy te has sentido así?

—Sí.

Mierda, claro que la había agobiado.

Yo fantaseando durante todo ese tiempo en el que había estado pegado a ella; tocándola, oliéndola y notando cómo temblaba cada vez que le rozaba la cintura con la mano, y ella, por el contrario, estaba reviviendo sus más oscuras pesadillas.

Santos, eres un capullo sin escrúpulos.

—Fabiola, yo… Lo siento.

—¿Qué? —Me miró con el ceño fruncido y supe que debía ampliar mi disculpa.

—Siento que se me haya ido de las manos el entrenamiento. Debí darme cuenta de que estabas tan tensa porque te hacía sentir incómoda. No sé cómo no me fijé, solo puedo decirte que se me fue la cabeza. Estar tantas horas allí encerrado, contigo…

Fabiola parpadeó y negó confundida.

—Rodrigo. Esto no tiene nada que ver con eso.

—¿Qué?

Se puso frente a mí y me miró directamente a los ojos al volver a hablar.

—No estoy así por ti —repitió y una sonrisa triste le curvó los labios—. Tú no eres el culpable, ¿me oyes?

—Pero el entrenamiento…

—El entrenamiento ha estado muy bien. —Asintió cuando alcé las cejas, incrédulo—. De verdad, muy muy bien. Y me ha gustado poder darte tu merecido en el tatami.

Se me escapó una carcajada que terminó tan pronto como me di cuenta de que, si yo no era el culpable, otra persona le había hecho daño.

Alguien que la había puesto tan nerviosa como para que no pudiera dejar de rascarse la muñeca.

¿Quién?

Cuando me fui, ella estaba aún en el gimnasio, charlando con su padre, y después ya me la encontré mal, saliendo del vestuario. Tenía que ser alguien que tuviese acceso a la comisaría y…

Me dio un vuelco el estómago.

Una alerta interna y un presentimiento de mierda me puso en guardia cuando un nombre me vino a la mente. No tenía pruebas. Solo un recuerdo vago de habernos cruzado en el pasillo un rato antes, el golpe que me dio en el hombro cuando salí del despacho de Salcedo, la cara de mala hostia y el murmullo que no llegué a entender.

El instinto me quemó por dentro.

—Fabiola —susurré tratando de calmarme—. ¿Quién te ha hecho sentir así hoy? —Ella inspiró hondo, y a mí las manos se me cerraron solas—. Ha sido López, ¿verdad?

Se le abrieron los ojos de la sorpresa, y no necesité más respuesta que ese destello de aversión en su cara.

—Sí.

—¿Qué te ha hecho ese hijo de puta? —mascullé.

Me tembló un sentimiento oscuro y peligroso bajo la piel.

—Cuando salí de la ducha me lo encontré dentro del vestuario.

—¿Te ha hecho daño?

—No.

—¿Te tocó? —me costó preguntar.

—Lo intentó, pero lo inmovilicé contra las taquillas —aclaró, aunque a mí no me calmó en absoluto—. Por supuesto, no me libré de sus lindezas y de que se marchara llamándome zorra, pero no consiguió lo que buscaba.

La oscuridad explotó dentro de mí. No como una bomba, más bien como una vena que se desgarra por la presión de demasiada tensión acumulada y tiñe todo de putrefacción.

El gruñido que me salió de la garganta me quemó la tráquea. Tanta era la furia que no noté la sangre martilleándome las sienes ni las uñas clavadas en las palmas.

—Lo voy a matar.

Ella se enderezó.

—No —rebatió firme. Debió de ver la determinación en mi cara, porque me puso las palmas en ambas mejillas—. No vas a hacer nada, ¿me oyes? Santos, no vas a hacer nada —repitió más despacio.

Yo casi no podía respirar sin bufar como un toro a punto de salir al ruedo.

—Ha intentado tocarte —escupí—. Ha entrado en el vestuario cuando estabas con la guardia baja y ha…

—No —me interrumpió con firmeza—. No lo consiguió. Me defendí, Rodrigo. Puedo defenderme sola, ¿no te acuerdas de la paliza que te he dado esta mañana?

—Fabiola…

—Mira, no te estoy contando esto porque necesite que des la cara por mí. Solo me estoy desahogando con un amigo.

—No somos amigos —solté, incapaz de pensar en ella como solo una amiga. Era un término ridículo para la magnitud de lo que, a esas alturas, sentía por ella.

—Compañeros —rectificó y, con las manos aún en mis mejillas, me inclinó la cabeza para que la observase—. Rodrigo, no le puedes pegar.

—Créeme que puedo.

Ella gruñó, y el sonido, tan parecido a los que yo solía hacer, me deshizo un poco el nudo del estómago.

Me soltó, y yo eché de menos su contacto desde el primer maldito segundo.

—No. No puedes, a menos que quieras acabar arrestado. Y no creo que quieras llamar a tu hija para decirle que vas a pasar la noche en el calabozo. ¿O sí?

Me llevé una mano a la frente y resoplé. No era capaz de calmar el fuego que sentía en el pecho.

—¿Y va a irse de rositas?

Negó y se apoyó de nuevo en el capó.

—Hablaré con Salcedo —explicó, y me quedé mirándola, impresionado por la seguridad que emanaba, aunque estuviese rota por dentro—. No pienso ignorar algo así. Pero lo haré yo, Santos. No tú. —Giró el cuello en mi dirección, y yo no disimulé que la estuviese observando—. Prométeme que me dejarás hacerlo a mí.

Abrí la boca para decirle que ni de coña, que lo mínimo que López se merecía era que alguien lo agarrase de la pechera y lo estampase contra la pared hasta que se disculpara, pero las palabras se negaron a salir.

Porque, por muy neandertal que a veces fuera, no era tan imbécil como para no ver que la forma en la que me miraba no era la de alguien pidiéndome permiso. Era la de una mujer reclamando su voz, su sitio, su derecho a no ser tratada como una víctima más.

Y, ante eso, yo no pude hacer más que sentirme orgulloso de ella.

—Lo prometo —cedí—. Lo harás tú. Pero si vuelve a acercarse a ti…

—Con que no lo mates me conformo.

—Eso no puedo prometértelo.

Ella soltó una exhalación parecida a una risa, pequeña y rota. Pero una risa al fin y al cabo. Y el fuego bajó de intensidad un poco. Solo un poco.

Porque lo que me nacía era conducir hasta el cochambroso piso de López y reventarlo vivo. Pero también quería que ella estuviera bien, y lo más acojonante fue que eso me resultó más importante que cualquier instinto asesino que tuviese.

El estómago me gruñó dándole voz a un impulso más básico y primitivo. Fabiola me miró con sorpresa.

—¿Eso ha sido tu barriga?

—Sí.

—No comiste nada en el descanso —recordó—. Y son casi las cuatro de la tarde.

—Esos sándwiches daban asco.

Mi frase no tuvo nada de tierna, sin embargo, a ella se le suavizaron los ojos.

—Deberías comer antes de que te caigas redondo.

—Puedo aguantar —le resté importancia.

—Lo dudo, pero tú mismo. —Se encogió de hombros—. Entonces, ¿me llevas a recoger mi moto?

Con eso bastó. Nos metimos en el coche, lo puse en marcha y conduje hasta una cadena de comida rápida. A esas horas, el carril para coches era una de las únicas opciones.

Pedí comida para cuatro —a pesar de que negó cuando le pregunté qué quería—, aparqué en una calle cercana a la sombra, y no tardó ni cinco segundos en robarme las patatas.

Me alegré de haber pedido las que ya le había visto elegir otras veces.

La pillé mirándome cuando acababa de morder casi media hamburguesa.

—¿Qué? —farfullé con la boca llena.

—Te va a sentar mal —comentó ella con diversión—. No te había visto comer con tantas ganas nunca.

Alcé una ceja.

No era la primera vez que comíamos juntos en el coche patrulla, pero sí la primera en la que ella me miraba sin ningún disimulo.

Tragué lo que tenía en la boca y se me formó una sonrisa lenta cuando llevé un dedo a la comisura de su labio, donde tenía un rastro de sal, y me chupé la yema sin dejar de mirarla.

Ella tampoco rompió el contacto visual. Ni siquiera cuando mi gesto se volvió más lento de lo necesario. Más carnal de lo aconsejable.

—Me muero de hambre.

—¿Sí? —susurró.

No me pareció una duda, sino más bien interés. La devoré con los ojos.

—Sí. Es la consecuencia de llevar mucho tiempo sin llevarme nada a la boca.

Fabiola tragó saliva y desvió la atención a mis labios.

—¿Seguimos hablando de hamburguesas? —preguntó al fin con la voz un poco más baja.

—¿De qué, si no?

—Tú dirás.

Las palabras se quedaron flotando entre nosotros, colgando de un hilo muy fino. Podría haber tirado de ellas para ver hasta dónde llegaban.

También podría haberle agarrado la barbilla, acercado a mí y comprobado si sus labios también sabían a sal o a otra cosa más nociva para mi salud mental. Más adictivo y visceral.

Pero no era el momento. No así. No, después de todo.

Fabiola cerró los ojos un instante y respiró hondo.

—Te llevo de vuelta —murmuré.

—Acaba de comer tranquilo. No hay prisa.

—Te llevo de vuelta —repetí y cerré la caja de la hamburguesa.

Me abroché el cinturón, le robé un puñado de patatas y arranqué antes de que pudiera arrepentirme.

El trayecto de regreso se me hizo demasiado corto, no porque estuviéramos tan cerca, sino porque no quería despedirme de ella hasta el día siguiente.

Aparqué junto a su moto.

—Rodrigo.

—Dime.

—Lo de López… —Se mordió el interior de la mejilla—. Quiero que sepas que no voy a maquillarlo.

—Bien. No se lo merece.

Asintió.

—Gracias por todo. Por escucharme y por no cometer un delito de lesiones con alevosía —trató de bromear.

—Todavía es pronto. Dame tiempo y verás.

Rodó los ojos, y yo me alegré de que, al menos, ya no se sintiera tan mal como un rato antes.

Se quedó con la mano en el tirador de la puerta y dudó.

—El otro día, en el Matarratos… —titubeó—. Estuvo bien, ¿verdad?

¿Me estaba preguntando lo que de verdad me estaba preguntando? No, no podía ser.

—¿Te refieres al baile?

—Al baile… y al beso. —Agradecí no haberme quitado el cinturón de seguridad, porque de lo contrario me habría abalanzado sobre ella. Joder. Esa mujer me rompía todos los esquemas continuamente. Gruñí, cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás hasta golpear el asiento—. Hasta mañana, Santos.

Cerró la puerta antes de que pudiera contestar.

Mejor. ¿Era una declaración de intenciones o me estaba haciendo una paja mental?

Me quedé allí, con el motor a ralentí, la rabia por lo de López todavía dándome vueltas por la sangre y ese sentimiento por ella enroscándoseme en el pecho.

Porque yo no era el único. Ella también seguía pensando en ese jodido y alucinante beso.

19 – Regalo

Reglamento 10.9.: El agente deberá adaptarse a los cambios operativos sin perder eficacia ni criterio profesional.

FABIOLA

Llegué cinco minutos tarde al pase de lista. Por suerte, no era la última.

La puerta de la sala se cerró a mi espalda con un golpe seco y sentí que todas las miradas se giraban hacia mí al mismo tiempo.

—Buenos días —saludé y avancé entre ellos sin agachar la cabeza.

Algunos dejaron de mostrar interés al momento. Otros siguieron observándome con una curiosidad mal disimulada un poco más.

Salcedo entró justo detrás, con su carpeta bajo el brazo y gesto serio.

No me dio tiempo a sentarme cuando ya estaba ocupando su sitio frente a la pizarra.

—Vamos tarde —anunció sin preámbulos. Levanté la vista y busqué a Santos. Me observaba de reojo. Estaba sentado en la esquina y tenía el cuerpo girado ligeramente hacia mi asiento y la mandíbula tensa. Cuando fruncí el ceño en su dirección, rompió el contacto visual—. Remo.

Giré la cabeza y me enderecé.

—¿Señor?

—Hoy no patrullas con nadie, te quedarás en comisaría haciendo papeleo. Considéralo un regalo de cumpleaños.

El silencio que se formó fue denso e incómodo. Noté cómo la atención del resto se movía entre Santos, el jefe y yo, esperando una reacción que no llegó por ninguna de las partes.

Alguien murmuró un «felicidades, Remo», y yo di las gracias en un susurro.

Sentí unos ojos clavados en la sien derecha y no me hizo falta girarme para saber que eran de Rodrigo. Lo noté en el aire, en la presión extraña que siempre aparecía cuando estaba cerca. Cuando por fin desvié la vista, me encontré con sus iris oscuros fijos en mí.

—Santos —nos sobresaltó Salcedo—. Vas con Cuenca en la dos.

—Sí, señor.

—López no va a venir en unos días —zanjó, y nadie preguntó.

Fruncí el ceño, confundida.

Había hablado con Salcedo con la suficiente antelación como para que, cuando López apareciera por la comisaría, el jefe ya tuviera claro qué hacer con él. Incluso me había citado en su despacho hacía apenas unos minutos para explicarme que ya estaba todo en manos de Asuntos Internos, así que no comprendía por qué no me avisó de los demás cambios.

Tampoco entendía por qué nadie hacía preguntas sobre la ausencia de López.

Y, sobre todo, no terminaba de captar por qué Santos, que había evitado mirarme la mayor parte del tiempo, no parecía afectado o sorprendido por la rotura de nuestro binomio.

La reunión terminó unos minutos después, y Rodrigo se marchó sin despedirse.

El turno avanzó despacio. Demasiado. Rellené informes, hice algunas llamadas y puse al día el papeleo, pero estaba distraída. Me pillé a mí misma mirando el teléfono más veces de la cuenta, dando un respingo cada vez que la emisora sonaba o girando la cabeza cuando alguien pasaba cerca.

Ninguna de ellas fue Rodrigo.

¿Qué le pasaba? ¿Habría sido él quien pidió el cambio de compañera?

Me reprendí al pensar que fui demasiado lejos al decirle que el beso había estado bien. Tendría que haberme quedado callada y no…

—Remo —me sobresaltó Salcedo desde la puerta—. ¿Cómo vas?

—Genial —respondí y guardé el móvil en el bolsillo—. Todo controlado.

No era mentira. Profesionalmente hablando, claro. Había hecho mi trabajo y aún me quedaba una hora de turno. Aunque, en la parte emocional, estaba hecha un desastre.

—Ya he hablado con Asuntos Internos. —Bajó la voz y se acercó —. Al ser una falta grave, en uno o dos días os llamarán para comparecer.

—De acuerdo.

Salcedo suspiró.

—Siento todo esto, Fabiola.

Negué con la cabeza.

—No pasa nada.

—Le caerá una suspensión de empleo y sueldo de, mínimo, seis meses. —Asentí—. Después… ya veremos, ¿vale? Lo solucionaremos.



A las tres, cuando terminé de recoger mis cosas, el coche patrulla de Santos aún no había regresado.

Firmé y salí de la comisaría sin despedirme de nadie.

El sol me dio de lleno en la cara nada más cruzar la puerta y agradecí ese contraste de temperatura. Necesitaba despejar la mente, necesitaba aire. Aun así, conduje la moto por el camino más corto hasta casa. Sabía que estaban esperándome para comer conmigo al ser mi cumpleaños.

Nada más entrar, mi hermana me interceptó antes incluso de que pudiera dejar las llaves en el cuenco del recibidor.

—Ya está aquí la cumpleañera —canturreó Zahara—. ¡Felicidades, Fabs! Último año para cambiar de década…

—Han llamado desde Japón —añadió Guille y se acercó para darme un abrazo—. No saben cómo ha acabado el banquete que tenían preparado para su rey aquí, en Costa Serena, pero esperan que te guste la degustación de comida.

—Japón no tiene rey, palurdo —puntualizó Zahara y puso los ojos en blanco.

—¿Cómo que no?

—Es un emperador.

—¿Ese no es el pescado que le gusta a papá?

Negué con una sonrisa.

—Hola, cielo —me saludó mi madre—. Hemos pedido tu comida preferida.

—Gracias —respondí, agradecida.

Papá fue el último en acercarse. Llevaba una bandeja enorme de plástico negra con una buena selección de *sushi*, *makis* y *niguiris*.

Se me hizo la boca agua.

—Hola, cariño. —Me lanzó un beso al aire, moviendo la cabeza—. ¡Vamos a la mesa!

Me lavé las manos y me senté. Probé un poco de todo y participé en la conversación lo justo para no levantar sospechas. No quería arruinar el día contándoles lo de López, aunque sabía que tendría que hacerlo pronto.

Hablamos de la barbacoa de celebración, aplazada hasta que el tío Leo y la tía Leire pudieran bajar desde Alicante a mediados de mes y algunos de mis hermanos tuvieran vacaciones.

Aun así, me notaba rara.

Asentía, sonreía, hacía algún comentario suelto… y volvía a perderme en la misma pregunta una y otra vez.

¿Por qué Rodrigo estaba tan distante?

Cuando terminaron de recoger, la casa se fue quedando en silencio. Mis padres se marcharon a trabajar, Zahara había quedado con unas amigas en la playa, y Guille, que fue el último en despedirse, cogió la mochila y salió disparado a sus clases de escalada.

Suspiré al quedarme sola.

Podría haberme ido a casa de cualquiera de mis hermanas; de hecho, las cuatro —y también mi cuñada África— me habían escrito a lo largo del día para proponerme diferentes planes. Pero necesitaba justo lo contrario: silencio y nada que hacer.

Me di una ducha, me puse ropa cómoda y me tumbé en el sofá a ver una serie. El mando descansaba sobre mi abdomen y la pantalla cambiaba de escena, aunque no le seguía demasiado el hilo.

En un momento dado, el móvil vibró en la mesita. Lo cogí sin mirar, convencida de que sería algún mensaje del grupo familiar.

Solo que no lo era.

> Santos: 
> Te sienta muy bien el amarillo.

Me incorporé de golpe. Miré alrededor y, con el corazón retumbándome en el pecho, lo localicé. O a una parte de él, delineada a través de la rendija que dejaban las cortinas en el salón.

Sonreí con ganas por primera vez en todo el día.

Me obligué a no correr cuando, descalza, me acerqué a la puerta. Estaba al otro lado, apoyado en el porche, con las gafas de sol puestas y esa media sonrisa suya que me aceleraba el pulso.

Cuando me vio, movió los dedos a modo de saludo.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Felicidades. No sabía que era tu cumpleaños —explicó, y yo incliné la cabeza en agradecimiento—. Me enteré en el pase de lista.

—Ya, lo noté.

Apretó los labios y me tendió una bolsa pequeña.

—Es para ti.

Dentro había un accesorio nuevo para la moto: un soporte para el teléfono, sin envolver. Justo el que llevaba semanas pensando que tenía que cambiar, porque el que usaba estaba tan estropeado que daba pena.

—Gracias.

—De nada. Me fijé en San Juan, cuando te paré de forma totalmente inocente y para nada premeditada.

Se me escapó una risa por la nariz.

Tardé un momento en ser capaz de apartar la vista de su boca curvada.

—¿Quieres pasar?

Alzó una ceja.

—¿Quieres que lo haga?

Asentí y me hice a un lado. Él entró, y yo entorné los ojos un instante cuando me llegó el olor de su colonia. Cerré la puerta y, al girarme, descubrí a Rodrigo observando la planta baja.

—¿Te apetece tomar algo?

—De momento no, gracias —respondió—. Una casa muy bonita.

—El mérito es de mi madre. Es decoradora de interiores.

—Si algún día me decido a amueblar del todo la mía, la llamaré —comentó mientras me seguía hacia el sofá.

—¿Te acabas de mudar?

Se rio y se sentó.

—No. La tengo desde hace años, pero paso la mayor parte del tiempo en la de mis padres, que está justo enfrente, y con lo básico me apaño.

—¿Y Nora? —indagué.

—Su habitación es la única que tiene cortinas y cuadros. Aunque no ha sido mérito mío, yo solo manejé el taladro mientras ella y mi madre me daban órdenes.

Me eché a reír.

—Parece una chica estupenda.

—Lo es —respondió, y me gustó demasiado su expresión dulce y orgullosa.

—¿Y su madre? —pregunté sin pensar. En cuanto fui consciente de mi falta de tacto, me arrepentí—. Perdón, no quería…

—No te preocupes —dijo tranquilo—. Rocío murió cuando Nora tenía siete meses.

—Oh… Lo siento.

—Gracias —comentó con una calma que no parecía fingida—. Hace muchos años ya.

—¿No te molesta hablar de ello?

—No —respondió, y me sorprendió su sinceridad—. Contigo no.

No supe muy bien qué decir después de eso.

—Ah…

—Hablaste con Salcedo esta mañana —afirmó.

—Sí. —Intenté que no se me tensaran los hombros al recordarlo —. Antes del pase de lista. Por eso llegué tarde.

—¿Y estás bien?

Me apoyé en el respaldo del sofá y subí los pies al asiento. Busqué las palabras, pero solo encontré una que no dolía demasiado.

—Cansada.

—Ya.

—Me ha dicho que Asuntos Internos me llamará entre mañana y pasado.

Rodrigo asintió, serio.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—He hablado con Salcedo hace un rato.

—Ah… ¿Y qué le has dicho?

—La verdad —respondió. Su tono fue tranquilo, aunque por debajo se intuía una buena dosis de rabia contenida—. Y también le exigí que moviera el culo para zanjarlo cuanto antes.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

Se me apretó el pecho.

—¿Le has *exigido* a nuestro jefe que mueva el culo por mí?

—Sí. Y le he dicho que, como vuelva a ver a López a dos metros de ti, es lo último que hará en su vida.

La frase me recorrió por dentro, caliente y peligrosa. Como él.

—Rodrigo…

Se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas. Suspiró y estiró el cuello.

—No he querido mirarte mucho hoy —cambió de tema.

Parpadeé.

—¿Qué?

—En la comisaría. —Giró la cabeza y repasó el contorno de mi muslo de arriba abajo con los ojos—. No quise mirarte.

Tragué saliva. Ya no me parecía tan buena idea haber elegido un mono corto de algodón como única indumentaria.

—Lo noté.

—Te molestó.

Me encogí de hombros.

—Yo también estaba rara —confesé—. No sabía qué estaba pasando. Y… pensé cosas.

—¿Qué cosas?

Me abracé las piernas, y él se giró para quedar de frente a mí.

—Que habías solicitado el cambio de compañero. Que te habías arrepentido de lo del Matarratos y que… —Respiré hondo—. Que quizá yo había entendido mal todas las señales.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

No se movió ni dijo nada durante unos segundos. Pero el ambiente cambió, como si alguien hubiera bajado un grado la luz de la habitación y encendido la calefacción.

—No. A todo.

Se me secó la garganta.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque si te miraba se me iba a notar demasiado.

Su tono fue íntimo, cercano. Peligroso.

—¿Demasiado el qué?

Rodrigo se pasó la lengua por los labios, y yo tuve que cerrar los míos para coger aire.

—No suelo hacer las cosas bien. —Extendió la mano, sin invadir mi espacio, y yo estiré la mía. Me rozó el dorso con los dedos, y yo la giré y acaricié los suyos—. No sé cómo hacerlo bien contigo, Fabiola.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunté, y él suspiró.

—No lo sé.

Jugueteé con sus nudillos y noté unas pequeñas rugosidades, las marcas de alguien que había actuado más de lo necesario.

—¿De esto? —probé—. ¿Te asusta tocarme?

—Hay pocas cosas que temo, Fabiola, y tocarte no es una de ellas. Pero creo que a ti sí que te asustaría saber todo lo que me apetece hacer contigo.

Me quedé quieta. Él me observó la boca, y yo lo imité. Y entonces entendí por qué había pasado todo el día con esa presión en el pecho. La misma que sentía en las semanas de descanso.

No era por lo de López, era porque necesitaba a Rodrigo cerca. Y porque ya estaba cansada de fingir que no sentía nada por él.

—Nunca he sido de… meterme en líos —admití.

Sus cejas se alzaron hasta el nacimiento del pelo.

—Pues has ido a dar con el menos indicado.

Eso me hizo sonreír de verdad.

Sin soltarle, me acerqué un poco a él. No se inmutó cuando mi rodilla tocó la suya. Tampoco cuando moví la mano libre.

—Rodrigo… —susurré.

—Dime.

Le acaricié el mentón con la punta de los dedos. Fue un gesto pequeño, casi inocente, pero sentí cómo se le tensaba la espalda.

—¿Puedo? —pregunté, aunque ya lo estaba haciendo.

—Puedes lo que quieras —dijo con la voz ronca.

Me acerqué un poco más. Él no se movió, solo esperó y se dejó llevar por el ritmo que yo marcaba, lo que me demostró que, con él, estaba a salvo.

Y eso me desarmó.

Acorté la distancia y lo besé. Lento. A conciencia. Saboreando cada segundo de esa tregua que se nos había concedido.

Imprimí en el contacto de nuestras bocas todas las ganas que había ido acumulando durante días y semanas, pero también otra cosa más profunda, más delicada: la certeza de estar tomando la decisión correcta.

Rodrigo respondió cuando elevé nuestras manos entrelazadas y las llevé a mi cuello. Entendió el gesto antes incluso de terminar de moverlas y me sujetó por la nuca con una suavidad que no esperaba.

No me sentí fuera de lugar o empujada a hacer algo por mí misma porque era lo que «tocaba». Por primera vez no tuve que esforzarme en estar cómoda. Y eso lo cambió todo.

Gemí cuando profundicé el beso. Él gruñó cuando pegué mi pecho al suyo y, al separarnos para coger aire, apoyó su frente en la

mía y masculló:

—Vas a matarme.

Me reí de puros nervios. Porque estaba sintiendo demasiado y, aun así, no tuve la necesidad de protegerme de nada. Porque no estaba tensa ni intentando hacerlo bien ni midiendo cada gesto para cumplir expectativas ajenas o propias. Porque, sencillamente, me estaba encantando.

Él me besó de nuevo. Y otra vez más. Y otra. Besos cortos e intensos. Y cada contacto lo sentía como una pregunta silenciosa a la que yo seguía respondiendo que sí, sin prisas y sin presión.

Sí, a todo.

Porque sabía que besarlo no sería suficiente. Y porque, si lo dejábamos ahí, me pasaría la noche entera dando vueltas, reviviendo su olor, su sabor, la forma en la que su boca invadía la mía, el peso exacto de su mano sobre mi cadera.

Y es que aquello no era solo deseo, era una necesidad vital de no volver a esconderme jamás.

Tragué saliva, me separé lo justo para asegurarme de que seguía ahí, conmigo, y me armé de valor.

—Te necesito, Rodrigo.

Noté cómo le temblaron los dedos cuando fue a atraerme hacia él y cómo la confusión le inundó la cara al ponerle una mano en el pecho.

—¿Qué ocurre? —me preguntó con la respiración acelerada.

—Vamos a mi habitación.

No fue una orden, fue una entrega. Y supe que él lo había entendido por la forma en la que se le abrieron los ojos.

—¿Estás segura? —murmuró.

No dio nada por hecho ni buscó su propia satisfacción. En cambio, me ofreció una última salida que no necesitaba, porque esa vez no quería escapar de nada.

Un detalle más que lo diferenciaba todo. Otro punto más a su favor.

—Sí —respondí.

Me atrajo hacia su cuerpo y me besó la sonrisa.

—Me vuelves loco, novata.

Reí, aún temblando, y me levanté.

Rodrigo me agarró la mano cuando se la tendí. Y, al hacerlo, supe que no estaba dando un paso hacia él, sino hacia una parte de mí que solo había nacido a su lado.

20 – Nirvana

Código del veterano 10.2.: Después de tanto tiempo siguiendo normas, el cuerpo también necesita decidir.

RODRIGO

Entré tras ella y me detuve en seco en cuanto la vi cerrar la puerta y poner el seguro en un gesto demasiado rápido. No se giró enseguida, se quedó de espaldas a mí, con los hombros tensos y la mano sobre el pomo.

Inspiró una vez, dos. Tres.

—Fabio… —empecé, aunque se dio la vuelta antes de que terminara de decir su nombre y negó con una sonrisa.

No me moví y no porque no quisiera.

Fue ella la que acortó la distancia, pero no me besó. Tan solo me apoyó la frente en el pecho, y yo cerré los ojos un segundo. No contuve las ganas de rodearla con los brazos.

Joder. Estaba temblando.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo en voz baja—. Solo intento procesarlo.

La apreté más contra mí, tal y como llevaba semanas imaginando.

—No tienes que hacer nada que no quieras.

Dejó escapar una pequeña risa y levantó la cabeza. La forma en la que me miró me apretó el pecho.

—Y tú no tienes que tratarme como si fuera a romperme —murmuró—. No te pega nada, la verdad.

—Ah, ¿no?

Negó con la cabeza.

—No. En absoluto —respondió.

—¿Es que has fantaseado conmigo, novata?

La rapidez con la que se le colorearon las mejillas me dio datos de sobra.

—Es posible.

Sonreí y la miré. La miré de verdad. Analizando su expresión, sus ojos… No había duda en ellos ni esa limitación suya que siempre aparecía cuando algo empezaba a removerla por dentro.

Estaba nerviosa, sí. Pero también se mostraba segura e incluso juguetona. Y eso me encendió más que cualquier provocación descarada.

Llevé una mano a su brazo y me detuve justo antes de tocarla.

—¿Puedo?

—Sí… —susurró y me dio la impresión de que le hacía gracia que le preguntase—. Has podido desde el día en el que me miraste como si te molestara que existiera.

Solté una risa por la nariz.

—No me molestabas. Me descolocaste.

—Mejor —dijo y el brillo travieso de sus ojos se volvió más intenso—. Porque hoy quiero hacerlo otra vez.

No supe si fueron las palabras o el tono. O el hecho de que las dijera sin apartar la mirada, dispuesta a sostenerme el pulso, pero a mí se me tensó el cuerpo entero, alerta y hambriento.

Me agarró de la camiseta, a la altura del pecho, y tiró de mí.

Su boca se hizo dueña de la mía en un beso que no fue torpe ni apresurado. Fue lento, profundo y provocador.

Se movió con seguridad sobre mis labios, marcando el ritmo e invitándome a que la siguiera. Me costó la vida mantener la calma. Le respondí, claro, pero sin apoderarme del espacio.

Quería que ella llevase la voz cantante, que no se sintiera presionada a hacer nada que no quisiera. Sabía muy bien lo que me pasaba cuando el deseo me nublaba el juicio. Lo sabía de sobra… Dejaba de pensar. Mi cuerpo tomaba el mando y yo iba detrás, hasta que solo quedaba un amasijo de piel, sudor y deseo.

Entonces, dejaba de ser delicado para tomar lo que quería, lo que necesitaba. No era paciente ni especialmente amable, aunque sí me aseguraba de que la otra persona llegara conmigo.

Y eso, justo eso, era en lo que no quería convertirme.

Porque ella no se merecía al animal que salía cuando yo dejaba de controlarme. No merecía que nadie la dominase ni la hiciera sentir pequeña, sino a alguien que la tratara con cuidado y respeto.

Sin embargo, notó que yo no estaba al cien por cien y me lo hizo saber.

—¿Por qué te contienes? —susurró contra mi boca.

—Solo estoy disfrutando.

Soltó un sonido de frustración, me agarró de las manos, tensas en sus costados, y volvió a besarme.

Cuando no fue suficiente, llevó la boca hasta mi mentón y continuó bajando. Me hizo cosquillas cuando me pasó la nariz por la nuez y eché la cabeza hacia atrás, dejándola hacer.

Joder. Qué puñetera maravilla de boca.

—Rodrigo —murmuró contra mi piel—. Si sigues sin tocarme voy a pensar que no estás interesado.

Como ser básico que era, caí en la trampa.

La agarré de la cintura con firmeza y sus dedos se cerraron en torno a mis bíceps cuando la alcé y la pegué a mi erección. No tardó ni una milésima de segundo en rodearme las caderas con los muslos, pasarme los brazos por el cuello y acoplarse a mí.

—¿Crees que no lo estoy? —Le devoré la boca y gruñí al sentir cómo se movía y me rozaba con descaro—. Novata, no juegues con eso.

Sonrió.

—¿Por qué no?

Sin dejar de besarla, me moví y la apoyé sobre el escritorio. Ella me observó con la respiración entrecortada cuando me separé unos centímetros y aprovechó esa pausa para llevar las manos a su hombro izquierdo y deshacer uno de los botones.

Mierda.

Si empezaba a desnudarse no iba a poder contenerme tan fácilmente.

Cerré los ojos un momento y traté de llenarme los pulmones al máximo. Cuando volví a abrirlos, se entretenía en desatar el segundo sin dejar de analizarme con una mueca divertida y segura que no le había visto jamás.

La tela le cayó hasta la cintura, dejando a la vista un pequeño sujetador de tela por el que se le adivinaban los pezones oscuros.

La garganta me vibró al dejar escapar un sonido bajo y no del todo humano. Maldije y eché el cuello hacia atrás sin saber qué hacer o pensar para aguantar.

—Te estás conteniendo otra vez.

Me colocó las manos sobre el pecho, bajó del escritorio y me hizo retroceder unos pasos, hasta que noté la cama en las pantorrillas. Me empujó suave para que me sentara y obedecí.

Le brillaban los ojos como dos putos luceros.

Se quedó de pie y llevó las manos a su cintura, donde la tela se mantenía atascada. Se bajó la prenda sin prisas, sin vergüenza, con la mismísima seguridad de una diosa que es consciente de que nadie se atrevería a juzgarla, sino a adorarla.

El animal rugió dentro de mí, reclamando su espacio, exigiendo tomar el control. Lo ignoré y me limité a recorrerle el cuerpo con la mirada, despacio, grabándola en la retina.

Era perfecta. Sencillamente perfecta.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó.

Cualquiera que no la conociera no lo habría descubierto. Tan solo habría visto a una mujer segura y desinhibida que se mostraba en ropa interior ante él. Sin embargo, a aquellas alturas yo sabía leer sus expresiones y su tono a la perfección, y no me costó detectar el punto de vulnerabilidad en su voz.

La culpabilidad me atravesó como una flecha ardiendo y me levanté de golpe.

No se lo esperaba, me lo dijeron la forma en la que desvió la mirada y su ceño fruncido, y me esforcé por hacerle entender que aquello no tenía nada que ver con su cuerpo. Ni con ella.

Le agarré la cara con ambas manos y le sonreí.

—Mírame. —Lo hizo sin dudar—. Me encanta lo que veo, te lo aseguro. Solo estoy tratando de mantener la calma y…

—No —negó, rotunda, a un paso de mi boca—. No tienes que hacerlo, Rodrigo. No te contengas.

Cerré los ojos un segundo. No iba a aguantar mucho más y menos aún si me lo pedía de esa forma.

—¿Qué quieres? —murmuré rendido, y reuní toda la fuerza de voluntad para no besarla aún—. ¿Qué necesitas?

Sacó la lengua, la pasó por mis labios entreabiertos en un roce que me supo a poco y me empujó de nuevo hacia atrás.

—A ti. —Se acercó y se colocó a horcajadas sobre mí con una seguridad que me hizo la boca agua—. Es a ti a quien he invitado a mi habitación y es a ti a quien necesito aquí, conmigo. Si estoy ofreciéndote todo lo que soy, me merezco lo mismo de tu parte.

Gemí, rendido, y la atraje hacia mí.

—Me vas a matar. —Apoyé la cabeza en su pecho.

—No —susurró y me tiró del pelo de la nuca para que la mirase —. Te voy a curar. Y tú a mí.

Y ahí ya no pude hacer nada más por contenerme.

Le agarré la nuca y la besé como si me fuera la vida en ello. Ya no había filtros ni prudencia, solo esa necesidad cruda de hacerla mía, de demostrarle todo lo que era y dejar salir todas las ganas que llevaba tragándome desde que se había metido en mi cabeza hacía semanas, empeñada en no salir.

Fabiola gimió cuando la apreté contra mí y ese sonido me derritió el último resto de cordura.

La sujeté con firmeza y marqué el ritmo con mi cuerpo, dejándole claro que yo tenía el mando solo porque ella me lo estaba cediendo. Y no hubo temor en su forma de agarrarse a mí, ni siquiera reparos ante mi brusquedad, solo expectación y entrega.

Le deslicé la boca por el mentón, bajé por el cuello y me perdí en su escote. La respiración se le volvió irregular cuando le lamí el pezón sobre la tela y me clavó los dedos en los hombros al capturarlo entre los dientes con la presión justa.

—Más —exigió.

Llevé las manos a su espalda y le desabroché el sujetador. Ella se arqueó al sentir las caricias de mi nariz en su piel, me agarró de la cabeza al meterme uno de los pezones en la boca y no dejó de moverse contra mi erección mientras yo lamía y succionaba.

Subí la cabeza y la miré.

Tenía los labios entreabiertos, las mejillas encendidas y los ojos más oscuros que nunca. Y lo poco que quedaba en pie de mi parte

racional cayó rendida ante aquella visión.

—Eres perfecta.

—Gracias —respondió sin dejar de mirarme.

Le mordí el labio inferior, suave y lento. Y, cuando coló las manos bajo mi camiseta y me pellizcó los pezones, jadeé y dejé escapar un gruñido grave que le arrancó una sonrisa satisfecha.

Se movió sobre mí con una lentitud calculada, consciente de cada reacción que provocaba, y la dejé hacer. Me perdí en el roce constante de su coño caliente sobre mi pantalón y apreté los dientes cuando la necesidad de hundirme en ella fue demasiado grande.

Le sujeté las caderas con fuerza, deteniendo ese vaivén solo para volver a imponerlo yo. Más firme, más decidido. Noté cómo se le escapaba el aire cuando le marqué el ritmo con el cuerpo y le dejé claro que ya no iba a soltar el mando.

Su piel estaba caliente y húmeda. Y yo me moría de hambre.

La besé sin ningún cuidado. Le mordí el cuello, el hombro, las tetas. Ella se arqueó buscando más, ofreciéndose sin reservas en un banquete irresistible, y esa entrega me postró a sus pies.

Le agarré la nuca con una mano, y su respiración, errática, desordenada y preciosa, me noqueó.

—Dímelo —exigí contra su boca.

—¿El qué? —La voz le salió rota y ansiosa.

Me incliné hacia el lateral de su cara, le mordí el lóbulo de la oreja y le hablé tan bajo y grave que casi no me reconocí.

—Dime que me lo das todo.

No tardó ni un segundo en contestar.

—Te lo doy —murmuró—. Todo.

Me recorrió un escalofrío de arriba abajo, como una maldita descarga que despertó hasta la última célula dormida de mi cuerpo para que se pusiera a trabajar.

—Si quieres que pare, dímelo.

—Lo mismo digo.

Se me escapó una risa ronca. Ni de puta broma sería yo el que detendría aquello.

La agarré de la cintura y cambié nuestras posiciones sobre la cama. Ella soltó una exhalación sorprendida, aunque no protestó. Se

quedó allí, tumbada, expectante, mientras a mí se me dibujaba una sonrisa hambrienta en la boca que no me molesté en contener.

—Voy a comerte entera.

Lo último que vi de su cara fue cómo se mordió el labio, pues la acerqué hasta el borde, me puse de rodillas y me concentré en ese trozo de tela gris que dejaba en evidencia cómo de mojada estaba.

Le besé el muslo por dentro y noté cómo se le tensaban las piernas. Subí sin prisas, repartiendo besos, dejando que mi boca la acariciara a la vez que la recorría con las manos.

Fabiola coló los dedos en mi pelo y tiró un poco hacia arriba.

Levanté la cabeza y lo que vi me dejó sin aliento. Se había incorporado sobre un codo y me observaba con el pelo desordenado, los labios hinchados y el pecho subiendo y bajando rápido.

—Rodrigo…

—Estoy aquí.

No dejé de observarla ni un segundo; ni cuando la dejé desnuda de cintura para abajo ni cuando moví los dedos entre sus pliegues, impregnándolos de su humedad y disfrutando del sonido.

Fabiola jadeó al ver cómo me los llevé a la boca y los lamí. Y yo, al registrar su sabor, me volví loco.

Hundí la cabeza en su sexo, y ella se arqueó para mí.

Y la besé. La devoré, la lamí y hundí los dedos en su carne caliente. La escuché perder el aliento, la sentí moverse buscando más y no me detuve hasta que se dejó ir entre temblores y gemidos.

Me quedé un poco más entre sus muslos, siguiendo su ritmo hasta estar seguro de que estaba bien. Después, levanté la cabeza y me relamí. Ella tardó un poco más en encontrar el ritmo normal de su respiración.

Cuando abrió los ojos, me sostuvo la mirada, sonrió y suspiró. Y fue entonces, cuando le vi esa expresión satisfecha y confiada, que supe que aquello era más de lo que podía soportar.

El cuerpo me reaccionó por pura necesidad.

Me incorporé y, sin demasiadas ceremonias, me deshice de mi ropa. No hubo exhibición ni intención, solo la necesidad de no dejar nada entre nosotros. De sentirla completamente contra mí.

Fabiola siguió cada uno de mis movimientos sin perderse detalle, y a mí se me formó una sonrisa al ver cómo luchaba por no mirarme de cintura para abajo.

—No muerde.

Negó abochornada.

—Eres idiota.

Me llevé una de las manos a la polla, provocándola al masturbarme delante de ella para que bajase los ojos de una vez y comprobase cómo me tenía desde que me había abierto la puerta un rato antes con ese trozo de tela minúsculo.

Disfruté demasiado al ver cómo intentaba mantener la compostura, aunque la diversión duró poco, pues no tardó en descender la mirada.

Lo hizo despacio y, con un gesto que terminó de volarme la cabeza, se humedeció los labios.

—Joder —mascullé y apreté más el puño.

Habría matado allí mismo a cualquiera por sentir su boca a mi alrededor, por agarrarle la cabeza y hundirme en ella hasta perder la razón.

Y fue ese mismo pensamiento burdo el que me hizo actuar.

Me coloqué un condón, me tumbé sobre ella y la besé. Pero el beso no fue suficiente para ella, pues me tiró del pelo y me mordió el labio, exigiendo más.

Le sujeté las muñecas con una mano y las pasé por encima de su cabeza.

—¿Buscas esto?

Una sonrisa le cruzó la boca, pequeña y provocadora.

—Sí. Justo esto.

Solté un gruñido, me incliné y la devoré. Con fuerza, sin ternura o palabras bonitas. Solo con un hambre feroz y unas ganas inmensas de entrar en ella de todas las formas posibles.

Fabiola respondió igual.

Me mordió el labio, movió las caderas y, cuando intenté bajar el ritmo para no hacer el ridículo antes incluso de empezar, enganchó las piernas en mi culo y me apretó contra ella.

—No pares ahora —exigió con los ojos brillantes—. Fóllame, Rodrigo.

Nunca habría imaginado que alguien se podría quedar helado y calentarse hasta arder en el mismo momento.

Hasta entonces.

No había ni un gramo de fragilidad en ella. Solo fuerza, hambre. Decisión. Y una provocación salvaje que me hizo apretar la mandíbula.

—Eres peligrosa.

—¿Y lo tuyo es solo fachada? —me retó.

Me incorporé y, sin darle tiempo a procesarlo, la puse boca abajo con un movimiento que le arrancó un gemido sorprendido.

La acerqué a mí y la obligué a girar el cuello con una mano.

—No sabes lo que estás despertando, novata.

Le mordí el hombro solo para sentir cómo reaccionaba. Ella gimió y me apretó el muslo. La empujé para que se pusiera a cuatro patas sobre la cama y me concedí un par de segundos para observarla a placer.

La forma en la que se ofrecía me hizo la boca agua; la espalda arqueada, la curva pronunciada de la cintura, ese espectacular culo expuesto, solo para mí.

Llevé la mano hasta su cuello y le agarré el pelo en un puño. Con la otra, le recorrí la columna en sentido descendente, hasta llegar a ese glorioso coño empapado que martiricé durante unos segundos, hasta que perdí la poca razón que me quedaba cuando giró el cuello y me miró por encima del hombro.

No esperé más y la embestí hasta el fondo.

—¡Rodrigo! —jadeó.

Me quedé un segundo ahí dentro, con su carne envolviéndome en un abrazo ardiente y los ojos entornados.

Ella movió las caderas, reclamándome.

—¿Quieres más? —le pregunté con los dientes apretados.

«Respira. No te corras. Ni se te ocurra correrte, joder», me sermoneé.

—Sí.

—¿Duro?

—Como quieras, pero no pares —jadeó.

Echó el culo hacia atrás para reforzar sus palabras.

Qué puto regalo…

—No. —Solté una risa seca—. Ya no pienso parar.

Jamás había dicho una verdad más grande.

Me moví con rudeza, sin darle tregua. Me hundí en ella una y otra vez, agarrándome a sus caderas, a su pelo, a su cuerpo entero y, guiado por sus gemidos, me subí a la cima de aquella montaña con la misma furia con la que la montaba a ella.

Su respiración rota me guio, y sus manos buscando la sábana, como si necesitara algo a lo que agarrarse para no caer rendida, me confirmó que iba por buen camino.

Quise quedarme ahí a vivir, dentro de ella, pegado a ella, haciéndole perder la cabeza y perdiéndola yo también.

—Rodrigo —gimió jadeando.

No frené el ritmo. No le di ni un gramo de piedad. El golpeteo de nuestros cuerpos al chocar el uno contra el otro llenó toda la habitación.

Su voz gritó mi nombre, mi garganta gruñó el suyo.

Nos convertimos en piel y humedad. Sudor y gemidos. Dos cuerpos que por fin dejaban de reprimirse y aceptaban lo inevitable.

Hasta que todo se volvió demasiado y nos quedamos sin aire.

Le rodeé la cadera con un brazo y llevé la mano hasta su clítoris, que froté en círculos. No podía más, estaba a punto de correrme y necesitaba que ella me siguiera. Necesitaba…

—Córrete —ordené, a punto de reventar.

—Sí. —La penetré una, dos veces—. Rodrigo. Dios mío…

A la tercera Fabiola se contrajo a mi alrededor al alcanzar su segundo orgasmo, y yo me vacié en ella y gemí como una bestia malherida que encuentra cobijo en una cueva acogedora.

Había alcanzado el puto nirvana enterrado en su cuerpo, y ella ni siquiera era consciente de cómo me afectaba aquello.

—Joder —me salió en un murmullo y, tras salir de ella, me desplomé a su lado. Al girar la cabeza, mis ojos se toparon con la huella de mis dedos marcados en su trasero. Acaricié ese trozo de piel maltratado—. No debería haberme dejado llevar así.

No sé cuánto tiempo pasó después. Podrían haber sido segundos o una vida entera, pero sentí que se movía a mi lado y la busqué con la mirada.

La ironía me golpeó de lleno al ver cómo se escabullía, y yo seguía allí, clavado en la cama como un imbécil. Siempre había sido el que se levantaba en cuanto todo terminaba; el que iba al baño o buscaba agua como excusa.

El que se vestía primero para no dejar espacio para nada más.

—¿A dónde vas? —le pregunté agotado.

Ella no contestó y continuó moviéndose alrededor de la cama.

Con un bufido, me incorporé lo justo para agarrarla de la cintura. No me lo permitió, se revolvió como si aún estuviéramos en la clase de defensa personal y, en un par de movimientos, me hizo caer de espaldas en el colchón hasta ponerse encima de mí, en una postura tan inesperada como interesante.

Sus tetas quedaron tan cerca de mi cara que me relamí.

—Para —masculló seria.

Fruncí el ceño, desconcertado.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Fabiola… —insistí—. ¿Por qué te levantas?

—Porque ya hemos terminado —respondió sin emoción—. Y no voy a quedarme aquí haciendo el ridículo.

Me quedé mirándola, tratando de entenderla.

—¿De qué hablas?

—De nada.

—Ya, claro.

—Solo estoy buscando mis bragas. —Apretó los labios un segundo y tiró del brazo que le había agarrado—. Mi madre debe de estar a punto de llegar del trabajo.

Comenzó a deambular por la habitación, pero había algo en su forma de moverse, en cómo evitó mis ojos, que no se parecía a un «vete» sin más.

—Novata…

Se giró hacia mí, apretó la mandíbula e inspiró hondo.

—Rodrigo, haz el favor de vestirte.

Aquella frialdad me sentó como una patada en los huevos.

—¿Me estás echando? —Me reí sin ganas al ver que no me contestaba—. Genial. De puta madre.

Me levanté, me quité el condón que arrojé a la papelera bajo el escritorio, agarré mis cosas y me vestí sin perder un segundo.

¿Qué mierda había pasado para que cambiase de actitud de una forma tan radical?

Cuando salí de la casa supe que algo se me escapaba de las manos. No entendía en qué punto se había torcido tanto aquello, pero estaba claro que así era. Fabiola había pasado de pedirme que no frenara a querer vestirse como si acabara de cometer un error.

Y el único error posible allí era yo: mi forma de perder el control, el animal que llevaba dentro y que había dejado libre.

Deduje que habría sido demasiado para ella. Desagradable, incluso. Porque dos orgasmos no significan una mierda si después te quieren fuera de casa.

Apreté los dientes mientras caminaba hasta el coche y maldije cuando entendí que lo peor no sería intentar sacármela de la cabeza. Lo peor era que ya estaba demasiado metida en mi corazón.

21 – El aviso

Reglamento 11.1.: Tras una intervención, el agente deberá analizar lo ocurrido para aprender de los posibles errores a subsanar.

FABIOLA

El uniforme me pesó más de lo habitual cuando crucé la puerta las siguientes jornadas.

Era una mezcla de cansancio físico, agotamiento emocional y una presión sorda y constante en el pecho que no terminaba de aflojarse.

En dos días habían pasado muchas cosas. Algunas importantes, otras irreversibles. Y también tuve tiempo de sobra para repasar, una y otra vez, las mismas escenas; cada palabra, cada caricia, el clic de la cerradura al cerrarse cuando Rodrigo se marchó cabreado de mi habitación el día de mi cumpleaños.

Y todo lo que acarreó.

No me arrepentía de lo ocurrido entre nosotros. Había sido intenso y satisfactorio, y lo había hecho porque lo deseaba. Durante unos minutos —solo unos cuantos— me sentí elegida, adorada y en el sitio correcto.

Pero no se me iba de la cabeza un detalle. Ese que apareció cuando el deseo se disipó y todo quedó demasiado expuesto.

Fui yo la que se adelantó y puso distancia. La que se levantó antes de seguir cagándola y la que necesitó ordenar el silencio porque no sabía qué hacer con él.

También fui yo la que suplicó, la que provocó, la que le exigió que reaccionara cuando lo noté contenido y ausente por momentos.

Y la sensación de que, quizá, había cruzado una línea que él nunca quiso traspasar no se me iba.

¿Por qué había accedido?, ¿por pena?, ¿por no hacerme sentir peor después de lo del día anterior?

Sí, me deseaba. Sería absurdo negarlo cuando su cuerpo respondió al mío. Sin embargo, eso no significaba que hubiera querido estar allí de verdad. Al menos, no de la misma manera que yo. Al fin y al cabo, era un hombre frente a una mujer desnuda que le pedía que no se fuera. Que le rogaba que se la follara.

Dios. Me sentía tan patética…

Por eso no le había contado nada a Tomy. Y, por eso, cuando vi a Rodrigo el miércoles en comisaría, me aferré a la profesionalidad como un salvavidas.

Por suerte, no tuve que cruzármelo mucho ese día. Aun así, su presencia no me permitía bajar la guardia. Sabía dónde estaba sentado en el pase de lista sin necesidad de buscarlo con la mirada, notaba cuándo regresaba de algún aviso, cuándo se marchaba…

Por desgracia, tampoco lo tuve como apoyo cuando fui a comparecer a Asuntos Internos por lo de López.

La declaración fue larga, fría y meticulosa. Relatar hechos, repetir palabras, explicar gestos. Traté de contarlo todo sin emoción, como si no hubiera sido una experiencia personal y aquel día en el vestuario no me hubiera removido por dentro más de lo que me hubiera gustado admitir.

Cuando regresé, me encontré a Rodrigo en el pasillo.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja. Asentí—. ¿Lo has visto?

—Sí.

Dio un paso hacia mí.

—Si necesitas…

—Estoy bien, Santos —lo interrumpí antes de que dijese nada que no estaba preparada para escuchar.

Se quedó callado, apretó la mandíbula y asintió.

—Vale.

Y ese fue su primer y único intento fallido de acercamiento. Breve, incómodo y profesional hasta doler.

Esa misma tarde hablé con mis padres y les conté lo sucedido con López. Me ahorré detalles innecesarios, tan solo les expliqué que uno de los compañeros de brigada se había intentado sobrepasar físicamente conmigo, pero me defendí y no fue a mayores.

No vi necesario preocuparlos de más, sobre todo teniendo en cuenta cómo le afectó a mi madre lo poco que les había contado.

El jueves me comunicaron la resolución: diez meses de suspensión de empleo y sueldo para López.

Sentí alivio, sí, pero también un cansancio emocional que me dejó sin fuerzas para celebrarlo. Tampoco ayudó que, de nuevo, me pasara el día entero en comisaría, atrapada entre esas paredes que se me venían encima por minutos.

Así que el viernes, antes de empezar el turno, me colé en el despacho de Salcedo.

—Buenos días, Fabiola. ¿En qué puedo ayu…?

—Señor —lo interrumpí—. Póngame a patrullar. No puedo quedarme más tiempo aquí dentro.

José suspiró, apoyó los codos en la mesa y se frotó la frente.

—¿Estás segura?

—Sí, señor.

—De acuerdo. ¿Algo más?

Lo cierto era que sí, había algo más. Y me costó verbalizarlo más de lo que esperaba.

Inspiré hondo.

—¿Podría ponerme con Cuenca?

Me observó unos largos segundos.

—¿Ha pasado algo con Santos? —preguntó receloso.

—No, señor —mentí y me obligué a mirarlo fijamente y sin pestañear. Si lo hacía, existía la posibilidad de que no me creyese—. Solo pienso que me vendrá bien una compañía más veterana ahora mismo.

Asintió despacio.

—Está bien. Pero si ves que no estás cómoda, avísame.

—Gracias, señor.

Salí del despacho con alivio y tristeza. Aquello no solucionaba nada, solo lo posponía. Sin embargo, estaba demasiado sobrepasada

para enfrentarme a otra cosa.

Y esa otra cosa tenía nombre de guerrero medieval, ojos oscuros y espalda ancha. Y una manera de mirarme que no sabía gestionar.

No establecí contacto visual con Rodrigo en todo el pase de lista. Y tampoco cuando nos montamos en los coches; él, con Blanco, y yo, con Cuenca.

—¿Todo bien, Remo? —me preguntó este último mientras se colocaba el cinturón.

—Todo bien —respondí.

Era mentira, claro. Una que había dicho tantas veces a lo largo de mi vida que ya me salía natural.

El turno fue tranquilo y lo agradecí. Me obligué a concentrarme en el tráfico, en las matrículas, en los casos rutinarios. En cualquier cosa que no fuera él. Pero se empeñaba en aparecer en los sitios más absurdos: en un gesto ajeno, en una voz grave que se colaba por la emisora, en una risa que no era la suya…

Aun así, seguí. Contando segundos, respirando hondo y haciendo mi trabajo.

Hasta que la emisora crepitó sin previo aviso y rompió la calma engañosa de la mañana.

—Aviso a todas las unidades. Atraco en curso en la gasolinera de la salida norte. Repito: atraco en curso.

Reaccioné al instante.

—Unidad cuatro en camino.

Sentí un tirón en el estómago cuando Cuenca realizó un giro brusco de volante para cambiar de dirección.

—¿Un atraco a plena luz del día? —pregunté mientras activaba la sirena.

—Eso parece —respondió mi compañero sin apartar la vista de la carretera—. O está muy desesperado o muy pasado.

Asentí, aunque él no pudiera verme. El paisaje empezó a desdibujarse a nuestro alrededor mientras la sirena abría camino entre los coches que se apartaban a nuestro paso. Junto con ellos, aparté también mis sentimientos y dudas y tan solo dejé activa mi parte profesional.

Repasé el protocolo en la mente casi sin darme cuenta. Distancias. Cobertura. Comunicación visual. Nada de improvisar. Aun así, el pellizco en el estómago no me dejaba concentrarme del todo.

—Central, ¿tenemos confirmación de arma? —pregunté.

—Negativo por el momento —respondió la emisora—. Un testigo habla de un individuo muy nervioso, pero no ha podido concretar más.

Muy nervioso… Eso nunca era buena señal.

Al girar en la última rotonda, vi los destellos azules reflejados en los cristales de la gasolinera incluso antes de distinguir los coches. Había una patrulla en el lugar y un pequeño grupo de curiosos apartados a una distancia prudente.

Cuenca frenó en seco, y ambos salimos del coche casi al mismo tiempo.

El olor a gasolina fue lo que primero me golpeó. Después, el murmullo tenso de voces bajas.

Y entonces lo vi.

Rodrigo estaba allí. Cerca de la entrada, ligeramente ladeado, con el cuerpo orientado hacia el interior de la tienda y la atención fija en cada movimiento tras el cristal.

Blanco hablaba con él, pero Rodrigo apenas giraba la cabeza al contestar. Estaba concentrado, tenso. Era el agente Santos en estado puro.

—Unidad cuatro en posición —informó Cuenca por la emisora.

—Recibido. Mantengan cobertura —respondió la central.

Cuenca me hizo un gesto para indicarme que se dirigía hacia el lateral y asentí.

Distancias. Cobertura. Comunicación visual. Nada de improvisar…

Desde dentro de la gasolinera nos llegó un golpe seco y un grito ahogado. El murmullo exterior se apagó de golpe, como si todo el mundo hubiera contenido el aliento al mismo tiempo, y no pensé.

Avancé unos metros y sentí un vuelco seco en el pecho.

No debía haberlo hecho. No tendría que haberme saltado el protocolo. Lo supe en el mismo instante en que lo hice.

Rodrigo desvió la atención. No hizo ningún gesto, no dijo nada. Pero sus ojos se cruzaron con los míos un instante, solo uno; una

fracción de segundo en la que su atención se partió en dos y a mí se me grabó su cara desencajada al verme.

Un instante que fue suficiente.

La puerta se abrió de golpe, el asaltante salió a trompicones, con el rostro desencajado y el brazo levantado de forma errática, y todo se fue a la mierda.

Rodrigo reaccionó tarde.

Y yo supe que acababa de estropearlo todo.

22 – Fundido a negro

Código del veterano 11.2.: El manual te muestra cómo actuar. La experiencia te enseña qué merece la pena proteger.

RODRIGO

La cristalera devolvía reflejos sucios: estanterías, luces, una sombra que se movía demasiado rápido. Dentro, junto con el dependiente, había alguien muy alterado.

Tenía el olor a gasolina metido en la garganta y me escocían los ojos por contener las ganas de carraspear. La mano descansaba sobre el arma enfundada, relajada por fuera, pero preparada por dentro.

Había pasado por decenas de escenas parecidas. Gasolineras, bares, casas pequeñas con puertas estrechas. Sitios donde todo podía torcerse en un segundo.

Era mi trabajo, mi modo de vida, aunque en aquella ocasión tuve un mal presentimiento, algo que no sabría explicar, pero que se acentuó cuando noté un cosquilleo en la nuca.

No me hizo falta girarme, tampoco que nadie avisara por la emisora. Simplemente lo supe, igual que sabes cuándo alguien se coloca a tu espalda sin hacer ruido.

Fabiola acababa de llegar.

Me obligué a no pensar en nada que no fuera el interior de aquel lugar. En no recordar la piel caliente, su entrega absoluta, el silencio posterior, la forma en la que me echó de su lado y cómo me había ignorado desde entonces.

—Esto se está calentando. Cuando lo veas claro, entramos —murmuró Blanco a mi espalda.

Sacudí la cabeza. No era el momento de pensar en ella.

—Unidad cuatro en posición —escuché a Cuenca por la malla.

—Recibido. Mantengan cobertura.

El dependiente bajó las manos tras el mostrador, y no me dio tiempo a decidir si eso era una buena o mala señal cuando una de las estanterías cayó y el estruendo arrancó un grito del trabajador.

Di medio paso adelante y entonces vi su reflejo por el cristal.

Giré la cabeza un segundo, lo justo para confirmar que era ella, y me cabreé cuando vi que había avanzado hasta colocarse en el maldito punto de mira de la salida.

Y ese segundo me costó el mundo.

La puerta se abrió de golpe y todo ocurrió a la vez.

El tipo salió con la cara desencajada y los ojos desorbitados. Tenía un brazo levantado en un gesto absurdo y creí ver un destello metálico cuando echó a correr.

Hacia ella.

Hacia la jodida posición en la que estaba Remo.

Sentí la tensión en la nuca, en los hombros, en ese punto exacto donde el cuerpo reacciona antes de que la cabeza tenga tiempo de ordenar nada.

Y no pensé.

No tuve tiempo para hacerlo. Solo supe que ella estaba allí y yo no iba a permitir que aquel gilipollas diera ni un paso más en su dirección.

Así que reaccioné.

—¡Alto! ¡Al suelo! —oí gritar a Blanco.

Avancé un paso largo, instintivo, y me metí en su trayectoria antes incluso de ser consciente de lo que estaba haciendo, con el cuerpo entero como escudo.

Sentí el impacto en el costado izquierdo, un golpe sordo y contundente que me robó el aire un instante.

El tipo lo aprovechó para escabullirse, aunque Cuenca se lanzó por el otro lado, rápido y limpio. Fabiola también reaccionó al instante, cubriendo el flanco con una precisión que me atravesó el pecho de orgullo.

Me levanté con dificultad y la respiración desacompasada. Debía de haberme jodido alguna costilla en la caída, pues el dolor en el costado era ensordecedor.

Vi al tipo morder suelo, escuché el golpe seco de su cuerpo contra el asfalto, el sonido de los grilletes y las órdenes claras de mis compañeros.

Todo seguía su curso, como siempre, aunque yo me estaba quedando atrás.

Cada vez me costaba más respirar.

Trastabillé y me apoyé contra el cristal. El dolor empezó a extenderse desde el costado como una marea espesa y caliente. Demasiado caliente.

Me ardía por dentro y sentía el pulso acelerado.

Joder, tenía que calmarme, tenía que…

Me miré la mano con la que había palpado el lugar y fruncí el ceño al ver cómo se había teñido de rojo.

¿Me había apuñalado?

—Maldito cabrón —mascullé.

Parpadeé cuando la visión empezó a cerrárseme por los bordes. La busqué con la mirada hasta dar con ella. No vi sangre. Seguía en pie. Intacta y preciosa.

Fabiola estaba bien, y me aferré a esa idea mientras el mundo empezaba a ralentizarse. Me dejé caer, despacio, sin dejar de mirarla.

La vi girarse, localizarme y echar a correr hacia mí.

Y, en cuanto supe que venía, cerré los ojos y dejé de luchar contra la consciencia.

Creo que incluso sonreí como un capullo.

La escuché decir mi nombre o quizá gritarlo. Su voz sonaba amortiguada y parecía que me hablase a través del agua.

—Santos, ¡abre los ojos! ¡Rodrigo!

Quería decirle que estaba bien, que no pasaba nada y que no tenía que asustarse, pero la boca no me respondió como debería. Ni siquiera fui capaz de gruñir en condiciones.

Parpadeé y la vi borrosa, inclinada sobre mí.

Noté tirones en el uniforme, unos dedos firmes palpándome y luego una presión horrible y punzante en el costado.

El dolor me partió en dos y me arrancó un jadeo seco que me devolvió al presente de golpe.

—Joder… —se me escapó entre dientes.

—¿Qué he hecho? —estaba diciendo con la voz rota—. ¿Por qué has tenido que mirarme?, ¿por qué…?

Negué despacio, aunque no supe muy bien si ella lo vio.

—Estoy bien —mascullé.

Me miró con los ojos muy abiertos y brillantes.

—Rodrigo…

La cabeza me daba vueltas, el mundo se inclinaba hacia un lado. Aun así, conseguí enfocar un poco más su cara, solo la suya.

—Te miraré siempre, novata —dije sin pensar, sin filtro, sin fuerzas ya para mentir—. Aunque me cueste la vida.

Su expresión rota fue lo último que vi. Sonrió y lloró a la vez o quizá eso lo imaginé yo. Ya no estaba seguro de nada.

El sonido de la sirena en la lejanía se estiró, se volvió irreal… hasta desaparecer por completo. Lo último que sentí fue el calor del suelo en las manos cuando estas cedieron.

Después, todo se apagó.

23 – A vida o muerte

Reglamento 12.3.: El agente deberá mantener el equilibrio entre las exigencias del servicio y su propio bienestar.

FABIOLA

Se llevaron a Rodrigo al hospital Altamar. Estaba grave y había perdido mucha sangre, según nos dijo el médico que lo asistió en el suelo sucio de la gasolinera.

No sé si asentí o pregunté algo. Solo recuerdo el sonido de la camilla alejándose, las ruedas chirriando y cómo se zarandeó al subirlo a la ambulancia.

—Remo. —Escuché a Blanco a mi lado—. Eh, Remo, mírame.

Mi compañero me sostuvo la cara entre las manos, en un gesto demasiado parecido al de Rodrigo, y me eché a llorar allí mismo.

«Te miraré siempre, novata. Aunque me cueste la vida», se repetía en mi cabeza.

No. No podía morir. Rodrigo *no podía* morir.

—No… —sollocé.

—Respira, Remo —ordenó Blanco y miró a Cuenca—. Llévatela. Yo me encargo de esto.

Me dejé guiar sin oponer resistencia, pues todo lo que podía hacer era revivir las escenas de Rodrigo en mi cabeza una y otra vez.

Rodrigo al interceptar al individuo.

Rodrigo cayendo cuando las piernas dejaron de sostenerle.

Rodrigo mirándome como si no entendiera por qué estaba allí tirado en el suelo, en lugar de a mi lado.

Y Rodrigo con los ojos cerrados y el cuerpo inerte.

«Estoy bien», me había dicho.

Mentiroso.

Las horas siguientes estuvieron rodeadas de ruidos y silencios. De pasillos demasiado vacíos, de gente susurrando y máquinas pitando.

Sus padres no se separaron de la puerta del quirófano de urgencias ni un segundo. Tampoco su hija, que no dejaba de llorar mientras Manuel, el padre de Rodrigo, preguntaba cuánto iba a tardar el médico en salir.

—¿Cómo estará? —insistió una vez más a Felisa.

—Bien —respondió ella con una paciencia infinita—. No va a dejar de luchar.

Manuel asintió, convencido de lo que decía su mujer.

Nora se me acercó en un momento dado y se sentó en la silla que había vacía a mi lado.

—¿Él estaba…? —preguntó, aunque no pudo terminar la frase.

Me acerqué a ella sin pensar y la abracé. Hundió la cabeza en mi pecho y lloró desconsolada.

—Es un hombre fuerte, Nora —le dije—. Y está en buenas manos.

—¿Estabas con él cuando pasó? —susurró.

Asentí y le acaricié la espalda sin añadir nada más. ¿Cómo iba a decirle que su padre estaba debatiéndose entre la vida y la muerte por mi culpa? Ella apoyó la frente en mi hombro y respiró hondo. Por suerte, se calmó después de un rato.

Cuando escuché pasos, levanté la vista. Al verlos, me incorporé.

Mi hermana Carolina avanzaba por el pasillo junto a su marido. Ambos vestidos con la ropa del hospital y una expresión seria.

Me puse en pie de inmediato.

—¿Habéis podido averiguar algo? —les pregunté antes incluso de saludarlos.

Carolina asintió despacio.

—Lo están operando todavía —respondió—. Han dejado entrar a Gabriel un momento para hablar con el equipo.

—Tiene una hemorragia interna importante —añadió él sin alterarse, como siempre—. El cuchillo le ha perforado el bazo.

Sentí cómo se me aflojaban las piernas.

—¿El bazo? —repetí, torpe—. ¿Eso es…?

—No es un órgano vital —me interrumpió mi hermana enseguida, anticipándose a mis dudas—. Cuando se rompe, se extirpa. Es aparatoso, sangra mucho, pero es una cirugía relativamente sencilla.

Tragué saliva, y Nora se adelantó a mi siguiente pregunta cuando se acercó a nosotros.

—¿Se va a curar?

—Es su hija —les aclaré y rodeé a Nora con un brazo.

—Todo apunta a que sí —le respondió Gabriel—. Ahora mismo lo más importante es que la hemorragia esté controlada.

—Vale —contestó ella emocionada—. Muchas gracias.

Carolina me miró fijamente, y yo apreté los labios.

—¿Podemos hablar un segundo?

Asentí en dirección a mi hermana y le pedí a Nora que fuese con sus abuelos a contarles la última información.

Mi cuñado le dio un beso discreto a su mujer en la mejilla, le acarició la barriga y me dedicó una leve sonrisa antes de marcharse.

Caminamos hasta el recodo de un pasillo, y Carolina me abrazó en cuanto estuvimos a solas.

—¿Cómo estás?

—No estoy herida.

No, al menos, de forma visible.

—¿Estabas en el aviso con él?

—No en la misma patrulla, pero estaba allí, sí.

Carolina no añadió nada más. Se limitó a rodearme con los brazos de nuevo durante un momento.

—Ahora entiendo a mamá cuando dice que, entre Bruno y tú, la vais a matar de angustia.

Sonreí sin demasiadas ganas. Ocho hijos, y dos de ellos con profesiones de riesgo: bombero y policía.

—Estoy bien.

—No —murmuró—. No lo estás. ¿Qué ocurre?

Rehuí su mirada, pero ella no se rindió e insistió hasta que me abrí en canal.

Carolina nunca se rendía. Jamás. Y yo siempre la había tomado de ejemplo.

—Me… —comencé con un hilo de voz—, me salté el protocolo. Y él… se puso delante… Me protegió sin pensar en las consecuencias. Yo estaba armada y podría haberme defendido. No tendría que haberlo hecho, pero…

—Sí —me interrumpió—. Sí que tenía que hacerlo.

La miré fijamente.

—¿Qué?

—Si tú podías defenderte, él lo hizo porque le importas lo suficiente como para arriesgar su vida.

«Te miraré siempre, novata. Aunque me cueste la vida».

—Yo…

—¿Habrías hecho lo mismo por él?

Me observó tranquila y supe que ella no me juzgaría, dijese lo que dijese.

—Sí.

—Pues ahí lo tienes.

—No es lo mismo.

—Sí que lo es. Mira, Fabi —continuó y me apretó la mano—. No sé casi nada sobre él. Solo lo poco que nos contaste aquella noche a todas y lo poco que estoy viendo ahora. Pero a ti sí que te conozco. Y sé cómo eres cuando alguien te importa de verdad. Sé cómo te culpas siempre cuando damos la cara por ti o te defendemos. Siempre has querido ir un paso por detrás, como si así doliera menos. Sin embargo, hay cosas de las que no podemos escondernos eternamente. Y eso es algo que me quedó bastante claro cuando conocí a cierto doctor irritante y perfecto.

Compartimos una sonrisa que duró lo justo para no romperme.

—Me da miedo —admití—. Cuando pienso que podría perderlo, me mata la culpa.

—Es que eso no es culpa, cariño —susurró con delicadeza—. Es que te importa de verdad.

Cerré los ojos, y ella me rodeó con los brazos una vez más. No me resistí, le devolví el abrazo y respiré hondo contra su hombro.

Cuando me separé y nos despedimos, me di cuenta de que tenía las manos menos frías y ya no temblaban tanto.



La operación salió bien. Le extirparon el bazo y controlaron la hemorragia. Lo pasaron a la Unidad de Cuidados Intensivos y lo dejaron sedado como medida preventiva.

Mi hermana me ofreció colarme para poder verlo, pero no me pareció justo dejar a sus padres y a su hija sin esa oportunidad, así que la rechacé.

El sábado solo salí del hospital para cubrir mi turno en la comisaría, aunque continué al tanto de su estado gracias a mi hermana. Ella y Gabriel se acercaban cuando podían, hablaban con sus compañeros, preguntaban y me tranquilizaban.

Y me convertí, sin pretenderlo, en el hilo que mantuvo unida a la familia Santos con información médica en primicia.

«Sigue estable».

«La sedación es normal las primeras veinticuatro horas».

«Si responde bien lo subirán mañana domingo a planta».

Felisa no paraba de darme las gracias, como si yo estuviera haciendo algo extraordinario, cuando en realidad no era así. Nora pasó de reaccionar con emoticonos a mis mensajes el sábado a narrarme detalles el domingo sobre cómo era Rodrigo como padre, cómo se desvivía por ella y por sus abuelos y lo poco que le gustaba dejarse cuidar.

Como si yo necesitase más detalles para terminar de caer.

Fui a verlo a mediodía, en cuanto salí de la comisaría. Caminé por el pasillo con un nudo en el estómago, aliviada porque ya lo

hubieran subido a planta y a la vez temerosa de lo que pudiera pasar después.

Me detuve frente a la puerta cerrada de la habitación doscientos seis e inspiré hondo.

Toqué suave con los nudillos y asomé la cabeza.

Lo vi tumbado en la cama y entré con sigilo. Estaba dormido o casi. La tele emitía sin sonido y sonreí nerviosa cuando Nora, Felisa y Manuel me vieron.

—Hola —susurré.

Felisa fue la primera en levantarse. Se acercó y me dio un beso en la mejilla que correspondí.

—Manuel te ha traído un bocadillo de la cafetería. Ha insistido en que fuera sin gluten.

Se me ablandó el corazón cuando el hombre me sonrió.

—Gracias, no era necesario.

—¿Has comido? —preguntó ella.

—No, pero…

—Pues era necesario —sentenció.

Nora se encogió de hombros, y yo les sonreí agradecida.

Dejé el casco sobre el alféizar de la ventana y me acerqué a la cama despacio, tratando de no alterarlo.

Tenía la mirada perdida en algún punto de la pared y los labios entreabiertos. Respiraba con calma, aunque el ceño lo seguía teniendo fruncido incluso en ese estado de seminconsciencia.

—Hola —le dije muy bajito. No reaccionó y me acerqué un poco más—. Rodrigo.

Nada.

Miré hacia el sofá con expresión confundida. Nora y Felisa asintieron para que volviera a intentarlo.

Me incliné y apoyé la mano en la suya, con cuidado de no tocarle la vía.

—Rodrigo, soy yo. —Inspiré hondo—. Fabiola.

Él giró la cabeza despacio, muy despacio, y me dio la impresión de que ese simple movimiento le costó un mundo.

—Novata… —Me miró sin verme del todo, con los ojos entrecerrados.

—Sí. —Tragué saliva con dificultad—. ¿Cómo estás?

—Jodido. —Me agarró de la mano cuando intenté apartarla—. No te vayas.

Me tensé cuando trató de incorporarse. La respiración se le aceleró en un instante y el monitor pitó con un sonido más rápido.

Le puse una mano en el brazo y lo detuve.

—Tranquilo. —Lo empujé con suavidad hacia el colchón—. Estoy aquí, contigo.

Se me quedó mirando, parpadeó varias veces en un intento de enfocar y frunció un poco más el ceño.

—Estás seria. —Cerró los ojos un momento—. Como aquella tarde… en tu casa —murmuró arrastrando las palabras—. Cuando me miras así… sé que… la he cagado.

Me envaré al temer lo que pudiera decir.

—Rodrigo, es mejor que…

—Le tiré de la trenza a una enfermera —me interrumpió y soltó una risa bobalicona. Estiró la mano hacia mi cara, pero esta cayó antes de llegar a tocarme—. Creí que eras tú, encima de mí. Pero no eras tú, ella no tenía tu cu…

—Shh. —Llevé dos dedos a sus labios para pedirle silencio—. Calla o dirás cosas de las que te arrepentirás.

—Vale. —Sonrió como un niño inocente, cerró los ojos y suspiró —. Ahora sí que estoy en el cielo.

Sentí un pinchazo en el pecho y me alegré de haber llegado antes que Salcedo.

—Será mejor que duermas un poco.

Cerró los ojos, y yo lo imité, con el corazón acelerado. Esperé a que la respiración de Rodrigo se ralentizara y, cuando deduje que se había dormido, me solté y le acomodé la sábana con cuidado.

Al darme la vuelta, agradecí que Manuel observara la televisión sin prestarnos atención, aunque fue el único. Felisa me miraba emocionada, y Nora sonreía mientras fingía estar tecleando en el teléfono.

—Creo que me iré a casa y volveré más tarde.

La mujer asintió.

—A ti también te vendrá bien descansar, hija.

«Hija».

No fui consciente en ese momento de lo mucho que significó que Felisa me llamara así. Ni de que la decisión de marcharme, que creí breve y casi rutinaria, iba a convertirse en algo más.

Me fui convencida de que volvería en unas horas, de que solo necesitaba tomar aire y ordenar la mente después de ver con mis propios ojos que Rodrigo estaba fuera de peligro.

El único detalle que desconocía entonces era que no sería tan fácil volver. No solo porque una mezcla de circunstancias me impondría distancia, sino porque —como me dijo mi hermana— hay cosas de las que no podemos escondernos eternamente.

Y fue entonces cuando la culpa, seguida de otros muchos sentimientos, salieron a mi encuentro.

24 – Señor

Código del veterano 12.4.: El uniforme solo oculta lo que escondes dentro.

RODRIGO

Me senté despacio en la cama y esperé unos segundos. Cuando deduje que no me había delatado, apoyé una mano en la mesilla, la otra en el colchón y…

—¡Papá!

Me detuve y puse los ojos en blanco.

—¿Qué, Nora? —me quejé.

Ella se acercó a los pies de la cama, con las manos en jarras y esa mirada avispada que siempre me había encantado. Hasta ese momento.

—No puedes hacer esfuerzos —recitó una vez más—. Y estás poniendo *esa* cara.

—¿Qué cara? —refunfuñé.

—La de un señor que va a hacer justo lo contrario a lo que le han dicho los médicos y no se va a quedar acostado. Ya te lo dijimos ayer la abuela y yo, y antes de ayer cuando llegamos a casa. Pídenos lo que necesites.

Giré la cabeza lo justo para fulminarla con la mirada.

—¿«Señor»? —La muy bruja aguantó una sonrisa—. ¿En serio me acabas de llamar «señor»?

—Bueno, un chaval no eres —contestó con ese tono de sabelotodo igualito al de mi madre.

—Tengo treinta y cuatro años. —Ella alzó ambas cejas—. Te tuve con veinte. —Parpadeó a la espera de algo más contundente—. Soy el padre más joven de tu grupo de amigas.

Tampoco surtió efecto, pues se encogió de hombros. Bufé y la di por imposible.

Apoyé de nuevo las manos y, sin darle tiempo a reaccionar, me impulsé para ponerme en pie.

El tirón en el costado izquierdo me arrancó un gruñido de dolor y me hizo fruncir el ceño.

—Joder.

—¡Papá! —Nora se acercó y me rodeó la cintura con un brazo para servirme de apoyo. Odiaba sentirme tan inútil—. ¿Quieres que llame a la abuela y le diga que venga otra vez?

—No, por Dios. Déjala en su casa, que estará muy tranquila. —Mi hija soltó una risita—. Ayúdame a llegar al baño, anda.

Me acompañó a una velocidad ridícula y, en cuanto crucé el umbral, cerré la puerta y la dejé fuera.

—Ten cuidado. —Me llegó su voz desde el otro lado.

Negué, suspiré y me apoyé sobre el lavabo.

Desde que me dieron el alta un par de días atrás, aquello había sido una cadena de humillaciones: «No te levantes solo», «déjame que te peine como un hombre decente», «no tosas tan fuerte que vas a hacer que se te salten los puntos», «voy a hacerte la manicura, que tienes las uñas muy castigadas…».

No me dejaban ni respirar tranquilo.

Y encima de todo tenía que dar las gracias, pues por algún tipo de milagro cósmico, después de la quinta vez que les insistí en que me quedaría en mi propia casa y no en la de mis padres, las dos claudicaron.

Aunque ese consuelo era un jodido espejismo.

Porque sí, era mi casa, mi sofá, mi tele, mi cama y mi vida. Aun así, llevaba dos días y medio sintiendo que me habían encerrado en un centro de rehabilitación dirigido por dos enfermeras que querían heredar el negocio y que hablaban de mí como si yo no estuviera delante.

Dos días y medio, y ya me estaba volviendo loco.

Además, había otra cosa. Una que no se curaba con cirugía ni medicinas.

Ella, mi novata, no había vuelto.

Ni al hospital ni a mi casa. No hubo ningún mensaje ni una llamada. Nada. Y yo me repetía que era normal, que no teníamos

nada y que era lo lógico después de cómo se había torcido todo entre nosotros.

Pero me despertaba envuelto en sudor y con su imagen en la cabeza. Con su cara y su voz antes de que todo se fundiera a negro en aquella maldita gasolinera.

Me incorporé despacio y me miré al espejo.

Tenía una pinta horrible. La piel pálida, las ojeras marcadas y el pelo levantado por detrás y aplastado por delante. Todo un cuadro.

No llevaba camiseta, no porque me hubiera dado por la exhibición o por el calor, sino porque cualquier roce en la herida me ponía de mala leche. Me quité el apósito y palpé la piel de alrededor de la herida; estaba algo inflamada y con ese color característico entre rojo y morado.

Se me fue la vista a la línea brillante de grapas. Pasé los dedos por encima, sin apretar, solo para aliviar la picazón, y bajé la mirada un poco más. Repasé los moratones dispersos en la barriga, pequeños círculos violáceos de diferentes intensidades de la puñetera heparina.

Inspiré hondo, pero tuve que cortar el movimiento en seco cuando me tironeó la herida.

Resonaron un par de golpecitos en la puerta.

—¿Estás bien?

Solté un lamento silencioso.

—Sí —mentí.

—Se te ha pasado la hora del analgésico.

—No me duele.

—Papá…

Cerré los ojos y conté hasta tres para no pegarle una voz. Ella no tenía la culpa de nada, bastante hacía ya al aguantar a un «señor» frustrado y un poco inútil, como para encima llevarse una bronca.

—Nora, por favor, ¿puedo mear tranquilo, cariño?

No me moví mientras ella se mantuvo en silencio. ¿Había sido demasiado brusco?

—Vale, papá. Iré a preparar el desayuno.

—Gracias, cielo.

Al escuchar sus pasos alejándose, abrí el grifo y me mojé la cara. El agua fría me sentó bien. Con un poco de suerte, el día pasaría rápido y podría tachar otro más en esa cuenta atrás absurda en la que se había convertido mi recuperación.

Lo demás ya lo iría gestionando cuando no me sintiera tan patético.

De haber sabido que en casa iba a estar más vigilado que en el hospital, no habría insistido tanto para que me dieran el alta.

Me comí la tostada, la fruta y el yogur sin rechistar, y me levanté al acabar de desayunar. El tirón me hizo apretar los dientes, pero antes de poder dar dos pasos me sonó una notificación en el teléfono.

Lo miré con una esperanza tan ridícula como automática que se desvaneció en cuanto vi que se trataba de publicidad.

Solté el aire de forma sonora y levanté la cabeza. Nora estaba apoyada en la encimera, con los brazos cruzados y esa expresión que solía poner cuando tramaba algo.

—¿Qué? —pregunté con sospecha.

—Nada —respondió demasiado inocente—. ¿Es que esperas una llamada?

—No.

—¿Y un mensaje?

—No —gruñí esa vez.

—Estás enfadado —afirmó.

Reí sin humor.

—Estoy recién operado, lleno de grapas y sin poder hacer nada solo —recité—. ¿Cómo quieres que esté?

Negó.

—No se trata solo de eso.

—Ah, ¿no?

Movió de nuevo la cabeza.

—Estás molesto porque Fabiola no te contesta.

El aire se me quedó atrapado en el pecho.

—¿Cómo…? —La miré suspicaz—. ¿Has leído mis conversaciones?

—Sí. —Se encogió de hombros—. No tengo la culpa de que lo dejes desbloqueado todo el tiempo. Además, cuando hablamos de

ella no te quejas ni gruñes, y eso es raro.

Me senté de nuevo en la silla, cansado de repente.

—Si no fuera porque tu abuela no ha dejado de repetir que Remo apenas salía del hospital cuando estuve inconsciente, creería que haberla visto el día que me subieron a planta fue producto de mi imaginación —admití.

—Papá…

—No ha dado señales de vida. —Apreté la mandíbula—. Ninguna.

Mi hija se acercó y se sentó a mi lado.

—En realidad, eso no es técnicamente cierto.

La miré de golpe.

—¿Qué?

—Nos escribe cada día —murmuró—. A la abuela y a mí. Nos pregunta cómo estás, si estás durmiendo bien, si te duele mucho, si estás de mal humor… Bueno, esto último ya lo da por hecho, la verdad.

Cerré los ojos y me pasé la mano por la cara.

—¿Y por qué no me ha escrito a mí?

Nora se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Tampoco ha venido —insistí.

—No está en Costa Serena —aclaró—. Se tuvo que marchar por una emergencia familiar.

Solté una risa amarga y el dolor en el costado volvió a hacerse notar, aunque esa vez no fue solo físico.

—Qué oportuno.

—Papá, le importas —la defendió.

Tragué saliva.

—Pues no lo parece.

—Sí que lo parece, pero no como tú esperas —insistió y me agarró una mano—. Estás molesto porque se fuera sin decirte nada, y es normal. Pero no todo el mundo actúa igual cuando las cosas se ponen difíciles.

Miré nuestras manos unidas y luego la observé a ella. Me dedicó una sonrisa y se inclinó hacia mí.

—Eres muy lista para tener catorce años —le dije cuando apoyó la cabeza en mi hombro con cuidado.

—Lo sé.

Suspiré despacio y disfruté unos segundos del silencio.

—¿Te ha dicho algo más? —susurré y supe que mi hija sonreía.

—Que no te dejase hacerte el fuerte. Que descanses. Y que… —dudó.

Se me aceleró el corazón.

—¿Qué?

—Que regresará mañana —añadió entonces—. Su familia le va a celebrar una fiesta sorpresa de cumpleaños.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Ella se separó y enderezó la espalda con una expresión satisfecha.

—Porque me lo ha contado ella. Se supone que no debe saberlo, pero escuchó a su hermana hablar por teléfono con su madre y… también es una mujer lista.

No pude evitar sonreír, aunque el momento de intimidad padre e hija se rompió cuando la sucesión de timbrazos que solía utilizar mi madre resonó en la estancia.

Qué bien, la generala Felisa había decidido romper su rutina de limpieza mañanera y adelantaba el pase de lista.

—Tu abuela se ha debido de olvidar las llaves —deduje y me puse en pie—. Me voy a la cama.

Aceleré el paso mientras Nora se acercaba a la entrada, porque no estaba dispuesto a aguantar la charla de mi madre si me veía deambulando por la casa y mucho menos en aquel momento en el que tenía el pecho revuelto y la cabeza hecha un lío.

—Papá —me llamó antes de llegar al pasillo. Me detuve y me giré —. No te castigues esta vez, por favor.

No contesté. Me limité a inspirar hondo en señal de rendición y seguí avanzando hacia el dormitorio justo cuando la puerta de entrada se abría y la voz de mi madre llenaba la casa.

—¿Cómo está hoy el héroe de la familia?

Gruñí y cerré tras de mí. Me tumbé en la cama y fijé la vista en el techo.

«Mañana. Fabiola vuelve mañana», me dije.

Y por primera vez desde que me dieron el alta en el hospital encontré un motivo de peso para empezar a planear cómo salir de aquella casa sin que mis dos generalas me ataran a la cama.

25 – Y volar…

Reglamento 13.5.: El agente deberá mantener la calma ante cualquier situación de riesgo.

FABIOLA

Regresar a Costa Serena fue como volver a respirar tras un tiempo sin hacerlo y descubrir que el aire también podía doler.

Había pasado cinco días en Barcelona por una situación que me salvó y me delató a la vez. Mi hermana Emma nos había sorprendido con una noticia agridulce: había tenido un sangrado estando allí con la familia de Jaime y, al acudir al hospital, descubrieron que estaba embarazada de su segundo bebé.

No corría peligro si se lo tomaba con calma, pero el susto fue suficiente como para dejarnos a todos con el corazón en la garganta.

Los demás no podían dejar sus trabajos sin previo aviso, y Emma se encargó de repetir que tampoco hacía falta montar un drama. Yo, en cambio, tenía esa semana de descanso. Y eso lo precipitó todo.

Cogí una mochila, miré horarios y, en cuestión de horas, estaba subiendo a un avión.

Me repetí que iba por Emma. Para cuidarla, estar a su lado y servirle de ayuda con Beca. Y era verdad, pero también lo era que poner más de setecientos kilómetros de por medio me resultó demasiado tentador.

Alejarme de Costa Serena —y de Rodrigo; de su sangre, de su mano soltándose de la mía, de su cuerpo cayendo al suelo y de la incertidumbre que me había ahogado en el hospital— fue un alivio que no me atreví a reconocer en voz alta.

Aunque pronto entendí que solo había sido un espejismo.

Porque estar allí no me ayudó a despejarlo de mi mente, sino todo lo contrario. Ver cómo Jaime no se separó ni un segundo del

lado de su mujer, sentir el amor que los envolvía, incluso el miedo, me hizo pensar aún más en Rodrigo.

En lo fácil que es querer cuando alguien se queda.

Y en lo difícil que es seguir fingiendo que no sientes nada cuando todo dentro de ti ya ha decidido desbordarse.

Había intentado racionalizar mis sentimientos de mil maneras, pero ninguna funcionó. No hubo distancia suficiente ni excusa válida ni silencio capaz de apagarlo.

Estaba enamorada de Rodrigo.

Y decirlo —aunque solo fuera para mí— no me dio vértigo. Me dio claridad y la certeza de que no quería perderlo por miedo, ni desaparecer para protegerme o retrasar lo inevitable.

Tenía que hablar con él. Mirarlo a los ojos y decirle la verdad, aunque doliera. Aunque no supiera cómo iba a terminar.

Y fue catártico el hecho de que no me diese miedo admitirlo y decidir luchar por lo que sentía. Por lo que quería.

Por suerte, tras una última visita al ginecólogo y el visto bueno definitivo, Emma pudo volar.

Y volvimos. A Costa Serena, y a aquella fiesta sorpresa en forma de barbacoa.

La casa de mis padres estaba llena, para no variar. Y yo necesité unos minutos más antes de salir de mi habitación y bajar las escaleras.

No porque quisiera cambiarme de ropa ni porque necesitara retocarme el maquillaje, como les había ido diciendo cuando subieron a buscarme, sino porque necesitaba un rato más a solas.

Para mí.

Por mí.

Para que nadie adivinase que me moría de ganas de salir de allí e ir a buscar a Rodrigo.

Me apoyé en el borde de la cama y respiré hondo.

La incomodidad en el pecho no se me iba, una sensación parecida a cuando tienes una herida que ya no sangra, pero que todavía escuece si la rozas.

Y yo sabía que no se cerraría sola; necesitaba que alguien la tocase, aunque doliera.

Alguien no. Él.

Me levanté y me acerqué a la puerta.

—No pasa nada —me dije en voz baja antes de abrir—. Un rato más y podrás ir a verlo.

Llegué a la planta baja cuando la celebración estaba en su máximo apogeo. Los niños corrían descalzos por el jardín, los platos iban y venían y la música sonaba de fondo, aunque nadie le prestaba atención, pues el volumen de las voces la había derrotado hacía rato.

Durante un tiempo los platos se fueron vaciando y las conversaciones se sucedieron, aunque no presté atención del todo. Estaba removiendo la ensalada cuando mi hermana Diana me dio un toque con el pie en el muslo.

—Fabs —murmuró—. Tienes visita.

La miré confundida, y ella señaló con la cabeza al lateral de la casa.

Mi corazón se saltó un par de latidos cuando lo vi.

Rodrigo estaba allí. De pie, junto a Nora.

—¿Quién es? —preguntó mi primo Aliel.

—El compañero de Fabiola —murmuró Alana en una explicación que no abarcaba ni por asomo todo lo que él era para mí.

Me levanté despacio y las conversaciones bajaron de volumen. No se detuvieron, pero sí se apagaron lo suficiente como para que notara que éramos el centro de atención.

Sentí las miradas de casi todos siguiendo mis movimientos mientras rodeaba la mesa.

Nora me localizó cuando avancé hacia ellos. Sus ojos se iluminaron y me dedicó una sonrisa abierta que traté de corresponder. Rodrigo ya me estaba observando cuando desvié la vista hacia él.

—Hola —los saludé y me detuve frente a ellos.

Ella murmuró un saludo mientras Rodrigo y yo nos quedamos callados sin romper el contacto visual.

Tenía peor color que de costumbre, la barba más larga y el pelo un poco despeinado. Vestía sencillo, como siempre. Y estaba guapo, mucho, pese al rastro de dolor en su cara.

Sin embargo, noté un matiz nuevo, un destello de vulnerabilidad que lo hacía peligrosamente atractivo.

Nora carraspeó.

—Bueno…, pues… —comentó incómoda y giró la cabeza hacia mi sobrino Kay, que pasaba por nuestro lado con un trozo de pan en la mano—. Mira, un completo desconocido con el que me apetece mucho charlar… ¡Hola! ¿Qué tal?

Kay la miró sorprendido cuando esta lo agarró del brazo y lo instó a seguir caminando.

Al fijarme de nuevo en Rodrigo me di cuenta de que él no había dejado de mirarme. Sus ojos estaban clavados en los míos y me bastó verlo para que la presión en el pecho se disipara.

—Hola —dijo.

No supe de dónde sacar las palabras.

—Estás… —empecé.

—Hecho polvo —terminó por mí—. Ya lo sé.

Un amago de sonrisa trató de abrirse camino en mi boca, pero lo contuve.

—¿Cómo te encuentras?

—Pica y tira como el demonio —admitió y, tras inspirar hondo, preguntó—: ¿Podemos hablar?

Asentí y le pedí que me acompañase. Nos apartamos unos metros, lo suficiente para tener cierta intimidad, aunque por desgracia seguíamos estando a la vista.

—¿Quieres sentarte? —Lo miré preocupada cuando se tocó el costado.

—No, tranquila. Es la camiseta, que me molesta.

—Aún no estás recuperado.

—Estoy bien —mintió—. O no. En realidad, no.

—¿Te duele mucho?

—Mucho. —Se llevó la mano al pecho, demasiado arriba para señalar la herida—. Pero aquí… Y se me da de pena soportar este dolor.

—Rodrigo…

—¿Por qué no volviste?

Supe que había llegado la hora de ser honesta.

—Siento lo que ocurrió en el operativo.

—No he sacado el tema para que me pidas perdón —me contradijo—. No tienes que hacerlo.

—Sí —insistí—. Te apuñalaron por mi culpa, porque me salté el protocolo. Y lo siento. Siento todo lo que pasó.

Él negó con una sonrisa.

—Volvería a hacer exactamente lo mismo, Fabiola —me contestó con calma—. Sin dudarlo.

—No digas eso.

—Es la verdad —zanjó, me agarró de la mano y tiró con suavidad de mí para que dejase de rascarme la muñeca.

—Rodrigo, no… No solo quiero pedirte perdón por lo del operativo. También te debo una disculpa por lo que pasó en mi casa. —Miré nuestras manos unidas—. Debí haberlo hecho antes, pero dejé que interfiriese en el servicio y…

—Soy yo el que tiene que disculparse.

La frente se me arrugó cuando lo estudié, confundida.

—No. Fui yo la que insistió… —Giré el cuello en dirección contraria un momento y negué—. De verdad, me siento tan ridícula desde entonces.

—¿Ridícula? —repitió, incrédulo—. ¿Por querer estar conmigo?

—Por tener que rogarlo —respondí sin rodeos—. Te obligué a que reaccionaras. Y tú hiciste cosas que, claramente, no te nacían.

Mis palabras parecieron escocerle más que la herida del cuchillo.

—¿Qué? —dijo al fin—. Fue justo al revés. ¿De verdad piensas que no quería estar allí contigo?

—Fue obvio.

Se pasó la mano por la barba y cerró los ojos en busca de las palabras adecuadas. Cuando los abrió, yo lo observaba expectante.

—Fabiola, no me comporté así porque no quisiera estar contigo. Me contuve porque no quería joderlo todo.

—Eso no tiene sentido.

Me agarró ambas manos y se acercó a mí.

—Mira, yo no suelo… implicarme así con las mujeres. Nunca he sabido hacerlo de otra manera que no fuera utilizando el sexo como escudo.

—¿Y Rocío? —le recordé a la madre de Nora.

—Teníamos diecinueve años, y yo estaba muy perdido. La dejé embarazada sin querer, después de discutir porque me había enrollado con una de sus amigas tras una pelea.

—Rodrigo…

—Lo sé. —Asintió—. He hecho muchas cosas mal en la vida, Fabiola. Muchas. Y cada día trato de ser mejor persona; mejor hijo, mejor padre y mejor hombre. Pero siempre he ido a lo fácil, a lo rápido, a lo que no me hacía pensar ni sentir.

—Y yo te obligué a hacer lo contrario.

Rio sin ganas.

—Tú me haces sentir desde que apareciste en la comisaría el cinco de mayo, montada en tu moto, con tu trenza y esa cara de no haber roto un plato en tu vida —me dijo abriéndose en canal—. Y desde entonces esos sentimientos no han hecho más que crecer.

—Creí que me odiabas al principio.

—Eso creí yo también. Hasta que entendí que lo que sentía era otra cosa —reconoció—. Si alguien tiene que pedir perdón hoy soy yo. Por hacerte sentir insegura y obligarte a rogarme, cuando en realidad lo único que intentaba era no asustarte.

—¿Asustarme? No me das miedo, Rodrigo.

—Estoy podrido por dentro y no quiero contagiarte.

A nuestro alrededor el mundo seguía sonando, pero para mí todo se redujo a él y a su voz.

—No estás podrido —dije al fin—. Solo temes verte y no gustarte. Y lo sé porque yo me he sentido así toda mi vida en muchos momentos. Pero contigo me siento capaz de ser valiente.

Apretó los labios, y yo sentí el corazón desbocado.

—Cuando me clavaron el cuchillo pensé que me moría —recordó e inspiré con fuerza—. Y no solo de manera literal. Me mató creer que no iba a poder decirte nada de lo que sentía.

—¿Qué sientes? —susurré—. ¿Qué sientes de verdad, Rodrigo?

Dio un paso más hacia mí hasta quedar muy cerca.

—Que eres como una brújula para mí, novata —soltó y espiró fuerte en una especie de risa inesperada—. Una enorme y preciosa, con flechas y luces de neón, hecha a mi medida para que no me

pierda. Y no puedo dejarte escapar. No quiero pasar otro día más sin ti.

La palabra se me quedó enganchada dentro.

«Brújula».

Pensé en todas las veces que yo misma había estado perdida y en lo extraño que era sentir que podía ser dirección para alguien sin desviar mi camino.

Giré el cuello y perdí la vista un momento en mi familia. Todos habían retomado la normalidad, charlaban, reían y comían. Me había pasado media vida creando un círculo de espacio a mi alrededor para poder huir si algo se volvía demasiado intenso o doloroso.

Aquella gente era mi red, los que me defendían, aconsejaban y cuidaban siempre, aunque yo me distanciara.

Y supe que, si ellos no se habían rendido conmigo, yo podía hacer lo mismo con el hombre del que me había enamorado sin pretenderlo.

Crucé una mirada con Carolina, que me sonrió con esa mezcla de orgullo y advertencia que solo ejercen las hermanas mayores cuando saben que estás a punto de cruzar una línea importante.

Inspiré hondo antes de volverme hacia Rodrigo.

Su postura era tensa, se le notaba en el pecho amplio, que subía y bajaba con dificultad. En los hombros. En la expresión…

No estaba frente a un hombre que venía a salvarme ni a prometerme imposibles. Estaba frente a alguien que, por primera vez, se quedaba quieto para dejarme decidir, pese a estar muerto de miedo.

Que no me empujaba, que no exigía. Y que había tratado de contener en un armario todos sus monstruos para que no me aterrorizaran, sin ser consciente de que lo que yo quería era luchar con él para vencerlos a todos, los suyos y los míos.

Pese a todas nuestras diferencias, me vi reflejada en él con una claridad que me asustó. Mis miedos, mis ganas, mi forma torpe de existir sin pretender ocupar demasiado espacio.

Y sentí que podía hacerlo. Que esa vez sería capaz de elegir sin esconderme, de priorizarme. Y él esperó, con el vértigo impregnado en los ojos y la determinación en la piel.

Fue entonces cuando supe que estaba preparada, pese al miedo.

—Intentémoslo. Pero prométeme que…

—No la voy a cagar.

—No quiero que me prometas algo que no sabes si vas a cumplir o no, Rodrigo —dije—. Quiero que me prometas que, si ocurre, no te irás y lo trataremos de solucionar juntos. Estoy dispuesta a intentarlo si tú también lo estás.

Le brillaron los ojos.

—No me iré —afirmó.

—Eso… —susurré—. Eso es todo lo que necesitaba saber.

Me rodeó la cintura con cuidado y apoyó la frente sobre la mía.

—¿Eso quiere decir que tú y yo…?

No lo dejé terminar.

Mi respuesta fue unir nuestros labios en un beso que me hizo llorar y reír al mismo tiempo. Él gruñó y me pegó más a su pecho, y yo noté cómo el murmullo del jardín se acallaba, como una ola que retrocede antes de romper.

Casi de inmediato nos llegaron unos tímidos aplausos y algún que otro silbido, que fueron en aumento conforme Rodrigo profundizó el beso.

Me separé lo justo para observarlo. Él se me quedó mirando la boca con una sonrisa medio torcida y murmuró:

—Creo que te acaban de pillar con el chico malo.

—Que se acostumbren —respondí y sonreí sobre sus labios.

Le rodeé el cuello con los brazos y lo besé de nuevo, esta vez sin contenerme. Rodrigo respondió al instante, pero se quejó entre dientes cuando me pegué demasiado a él.

—Perdón —murmuré—. Me he emocionado de más.

—No pasa nada. —Sonrió y me acarició el mentón—. Me gusta que te dejes llevar.

Suspiré, me separé un poco y lo miré. Le tendí la mano, y él no dudó en agarrarla. Entrelacé mis dedos con los suyos y le hice un gesto invitándole a entrar.

Asintió justo antes de echarnos a andar. Y caminé con él a mi lado, hacia mi lugar seguro, con la cabeza bien alta y una sonrisa que no intenté contener.

Y, mientras lo presentaba a mi familia y esta le daba dos besos o estrechaba su mano, supe que, pasara lo que pasara después, había elegido el camino correcto.

Las conversaciones se reanudaron, los niños volvieron a correr y la música siguió sonando como si nada hubiera cambiado, cuando en realidad todo lo había hecho.

Porque nunca más me escondería, ni me sentiría débil o menos que los demás, y alzaría la voz cuando supiera que era lo justo.

Nunca más dejaría que el miedo decidiera por mí, porque Rodrigo, con las alas magulladas y temor a las alturas, me había enseñado a volar.

Epílogo I

Código final del veterano: Dejar de huir es la mayor decisión táctica que un agente deberá tomar en su vida.

RODRIGO

Levanté la cabeza del libro que estaba leyendo y agudicé el oído. La risa de Nora y los cuchicheos me indicaron que estaban bajando las escaleras.

Me giré en el sofá y esperé. La primera a la que vi aparecer fue a Fabiola, con el pelo recogido en una coleta algo despeinada y descalza. Iba vestida con un pantaloncito pequeño de algodón y una camiseta corta que, para mi deleite, dejaba a la vista bastante piel.

Tras ella, bajaron trotando Nora y su amiga Berta. Ambas iban mucho más arregladas que mi chica, incluso daba la impresión de que se habían maquillado un poco y todo.

—¿A dónde vais? —les pregunté.

Mi hija se detuvo en seco. Miró a Fabiola, luego a mí y de nuevo a ella. Se sonrieron, y yo empecé a sospechar.

—Hemos quedado —dijo Nora.

Miré el reloj de la muñeca y fruncí el ceño cuando vi que era prácticamente la hora de comer.

—¿A estas horas?

—*Sip*.

—¿Con quién? —pregunté receloso.

—Con…

—… gente —terminó Berta por ella.

—Eso no es una respuesta —me quejé.

Fabiola caminó hacia el salón y me hizo un gesto con la cabeza que fingí no entender.

—Papá —suspiró Nora—, por favor.

Las cejas casi me chocaron con el nacimiento del pelo.

—¿Qué? Solo quiero saber que estarás bien.

—Tranquilo, Rodrigo —intervino Fabiola—. Lo estará.

Me giré hacia ella. Estaba claro que tenía información que yo desconocía, y no me molestó en absoluto. Me gustaba que mi hija confiara en ella.

—Ah, ¿sí?

—Ajá —respondió escueta, y yo me quedé mirándola un segundo de más mientras se alejaba hacia la cocina.

Mi hija aprovechó el momento de distracción para acercarse y besarme la mejilla.

—Te quiero, papá. No llegaré tarde —dijo de carrerilla—. ¡Gracias, Fabi! Eres la mejor.

—¡Pasadlo bien! —le respondió ella.

Y las dos adolescentes salieron por la puerta antes de que pudiera reaccionar.

Me quedé inmóvil un momento, procesando el portazo amortiguado. Unos meses atrás habría reaccionado distinto. Más tenso, más rígido. Más convencido de que el mundo era un sitio peligroso del que tenía que proteger a los míos a base de golpes si hacía falta.

Unos meses atrás… Antes de Fabiola. Y antes de casi perderlos a todos y a mí mismo.

La historia había cambiado ligeramente. Seguía teniendo miedo, pero también la certeza de que no todo dependía de mí. Aunque eso, para alguien como yo, seguía siendo difícil de procesar en según qué circunstancias.

—¿Qué acaba de pasar? —le pregunté a mi chica cuando regresó al salón.

Le dio un sorbo a su lata de refresco y me tendió otra con toda la tranquilidad del mundo.

—Van a ir a comer y luego al cine.

—¿Las dos solas?

—Con un par de chicos.

Cerré los ojos.

—Dime que es una broma.

—¿Me estás pidiendo que te mienta, Santos? —Sentí la diversión en su voz.

—Remo…

—Es un buen chico. Y va con Berta y otro amigo más.

—Dos parejitas, estupendo.

Escuché cómo contuvo una risa.

—No te conviene hacer eso.

—¿El qué?

—Sobreprotegerla —aclaró—. Es una adolescente estupenda, responsable y muy centrada, y esta es su última semana antes de que empiece de nuevo el instituto. No hay nada de malo en que salga un poco, lleva todo el verano sin despegarse de ti, cuidándote. Confía en ella.

—Lo hago —le confirmé sin sentirme más tranquilo—. No es de ella de quien desconfío, sino de los demás. Sobre todo de ellos. A esas edades no pensamos con la cabeza correcta, y como le ponga un dedo encima voy a…

Las palabras murieron en mi garganta cuando se incorporó y tomó asiento de nuevo, solo que esa vez sobre mis piernas.

—Yo respondo por él —aseguró.

Parpadeé, cegado momentáneamente por la visión de sus tetas demasiado cerca de mi cara. Abrí las manos a cada lado de su estrecha cintura.

—¿Tú?

—Sí, yo —susurró y se acercó hasta que su boca quedó a escasos centímetros de la mía—. ¿Te fías de mí?

Gruñí cuando hizo un movimiento de cadera al que mi cuerpo respondió sin dudar.

—¿Estás coaccionándome con tu delicioso cuerpo para que no me enfade?

—Puede. —Tuvo el descaro de sonreír y besarme la comisura del labio—. Pero, de verdad, no tienes de qué preocuparte. Es un chico respetuoso y educado.

Detuve el movimiento de mis manos en su espalda y me retiré para mirarla cuando procesé las connotaciones de sus palabras.

—¿Lo conoces? —Asintió—. ¿Y yo? —Volvió a asentir—. ¿Quién es?

Ella comenzó a besarme el cuello y a soltar información conforme se movía por mi piel.

—Catorce años, original de Ghana, África, pero adoptado con dos. Desde entonces vive en Costa Serena. Es respetuoso, maduro y responsable en exceso —recitó como si se tratase de una ficha policial.

—¿Es…?

—Mi sobrino Kay. Sí.

Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y cerré los ojos.

—Caso cerrado: se confirma que los Remo sois irresistibles para los Santos.

Soltó una carcajada y me besó, aunque se separó antes de que quedase mínimamente saciado de ella cuando sonó el timbre.

—La comida. —Se incorporó, y yo solté un lamento a la vez que observaba mi triste y poco comprendida erección—. Iré yo. No queremos que te detengan por escándalo público estando de baja.

Puse los ojos en blanco.

—Muy graciosa.

Volvió al cabo de un par de minutos con la bolsa de comida. Y seguí en la misma posición mientras ella colocaba los envases sobre la mesa.

—No me mires con esa cara —me advirtió al pasar por mi lado. La intercepté y la atraje hacia mi regazo—. Rodrigo, entro dentro de una hora a trabajar y aún tengo que comer y ducharme.

—Puedo llamar a Salcedo y decirle que estás enferma.

Me rodeó el cuello con los brazos y me besó la sien.

—Ni de broma —se negó—. Pereira y yo tenemos la reunión con el equipo directivo del colegio. Por cierto, voy a ver a cierta jefa de estudios madurita con debilidad por los agentes de la autoridad morenos, guapos y peligrosos. ¿Quieres que le mande recuerdos?

La miré y elevé una ceja. A la muy bruja se le estaba pegando la maldad de las mujeres de mi familia.

—Claro, ¿por qué no? —le seguí el juego—. Dile que me lo he pensado mejor y que al final sí quiero quedar con ella para… charlar.

—¿Pretendes que me ponga celosa?

—Puede —utilicé su palabra favorita. Ella coló una mano bajo mi camiseta y el ronroneo que me nació en la garganta se convirtió en un gruñido cuando me apretó de más uno de los pezones—. ¿Buscas pelea, Remo?

El cuerpo me respondió al instante, demasiado rápido e intenso para alguien que no estaba entero del todo. A ella se le suavizó la mirada cuando leyó en mi cara algo más que deseo.

—Aún tenemos que tomárnoslo con calma —me recordó.

Resoplé.

No porque no tuviera razón, sino porque mi cuerpo aún no había aprendido a ir al mismo ritmo que mi cabeza. Aceptar los tiempos nunca fue mi fuerte.

Pero siempre surgía algún detalle que me recordaba que no estaba recuperado del todo. Que el alta médica aún estaba lejos y todavía quedaban meses por delante —muchos— antes de poder regresar al trabajo, a la calle, al uniforme que siempre había sido mi vía de escape.

Meses atrás, la idea de una baja tan larga me habría vuelto loco. Habría sentido que me arrancaban lo único que sabía hacer bien. Sin embargo, después de todo lo que había vivido, ya no era así.

Sí, seguía siendo incómodo y frustrante por momentos, pero también era un recordatorio de que había sobrevivido. A un cuchillo, a la sala de urgencias, a un accidente que pudo ser fatal.

Y, contra todo pronóstico, también estaba sobreviviendo a esa nueva versión de mí mismo que se quedaba quieto, aceptaba ayuda y tenía tiempo libre.

Tiempo para hacer cosas que antes nunca me permitía. Como elegir un sofá que no gritara que era un padre soltero disfuncional, discutir si una pared necesitaba un color verde salvia o un gris topo —fueran cuales fuesen esos tonos que solo el sector femenino de la población reconocía—, montar estanterías torcidas que acabábamos celebrando igual y llenar la casa de pequeños detalles que la hacían más acogedora, más nuestra. De los tres.

Bajé la vista a mi pecho, donde Fabiola había levantado mi camiseta y besaba la cicatriz ya cerrada.

—Lo sé —dije al fin—. Sé que no hay que correr. Aunque cuando estás encima de mí me cuesta la vida recordar por qué.

Le hundí los dedos en el trasero.

—Sé bueno…

—En cuanto esté lo bastante recuperado —murmuré rozándole la piel con la barbilla—, quiero que hagamos algo que no se me va de la cabeza.

—¿Una fantasía, Santos?

—Depende. —Sonreí de medio lado—. Te incluye a ti, a mí y a tu moto.

Se le escapó una risotada.

—Eres incorregible.

—Aunque… de momento me vale con tenerte encima de mí. Todo el día. A todas horas. Y, si puede ser, sin que nadie nos interrumpa. —La garganta me vibró cuando me lamió un pezón.

—Cualquiera diría que esta se ha convertido en tu postura favorita.

Le elevé la cabeza para mirarla a los ojos.

—Lo es —admití en voz baja—. No quiero perderme ni una sola de tus expresiones.

Y supe que entendió todo lo que esa explicación significaba. Todas las veces que, en el pasado, había evitado tener de frente a las mujeres con las que me acostaba. Las primeras veces que lo hice con ella, hasta que me sentí capaz de abrir los ojos en todos los sentidos.

Sonrió despacio, como si no lo hubiera analizado del todo hasta ese momento. Se irguió, me agarró la cara con ambas manos y me besó con una calma deliciosa.

—Estoy muy orgullosa de ti —murmuró contra mis labios.

—¿Por ser un chico bueno? —bromeé.

Apoyó la frente en la mía y negó con una risa suave.

—Por quedarte —respondió, y esa frase me atravesó más hondo que cualquier aguja—. Por aprender a vivir sin el uniforme puesto todo el tiempo. Y por dejarte cuidar y cuidarnos a nosotras en el camino sin anteponernos.

Un nudo enorme en la garganta me impidió tragar y respiré hondo.

—Te quiero —reconocí por primera vez en voz alta.

La frase no me pesó tanto como había imaginado. No me quitó fuerza ni me sentí expuesto, sino todo lo contrario.

No me pasó desapercibido cómo se le abrieron los ojos y la espalda se le envaró unos segundos. Un momento después, se abrazó a mí y hundió la cara en el hueco de mi cuello.

—Yo también te quiero, Rodrigo.

La rodeé con los brazos y la apreté contra mí, solo para dejarle claro que no pensaba moverme de allí.

Ni por todas las fantasías del mundo.

Epílogo II

Reglamento final: Toda norma aprendida es cuestionable si la variable merece la pena.

FABIOLA

De pequeña aprendí lo que significaba ser distinta. En mi familia, en el colegio, en el mundo…

Quizá para otras personas no habría supuesto lo mismo, pero, para una niña retraída y tímida como yo, ser la única morena en una familia de rubios pálidos, acabar vomitando cada vez que tenía que exponerme o hablar en público y recibir burlas constantes por todo ello fueron motivos suficientes para que me dejase huella.

Durante mucho tiempo creí que era más fácil no destacar, no llamar la atención ni desentonar. Ser la diferente, la que no encajaba del todo, me obligó a protegerme, y por eso siempre mantuve las distancias.

No confié, no dependí.

No me enamoré.

Lo que no supe ver entonces es que estaba renunciando a demasiadas cosas. Tantas que un año después, al mirar atrás, aún me sorprendía que me hubiese atrevido a vivirlas.

Y que me hubiese abierto sin miedo a un hombre como él.

Lo observé, apoyado en la isla de la cocina de mis padres. Rodrigo estaba hablando con mi hermano Bruno y con Gabriel sobre no sé qué historia rocambolesca relacionada con los gemelos, unas chicas y la antigua caravana de mi cuñado Hans. Agarraba una cerveza y tenía una expresión tranquila que todavía me desarmaba a veces.

Ya no gruñía tanto —o al menos no en el mismo contexto— ni se tocaba el costado de forma inconsciente. La cicatriz seguía ahí, claro,

pero hacía unas pocas semanas que había dejado de marcar el ritmo de sus pasos, pues volvía a estar en activo y patrullando con un nuevo compañero. López ya no estaba en Costa Serena; nunca volvió a estarlo.

Me acerqué a él por detrás y le rodeé la cintura con los brazos. Él se giró, sonrió y me besó en la sien.

—¿Todo bien, preciosa?

—Todo bien —respondí feliz.

Bruno me guiñó un ojo, y Gabriel, con su regordete y precioso hijo Líam, de ocho meses, dormido en brazos, me dedicó una sonrisa cómplice antes de retomar la historia. Me quedé apoyada en Rodrigo, escuchándolos hablar y riéndome de las ocurrencias de cada uno, y saboreé esa sensación extraña y bonita de encajar.

Al cabo de unos minutos, mi chico se inclinó hacia mí.

—Tengo que ir a buscar a Nora —me recordó.

Lo abracé un poco más fuerte.

—Vale.

—¿Me acompañas al coche?

Asentí y le di un beso rápido.

No me soltó de la mano cuando caminamos hacia fuera, pero sí lo hizo al llegar a la puerta del conductor. Me acerqué a él, le pasé los brazos por la nuca, y él me agarró de la cintura.

—No tardes —le pedí.

—No lo haré —prometió.

Salvé la poca distancia que nos separaba y lo besé, al principio despacio, y luego, cuando él me correspondió y me agarró de la nuca, con más ímpetu.

—¡Que corra el aire! —canturreó una voz que conocía demasiado bien.

Rodrigo lo ignoró y profundizó aún más el beso. Tardó un poco más en soltarme.

—Tomás —le dijo a mi amigo sin dejar de devorarme con los ojos.

—Fabs, dile a tu novio que, si sigue presumiendo de comida delante del hambriento y pronunciando mi nombre con esa voz, no me hago responsable de lo que pase.

Me sequé los labios y negué divertida. Siempre estaban igual, camuflando entre pullas un afecto que crecía cada día un poco más.

Rodrigo alzó una ceja en su dirección.

—¿Estás amenazándome, enfermero?

—Sí, poli —contestó sin perder la valentía, pese a que Rodrigo le sacaba una cabeza—. Pero prometo no hacerte pupita.

—No me das miedo.

La sonrisa de Tomy se ensanchó.

—Pues deberías estar acojonado —rebatió mi amigo dándole un repaso de arriba abajo—. Tienes suerte de que quiera tanto a Fabs, porque otros, por menos, ya habrían sucumbido a mis encantos.

Puse los ojos en blanco y me acerqué al donjuán de mi amigo.

—Deja de intentar ligarte a mi novio.

Rodrigo escondió un amago de sonrisa y lo señaló con un dedo.

—Cuídamela —le ordenó.

—Sí, señor —respondió Tomy.

Mi chico se montó en el coche y se marchó, y yo me quedé mirando un poco más el final de la calle.

—Recógelos.

—¿El qué? —Giré el cuello en dirección a mi amigo.

—Tus bragas y mis calzoncillos. —Hizo un gesto de placer y terminó con un puchero y mascullando—: Mojigata con suerte.

Se me escapó una carcajada.

—Yo también te quiero.

Caminamos hasta el jardín, donde estaban preparando la larga mesa para la celebración sorpresa del sesenta cumpleaños de mi madre, a la que habían raptado Alana y Carolina con la excusa de ir a la peluquería juntas.

Nos paramos un rato con mi hermana Emma, que estaba sentada un poco más apartada del bullicio mientras le daba el pecho al miembro más reciente de la familia: mi adorable sobrino Biel, de cuatro meses. Cuando se quedó dormido, nos acercamos al porche, donde mis abuelos y mis suegros charlaban sentados en la zona de desayuno.

Felisa cruzó una mirada animada conmigo y luego desvió la vista hacia su marido. La sonrisa se le ensanchó mientras lo escuchaba

hablar.

El diagnóstico de Manuel nos pilló por sorpresa unos meses atrás, ya que todos dábamos por hecho lo que padecía.

No, no era Alzheimer, sino una especie de epilepsia que, con la medicación adecuada, había empezado a remitir. No desaparecería del todo, pero ya no se desorientaba ni tenía tantos despistes. Había días mejores y otros peores, como en casi todo, pero ese era uno de los buenos.

Tomy me dio un codazo suave en el costado.

—¿Quién es? —murmuró señalando con la barbilla hacia la zona de la piscina—. El moreno de bañador celeste.

Seguí la dirección de su mirada y supe de quién se trataba. Estaba apoyado junto a la barandilla y hablaba con mi cuñado Jaime.

—César —respondí—. El hijo de Leire, la mujer de mi tío Leo.

—Joder con César…

Lo observé bien y deduje que, sí, era el tipo de mi amigo. Tenía nuestra edad, era moreno, alto y con un aire intelectual y sereno que llamaba la atención.

—Vive en Londres.

—*Oh, my god!* —exclamó él.

Solté una risotada.

—Pues igual debería presentártelo —le sugerí.

Me miró con interés renovado.

—¿Juega en mi equipo?

—¿Qué tal si lo averiguas tú solito?

Él sonrió, aceptando el desafío.

—Me parece una idea estupenda.

—Y a mí. Ya va siendo hora de que alguien te saque de la cabeza al cucaracho de la última vez. Y a mi novio. Además, tampoco estaría mal perderte de vista una temporadita… ¿Cómo llevas el inglés? —bromeé.

Me dio otro codazo, esta vez con más ganas.

—Mala pécora. —Antes de que pudiera contestarle, me agarró del brazo y tiró de mí en dirección a la piscina—. ¿Estoy bien?

Se miró de reojo la camiseta y se pasó una mano por el pelo.

—Perfecto.

Cuando llegamos hasta ellos, no me recreé en las presentaciones. No hizo falta, Tomy sacó su desparpajo habitual y la conversación fluyó desde el principio. Contuve una carcajada cuando mi cuñado Jaime me miró con cara de no entender muy bien cómo había acabado metido en aquello y me limité a encogerme de hombros.

Giré la cabeza y vi a Rodrigo aparecer por el camino lateral, con Nora a su lado. Ella le hablaba de forma animada y gesticulaba como si le estuviera contando una historia larguísima, y él la escuchaba con una expresión paciente que me derritió.

Kay se les acercó, saludó a Rodrigo con un respeto que él respondió con un gesto breve y formal, y Nora le dio un beso a su padre antes de irse con él. La actitud de ambos tenía esa naturalidad ilusionada, inocente y un poco torpe que solo existe en la adolescencia.

Rodrigo levantó la vista y me vio. Me sonrió resignado, y yo le devolví el gesto sin pensar demasiado en lo natural que se había vuelto todo aquello.

Guille lo interceptó y empezó a hablarle. Fruncí el ceño al ver cómo mi chico lo miraba con una expresión alucinada que me puso en guardia, así que no dudé en acercarme. Mi hermano, sin embargo, fue más rápido y se escabulló en cuanto me vio llegar.

—Hola —le dije a Rodrigo.

—Hola, preciosa. —Me atrajo hacia él y me dio un beso—. Tu familia cada día me sorprende más.

—¿Qué tramaba ahora?

Se inclinó hacia mí y me habló al oído.

—Me ha pedido las esposas —comentó divertido.

Me eché hacia atrás y lo miré alucinada.

—¿En serio?

—Y también me ha preguntado si podía dejarle un uniforme —añadió, y yo hundí la cabeza en su pecho, abochornada—. Por lo visto Bruno se ha negado a prestarle más el de bombero.

Levanté la cabeza cuando comenzó a reírse.

—Es un caso perdido.

—Tiene mucho peligro. —Asintió.

Su mirada se deslizó por el jardín con rapidez, como si acabara de darse cuenta de que algo no le cuadraba del todo.

—¿Qué buscas?

—Nada —respondió demasiado rápido para que le creyera. Se inclinó y me besó la nariz—. Ahora vuelvo.

Me quedé observándolo mientras se alejaba de la gente, con esa forma suya de caminar que intentaba pasar desapercibida y conseguía justo el efecto contrario. Cuando lo vi escabullirse por la puerta de la cocina, conté mentalmente hasta diez y fui tras él.

Lo encontré unos segundos después, asomándose a varias habitaciones cerradas, con sigilo y el ceño fruncido.

—¿Se te ha olvidado dónde está el baño? —le pregunté apoyada en la pared del pasillo.

Se giró sorprendido.

—Joder, Fabiola —susurró llevándose la mano al pecho—. Me vas a provocar un puto infarto.

—¿Qué andas buscando? —indagué entretenida.

—Nada.

Sonreí, me acerqué a él y le pasé las manos por la cintura hasta entrelazarlas en la parte baja de su espalda.

—Rodrigo —suspiré—. Estoy segura de que ha ido con Kay a recoger la tarta a casa de mi tía Alicia. Y, créeme, si van a hacer algo, lo harán te parezca bien o no.

Él apretó la mandíbula unos segundos antes de rendirse a medias.

—Lo sé —murmuró—. Estoy haciendo de poli cuando no toca.

Le acaricié la espalda.

—No. Solo te preocupa que crezca —le concedí—. Es normal, pero deja de allanar habitaciones ajenas o tendré que arrestarte.

Una sombra de sonrisa se le escapó antes de atraerme hacia él.

—Está bien.

—A menos que no hayas subido buscándolos a ellos —teoricé y hundí los dedos en el pelo de su nuca—. Quizá ya sabías que te iba a seguir y lo que pretendías era que nos encerrásemos en mi antigua habitación.

Él elevó una ceja y esbozó media sonrisa.

—Tienes un olfato increíble, novata.

—Por algo me uní al cuerpo.

Rio contra mi boca y me besó con una intención que me despertó cada terminación nerviosa. Sin dejar de mirarme, me agarró de la cintura y nos condujo hasta mi dormitorio.

—Será rápido —murmuró, como si alguna vez nos hubiera salido bien ese plan.

Se sentó en la cama conmigo encima, y yo acomodé las rodillas sobre el colchón, a cada lado de su cuerpo.

—Eso dijiste anoche. —Se deshizo del vestido de hilo que cubría mi biquini—. Y apenas hemos pegado ojo.

No contestó de inmediato. En cambio, se entretuvo en morderme el lóbulo de la oreja y en besarme el cuello en sentido descendente.

—Había que aprovechar que Nora estaba en esa fiesta de pijamas.

—Eres muy contradictorio, Santos. —Gemí cuando se hizo dueño de mis pechos—. Lo mismo organizas una redada para encontrarla, que celebras que nos deje la casa libre.

—Son cosas de padre que nunca entenderías —exageró el tono paternalista sobre mi piel.

—¿Nunca? —susurré con intención.

Se echó hacia atrás con el ceño fruncido. Detuvo el movimiento de sus dedos en mi espalda y me observó unos segundos más en silencio, con la misma expresión que si tuviera entre las manos una bomba a punto de estallar.

—¿Estás insinuando…?

Ladeé la cabeza y me encogí de hombros con fingida inocencia.

—Puede.

Rodrigo negó despacio y me apoyó la frente en el pecho.

—Fabiola… —murmuró sobre mi escote.

—No digo que tenga que ser ahora. Ni siquiera que tenga que pasar, pero no me cierro a la idea —le aclaré y me acomodé mejor sobre él. Echó el cuello hacia atrás y le besé la nuez—. Y me consta que Nora está de acuerdo. Me lo ha dejado caer varias veces.

Él gimió fingiendo dolor.

—Sois peligrosas juntas.

—Pero nos quieres.

—Mucho. —Clavó sus increíbles ojos oscuros en los míos—. Y te daré todos los críos que quieras, cuando quieras y donde quieras. Solo déjame perfeccionar un poco más la técnica antes. No quiero hacer chapuzas.

Me eché a reír.

—Acepto. Con técnica, sin ella, suave o duro. Como quieras —añadí y lo besé—. Pero siempre contigo.

Rodrigo exhaló despacio.

—Remo: doscientos millones. Santos: cero.

Durante unos gloriosos minutos me hizo olvidarme de todo: del pudor, de las obligaciones e incluso de que toda mi familia se encontraba a tan solo unos metros, ajenos a nuestro placer.

Cuando, un rato después, bajamos juntos de la mano supe que tenía todo lo que necesitaba. Porque había tenido el valor de elegir a un hombre que me respetaba, me cuidaba y caminaba conmigo sin imponer el paso.

Y decidí que ahí, justo a su lado, era donde quería quedarme el resto de mi vida.

Gracias por leer esta novela.

*Si dejas una **valoración o comentario** en Amazon me ayudarás a difundirla.*

¿Quieres conocer otros títulos de la serie Costa Serena?

*Pues **pasa la página.***



SERIE COSTA SERENA VOL. 1

(DISPONIBLE EN AMAZON)

«Una novela romántica actual, dulce y divertida, que nos muestra cómo el destino puede jugar con el presente, utilizando el pasado a su favor»

Alicia, una chica de talla grande y con un corazón enorme, cree llevar una vida perfecta llena de risas y locuras. Su refugio es el garaje de la casa de su hermana y de su familia numerosa, mientras su mejor amigo y compañero de trabajo es su divertido exnovio.

Con mucho esfuerzo, Alicia ha logrado convertir su pasión por la comida en una exitosa carrera, gestionando su popular canal de YouTube: Misschelines. Todo parece ir sobre ruedas, hasta que el destino le regala unas cuantas sorpresas.

Una de ellas es la reaparición de su primer amor, Adriel. Él fue ese chico especial que la hizo suspirar en la adolescencia y con quien vivió algunas de sus primeras experiencias. Ahora, años después, Adriel ha crecido y se ha convertido en un hombre muy interesante, aunque un tanto peculiar.

Acompaña a Alicia en un viaje lleno de turbulencias en el que tendrá que decidir si lucha por reconstruir su vida y proteger su corazón, o lo deja volar todo por los aires sin pensar en las consecuencias.

Dicen que el primer amor nunca se olvida, y también que el único fruto del amor... es la manzana.



SERIE COSTA SERENA VOL. 1’5

(DISPONIBLE EN AMAZON)

«Una novela corta cargada de humor, algo gamberra y contada por el protagonista masculino»

Me llamo Leonardo y a veces me pregunto si mis padres podrían haber imaginado que mi nombre llevaría implícita mi pasión por el arte y que terminaría enamorándome de la mismísima Mona Lisa en carne y hueso.

Como buen aventurero que soy, decidí dar un giro a mi vida y empezar de cero en una ciudad desconocida, una elección que lo cambiaría todo para siempre. Desde que conocí a Leire, mi nueva jefa, me sentí atraído por ella, aunque intuí que detrás de su enigmática sonrisa había mucho más de lo que mostraba al mundo.

A pesar de su actitud fría y distante, de su carácter a veces insoportable y de los riesgos que corría poniendo en peligro mi nuevo puesto de trabajo, no me rendí en mi intento de despojarla de todas sus máscaras. Pero incluso para un experimentado guerrero como yo hay batallas que parecen imposibles de ganar.

¿Seré capaz de descubrir cada uno de sus misterios antes de perderlo todo?



SERIE COSTA SERENA VOL. 2

(DISPONIBLE EN AMAZON)

«Una novela que nos muestra que el amor no tiene edad ni fronteras. Una historia sobre la vida, el crecimiento personal y la importancia de correr riesgos, y que nos enseña que, en ocasiones, es necesario arriesgar para descubrir quiénes somos realmente».

Alana tiene veintiún años y una vida organizada, aparentemente perfecta y estable. Acaba de terminar su carrera universitaria y tiene un plan de futuro claramente definido, en el que el apoyo de su familia es el pilar principal. Todo lo contrario a Hans, que a sus treinta y cuatro años puede asegurar tener la vida que siempre ha soñado, llena de aventuras, sin ataduras, rumbos fijos ni compromisos.

Tras una jugada maestra del destino, sus caminos se unirán y, a pesar de las barreras evidentes como la diferencia de edad, de estilos de vida y de expectativas, Alana y Hans sentirán una atracción innegable que no podrán ignorar.

A ella le atrae la espontaneidad y libertad de Hans.

A él le fascina la determinación y sencillez de Alana.

Ambos tendrán que salir de su zona de confort y enfrentarse a sus mayores miedos si quieren superar sus diferencias y encontrar un equilibrio común. ¿Serán capaces de lograrlo?

Porque, a veces, las mejores cosas suceden cuando menos las esperamos.



SERIE COSTA SERENA VOL. 3

(DISPONIBLE EN AMAZON)

«Sumérgete en una novela romántica contemporánea llena de giros inesperados y risas en medio del caos, en la que dos almas en conflicto se verán forzadas a resolver sus diferencias con unas consecuencias desastrosas y sorprendentes».

Lo último que África esperaba encontrarse al regresar a Costa Serena era al hermano pequeño de su mejor amiga convertido en un capullo integral irresistible.

Lo que menos hubiese imaginado Bruno, aquel día en el que su novia por fin había accedido a acompañarlo a una de las barbacoas familiares, era toparse con la arpía que lo había atormentado durante todos aquellos años en sus recuerdos.

Ambos desean perderse de vista tan pronto como sea posible, sin embargo, una serie de catastróficas desdichas los unirá más de lo que podrían haber imaginado, desestabilizando sus ya de por sí inestables vidas y tomándolos por sorpresa.

Todo parece indicar que no podrán superar sus diferencias ni el antiguo secreto que los unió en el pasado y que han guardado durante años, pero el destino se empeñará en jugar con ellos y les ofrecerá una oportunidad única para sanar heridas.

¿Serán capaces de olvidarlo todo y construir un futuro juntos en medio de tanta discordia?

Descúbrelo en esta nueva y adictiva entrega de la serie Costa Serena donde el amor y el odio se enfrentan y solo uno puede ganar.



SERIE COSTA SERENA VOL. 3’5

(DISPONIBLE EN AMAZON)

«Embárcate en este delicioso viaje lleno de descubrimientos, risas y la promesa de que, a veces, el paraíso se encuentra justo donde late el corazón»

Fede y Estrella se conocieron cuando más se necesitaban y enamorarse les resultó inevitable. Su amor se hizo fuerte, sorteó numerosos obstáculos y fue madurando junto a ellos; sin embargo, después de tanto tiempo, Fede siente a su mujer más lejos que nunca y teme perderla.

Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, y lo bueno de una familia tan numerosa como la de los Remo Delgado es contar con apoyo y ayuda para orquestar todo un plan de reconquista.

¿Será suficiente para sanar las grietas de su relación y devolverles la felicidad que tanto anhelan?

Acompaña al matrimonio preferido de Costa Serena en este viaje de autoconocimiento, superación y reconexión.



SERIE COSTA SERENA VOL. 4

(DISPONIBLE EN AMAZON)

«Una novela romántica contemporánea llena de emociones, donde la identidad, el amor y la verdad se entrelazan bajo el peso de una mentira»

Emma ha pasado toda su existencia a la sombra de su gemela, siempre cediendo ante su carácter dominante. Sin embargo, esta vez su hermana irá más lejos de lo que jamás imaginó, pues le pedirá que la suplante y rompa con la relación que ella misma no se atreve a terminar.

Lo que debía ser un simple viaje a la otra punta del país se complica cuando una tormenta de nieve la deja atrapada en una masía en la montaña.

Y no estará sola…

En medio del aislamiento, Emma no solo deberá lidiar con la carga de sus decisiones presentes y pasadas, sino también con las sensaciones inesperadas que su acompañante despierta en ella.

No tardará en descubrir que lo que empezó como una mentira se puede convertir en la experiencia más auténtica de su vida; pero la verdad, tarde o temprano, siempre sale a la luz.

¿Podrá Emma reunir el valor para dejar atrás su pasado, enfrentarse a sus sentimientos y luchar por lo que realmente quiere?



SERIE COSTA SERENA VOL. 5

(DISPONIBLE EN AMAZON)

«Una historia de amor, redención y deseo, donde las sombras del pasado chocan con la tentación del presente y el amor se convierte en el desafío definitivo»

Diana ha aprendido a construir muros alrededor de su corazón para ocultar cicatrices que nadie puede ver. Se enfrenta al mundo con una actitud desafiante que la mantiene a salvo, pero todo cambia cuando una mentira inesperada la arrastra a un juego tan arriesgado como atractivo.

Lo que comienza como una estrategia para esquivar sus problemas pronto se complica al conocer a Rachel, una mujer cuya sonrisa, junto con un tentador hoyuelo que parece tener vida propia, consigue desarmarla por completo. ¿Cómo algo tan pequeño puede tambalear el mundo de alguien que lo ha visto todo?

Esta vez, huir no será suficiente. Diana tendrá que enfrentarse al mayor desafío de su vida: aprender a confiar, a sentir y a abrirse al amor por primera vez, mientras combate su miedo más profundo: perder a Emma, su gemela y única conexión verdadera.

¿Podrá Diana derribar sus propias barreras y aceptar los sentimientos que tanto ha evitado o permitirá que sus heridas definan su destino para siempre?



SERIE COSTA SERENA VOL. 6

(DISPONIBLE EN AMAZON)

«Disfruta de una comedia romántica al más puro estilo de una serie hospitalaria de Netflix, donde la neurocirujana más prometedora de su promoción acaba de cometer un error de principiante: subestimar al enemigo».

Carolina Remo es brillante, decidida y capaz de mantener la cabeza fría hasta en las situaciones más complicadas. Ha llegado al hospital Altamar para demostrar lo que vale como profesional, no para hacer amigos… y mucho menos perder el tiempo con líos amorosos ni médicos mujeriegos.

Gabriel Santana es jefe de servicio de Neurocirugía: brillante, discreto y tan profesional como carismático. Inspira respeto sin esfuerzo y sabe mantener las emociones bajo control…, al menos hasta que Carolina entra en su equipo.

¿El problema? Que ambos arrastran cicatrices que no se ven en las radiografías. Y que la mayor operación de sus vidas no la van a tener que librar en el quirófano.

A veces, el único tratamiento posible para un corazón testarudo es rendirse al amor.



Aquí puedes meterte un poquito más en mi cabeza y hacerte una idea de lo que me ha inspirado a la hora de crear esta historia.







1. **Ugly**
   Tom Odell
2. **Ridículo**
   Ernestina
3. **Para nadie más**
   Laura Muñoz
4. **Querida yo**
   Yami Safdie & Camilo
5. **Ufff**
   Salma de Diego
6. **Do I wanna know?**
   Artic Monkeys
7. **Empieza por ti**
   Mavelyn

8. **Burn the witch**
Shawn James

9. **Believer**
Bruno Mars

10. **Like real people do**
Hozier & Nature

11. **Say something**
A great big worls & Christina Aguilera

12. **Inventas**
Vanesa Martín

13. **I was made for loving you**
Tori Kelly & Ed Sheeran

14. **Beautiful**
Christina Aguilera

15. **Me lo merezco**
Elena Rose

16. **Girasoles**
Rozalén

17. **Milagros**
Karol G

18. **Happy place**
Lenzspot

19. **Machi Picchu**
Camilo & Evaluna Montaner

Agradecimientos

Y yo que pensaba que con Fabiola podría respirar más tranquila que con los demás Remo Delgado. ¡Ja! Qué ilusa…

Porque lo que empezó con una inocente encuesta en mi comunidad para decidir el destino de la historia y el cliché que trabajaría, terminó convirtiéndose en una persecución emocional a toda velocidad, llena de baches, decisiones complicadas y personajes que no pedían permiso para descolocar toda la escaleta.

Aun así, aquí estamos, sin bajas irreparables. Con el corazón algo magulladito, eso sí, pero en pie.

Y quiero empezar dando las gracias a mis preciosas amigas de esa comunidad tan bonita que estamos creando a través de mis *newsletters*. Por leerme cada semana, por participar en cada iniciativa y por apoyarme en todas las locuras que os propongo. Cada correo vuestro que recibo me da alitas (como Santos a Fabiola).

A Violeta Lago, que en esta ocasión no solo ha sido lectora beta, sino mi auténtico salvavidas policial. Gracias por responder a mis audios y consultas desesperadas sobre si mi escena era realista o me estaba viniendo arriba, por revisar cada detalle y explicarme procedimientos con tanto cariño. Tu paciencia es digna de una medalla al mérito.

A Antonio R.E., agente de Policía Local, por ponerte a mi disposición, abrirme la puerta a las dinámicas reales de vuestro día a día y compartir tu experiencia conmigo con tanta generosidad.

A mi equipo táctico: mis compañeras de *mastermind*: Desi Ruiz, Isabel Cánovas, Jessica Lozano y Lucía Herrero. Sois el salvavidas que toda escritora debería —y querría— tener en su coche patrulla creativo…, pero sois mías ¡Muajaja! Os quiero con locura.

A mis lectoras beta: María Ferreira, Violeta Lago y Bea Peidró. Si esta historia respira coherencia, alma y emoción, es también gracias a vosotras. ¡Qué suerte la mía de contar con semejantes tres mujeronas!

A mi correctora y amiga Raquel Antúnez. Si alguien me preguntase qué cosas no cambiaría nunca de mi profesión, una de ellas serías tú. Gracias por cuidar a mis retoños literarios como si fueran tuyos y por cada palabra bonita por mis progresos. Me encanta poder decir que soy una de tus escritoras más aplicada, ejem.

A mi portadista, Marien F. Sabariego, por convertir mis ideas en realidad. Por tu toque —que es magia pura— y por ese talento tan humano que consigue que mis historias se vean tan bien como yo las siento.

A mi marido, Fran. Gracias por escuchar mis teorías sobre patrullas, conflictos internos y personajes que no existen como si fueran asuntos de Estado. Te mereces un monumento por aguantar mis cambios de humor, mis agobios, mis dudas y silencios. Y gracias, siempre, por recordarme que los sueños se sostienen mejor cuando alguien cree en ti incluso cuando tú dudas. Después de más de veinticuatro años juntos, sigo sintiéndome afortunada de que cada día nos elijamos, incluso cuando el camino se llena de espinas.

Y, por supuesto, gracias a ti, lectora. Por subirte a esta patrulla conmigo. Por confiar en mí para acompañarte en tus noches o en tus ratos libres. Por sentir con ellos, por enfadarte, por ilusionarte y por dejar que mis personajes formen parte de tu vida.

Sin ti, este sueño sería solo un cascarón vacío.

Hasta la próxima,

Maca

Biografía



Maca Ferreira nació en un frío mes de diciembre de 1985 en Sevilla (España). Casada con su pareja de la adolescencia, con quien comparte su vida desde los quince años —y con una hipoteca con la que no se lleva tan bien—, vive en un pueblo del Aljarafe sevillano junto a sus dos hijos y sus numerosas mascotas.

Independiente, con gran sentido del humor, metódica y algo impulsiva, estudió Gestión Administrativa y Marketing Comercial y ejerció en ambas ramas desde que comenzó su carrera laboral. Actualmente está cumpliendo su sueño y se dedica a la escritura a tiempo completo.

Antigua bloguera literaria y devoradora compulsiva de libros, en 2015 pasó de reseñar a escribir, y ya no ha parado. Desde entonces ha publicado tanto con la Editorial Planeta como con GramNexo-Alfil, aunque actualmente autopublica sus novelas.

Entre sus libros destaca la serie ***Costa Serena***: una saga familiar ambientada en el sur de España que mezcla el espíritu de *Friends* con la ternura de las grandes comedias románticas. Así como la novela ***Amor bajo (des)control***, una comedia romántica independiente que ha conquistado los corazones de sus lectoras por su estilo tierno y fresco.

Sus novelas se caracterizan por ser muy humanas, tener diálogos chispeantes y un bonito aprendizaje emocional camuflado entre carcajadas.

En su cabeza ya existen otras historias y entregas que ya corren por sus dedos, por lo que promete volver pronto a hacernos reír, desconectar y disfrutar.

Descubre la última hora de la autora en sus redes sociales:

@macaferreirab

Maca Ferreira – Autora
www.macaferreira.com

---

[1] Los **premios Darwin** son un premio no oficial que «se otorga» a quienes mueren o sufren accidentes tan absurdos que, por ironía, se dice que quedan fuera del acervo genético de la humanidad.
[2] El **alprazolam** es un medicamento que funciona como depresor del sistema nervioso central y que produce un efecto calmante.